
Estoy aquí,
mi amor
Serie oficina
Sophie Saint Rose

Estoy aquí, mi amor

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Capítulo 1

Ivy se miró al espejo del baño y se dio la vuelta para asegurarse de que la falda no estuviera demasiado arrugada. Gruñó mirándose de frente porque las tres horas de reunión se la habían dejado hecha un guiñapo. Nunca más compraría nada de esa tela y por su puesto ese tipo de beige quedaba totalmente descartado, porque ahora con esa luz parecía blanco sucio y con la blusa de seda rosa no quedaba nada bien. Suspiró llevándose las manos al recogido que tenía en la nuca y quitó las horquillas para hacérselo de nuevo. Se cepilló su largo cabello castaño, se peinó una impecable raya en el centro y se lo recogió con habilidad. Sacó el pequeño bote de laca y se lo fijó. Perfecto. Se miró sus ojos azules e hizo una mueca porque tenía el maquillaje bastante bien. Discreto y profesional. Recogió su neceser y lo metió en su gran bolso. Respiró hondo y mirando su móvil salió del baño del restaurante. Abrió su mail para poner los ojos en blanco porque tenía veintitrés mensajes pendientes por contestar. Caminó entre las mesas sin fijarse en que varios comensales volvían la cabeza hacia ella y cuando llegó a la mesa se sentó guardando el móvil para sonreír a los presentes.

—Ya hemos pedido —dijo su jefe molesto porque hubiera tardado tanto.

—¿Has pedido por mí?

Asintió sin decirle lo que había pedido antes de dirigirse al señor Maldonado para hablar de negocios. Al parecer lo que iba a comer era sorpresa, pero no se lo tomaba en cuenta. Cuando Kenneth estaba trabajando nada tenía importancia excepto la empresa. Y esa comida era de trabajo. Seguro que hasta había pedido lo primero que había visto en la carta para que no le

quitara demasiado tiempo decidirse. Olvidándose del tema miró a la señora Maldonado que forzó una sonrisa. La pobre había asistido a la reunión porque en realidad la empresa era suya, aunque la dirigía su marido desde que se habían casado cuarenta años antes. Si estaba allí era simplemente porque se necesitaba su firma en el acuerdo, aunque tenía una cara de aburrimiento que no podía con ella. Mejor distraerla un rato. —¿Le gusta Nueva York?

—Oh, he venido mucho —dijo agradablemente—. Tengo muchos amigos aquí porque cursé dos años del instituto en un centro cerca del parque.

—¿De veras? ¿En cuál?

—En el Corlington.

La miró asombrada. —Yo estudié allí.

—¿De veras?

—Me dieron una beca. Es un sitio genial. —Sonrió. —Fue un cambio increíble desde el colegio de mi barrio.

—Una beca —dijo con admiración—. No se las dan a cualquiera. Dos al año, ¿no es cierto?

—Sí, tuve suerte.

—¿Entre toda la ciudad? No, no es suerte. Seguro que eras una estudiante brillante.

Se sonrojó de gusto. —Mis padres siempre me han enseñado a superarme.

—Y ahora tienes un cargo de responsabilidad.

—El que tiene la responsabilidad es Kenneth. Yo solo sigo la corriente.

—Eres muy modesta. He asistido a muchas reuniones de negocios en todos estos años y para ser su asistente ejecutiva has llevado gran parte del peso en la reunión. —Le guiñó un ojo. —Y me ha encantado verlo. Afortunadamente las cosas han cambiado mucho.

—Ya están criticándonos porque somos unos machistas —dijo el señor Maldonado antes

de beber de su vino.

Kenneth suspiró colocándose la corbata. —El tema del siglo. —Levantó una de sus cejas morenas mirándola fijamente con sus ojos grises. —¿Acaso no te doy tu sitio, Ivy?

—Sí, jefe. Solo llevo tres años en la empresa y he ascendido tres veces. No me siento menospreciada en absoluto.

—Me alegra oírlo —dijo satisfecho.

—Cuidado Kenneth, a este paso será presidenta el año que viene —dijo la señora Maldonado.

—Eso no me preocupa. Si ocurre, es porque yo ya no estaré aquí para verlo.

—Algo que espero que no pase —dijo ella divertida tocando madera.

Eso sí que pareció hacerle gracia. —Olvídate Ivy, tengo mucha vida por delante.

—Cachis…

Se echaron a reír y les sirvieron el primer plato, que era una deliciosa ensalada de langosta. Gimió de gusto interiormente porque le encantaba. Cogió el tenedor y su teléfono sonó. —Lo siento tengo que cogerlo, estoy esperando una llamada importante de Londres —dijo levantándose.

—Sí, por supuesto.

Se alejó con el móvil y contestó. —Dime John.

—El retraso se debe a la subida del aluminio. No hacen las ventanas porque el presupuesto se ha quedado corto y nos quieren presionar con el tiempo para que aceptemos la subida del presupuesto. Agárrate, es casi un cuarenta por ciento más que el original.

—¿Cuánto han cobrado ya?

—Un veinticinco por ciento.

—Amenazarles con una demanda.

—Ya lo han hecho. El edificio ya lleva tres meses de retraso y como sigamos así no se entregará hasta el año que viene.

—Eso es inconcebible —dijo entre dientes—. ¿Has pedido más presupuestos?

—Son parecidos. Exorbitantemente caros.

—Mierda. —Se pasó la mano por el tabique nasal y suspiró. —Muy bien, acepta la subida.

—El proyecto se está disparando.

—Tenemos que entregarlo, John. Y cuanto más nos retrasemos más caro saldrá. Habrá que subir los precios de las viviendas que quedan sin vender para compensar los gastos y conseguir tener beneficios.

—Esto no le va a gustar al jefe.

—Claro que no. Por eso te voy a decir una cosa, todo este retraso es exclusivamente culpa tuya que no has sabido controlar los plazos. Como el edificio no se entregue para antes del verano prepárate para buscar otro trabajo.

—¡Pero quedan tres meses!

—Pues ponte las pilas —siseó. Se volvió con una sonrisa y se sentó.

—¿Todo bien? —preguntó Kenneth.

—Sí, por supuesto —dijo como si nada porque ante los Maldonado no pensaba decir que había un problema. No cuando querían asociarse con ellos para hacer el mayor complejo turístico del Algarbe portugués. Los ojos de su jefe le indicaron que había entendido lo que quería decir. Y es que hasta ese punto se compenetraban porque pasaban doce horas al día uno al lado del otro.

Empezó a comer intentando no parecer ansiosa. —Está deliciosa, ¿verdad? —preguntó la mujer.

—Buenísima —dijo antes de limpiarse con la servilleta—. Me encanta la langosta, señora Maldonado.

—Oh, llámame Carmen, por favor. Víctor tenemos que invitarles a nuestra casa. Comerás langosta todos los días, de eso me encargo yo.

—Es muy amable.

—Sí, creo que es lo mejor —dijo su marido—. Que veamos in situ la parcela y el proyecto. Y pasaremos unos días agradables. —Dio una palmada a Kenneth en la espalda. —¿Qué opinas, socio?

Kenneth sonrió. —Es una idea estupenda.

Se quedó de piedra porque tenían la agenda llenísima los próximos tres meses. —¿Y cuándo sería eso? —preguntó como si nada.

—¿El mes que viene? —preguntó Carmen emocionada—. Sé que antes puede que no podáis por el trabajo…

¿El mes que viene? Si aquello era un no parar. Miró a Kenneth para que dijera algo y lo dijo —El mes que viene es perfecto.

Anda ya, y se quedaba tan pancho. Forzó una sonrisa metiéndose una buena cantidad de ensalada en la boca para disimular.

—Una semana de vacaciones y algo de trabajo —dijo Víctor encantado—. Traeros el bañador, aprovecharemos mi barco. ¿Te gusta pescar, Kenneth?

Rio por lo bajo. —Nunca lo he intentado.

—Chico, hay que vivir un poco.

—En eso tienes razón.

Claro, en ese momento tendría razón aunque dijera que quería ir a la luna en pelotas y que quería llevárselos con él. Mierda, tendría que poner a trabajar a su secretaria para cambiar

toda la agenda.

—¿Conoces Portugal? —preguntó Carmen.

Tragó a toda prisa. —Cuando terminé la universidad estuve seis meses por el sur de Europa.

—La parte más divertida —dijo Víctor sonriendo.

Soltó una risita. —Está claro que tiene otra atmósfera. Debe ser tanto sol.

—Sí, el buen tiempo ayuda mucho a hacer vida en la calle —dijo Carmen—. ¿Y tú, Kenneth?

—Tuve otro proyecto allí hace unos años. En Oporto, pero aproveché para visitar otras zonas.

—¿Entonces fuiste por trabajo?

—Hubo de todo —dijo divertido.

Qué energía tenía ese hombre, pensó ella admirada. Trabajaba doce horas y encima se divertía. Ella cuando terminaba la jornada se arrastraba hasta la cama y solo quería dormir. Pero es que Kenneth Banningham estaba hecho de otra pasta y se había dado cuenta desde el minuto uno en el que la llamó a su despacho para decirle que sería su mano derecha. Toda una sorpresa porque hasta ese momento trabajaba en el departamento de planificación de obras. Pero al parecer su jefe la había recomendado y ella encantada, porque era un cambio importantísimo en su carrera. Viéndole hablar con los Maldonado, tan resuelto, tan seguro, se dijo que por mucho que lo intentara jamás sería como él, porque era evidente que había nacido con un don. Un don para ser un gurú de los negocios. Ella era de las que se dejaban llevar. Trabajaba como una burra, eso sí, y sacaba el trabajo adelante, pero Kenneth era el que tenía el empuje, las ideas, era quien sabía donde iba a triunfar un proyecto solo por instinto y eso no se conseguía así como así. Por eso había llevado a su empresa a ser una de las constructoras más punteras del mundo. Cuando sus invitados rieron sonrió sin poder evitarlo diciéndose que tenía una suerte increíble por

trabajar a su lado.

—¿Y vosotros sois pareja? —preguntó Carmen.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Pasáis mucho tiempo juntos. Es normal que eso os una —dijo Víctor.

—No, nosotros solo somos jefe y empleada —dijo ella a toda prisa como sin darle importancia. Miró de reojo a Kenneth que parecía de lo más tenso con la preguntita, lo que demostraba que no le gustaba que hurgaran en su vida privada.

Los Maldonado la miraron levantando una ceja y cuando se dio cuenta intentó disimular riendo. —No, de verdad que no somos pareja. ¿Os imagináis? Tendría que verle a todas horas.

—Qué pena. Haríais un tándem perfecto y tendríais niños guapísimos —dijo la mujer.

Qué más quisiera ella que tenerlos, pero Kenneth jamás la había mirado así y lo había aceptado. No se podía tener todo.

—¿Y tienes novio?

—Carmen no seas cotilla. ¿No ves que la avergüenzas?

—Es una pregunta de lo más normal. Tráete a tu novio al viaje si lo tienes.

—No, no tengo.

Carmen miró a Kenneth que muy serio negó con la cabeza. —No, Carmen. Iremos nosotros dos solos.

—Qué desperdicio —dijo la mujer exasperada.

—Mi mujer es de las que opina que la familia es lo primero. Cómo se pone si tengo que retrasar una cena por algún negocio.

—¿Tienen hijos? —preguntó aliviada por cambiar de tema.

—Catorce.

La miró asombrada antes de mirar a Víctor que parecía poquita cosa y este se echó a reír

a carcajadas.

—Tú sí que has estado ocupado, amigo —dijo Kenneth mientras les servían el segundo.

—Mi esposa decía que podíamos mantenerlos y que los que vinieran serían muy bienvenidos.

—Ahora entiendo lo de las cenas —dijo ella impresionada—. Había demasiado que controlar. —Se apartó para ver lo que le servía el camarero y parpadeó al ver los riñones que le habían puesto. Eso sí que no se lo esperaba. Miró de reojo a su jefe que se puso a comer como si nada.

—¿No te gustan los riñones? —preguntó Carmen.

—¿Después de la langosta?

Estos se echaron a reír mientras Kenneth fruncía el ceño. —Comes de todo.

Eso la decepcionó un poco porque no solía escapársele nada. —Pues no.

Eso sí que le sorprendió. —¿Qué no comes?

—Soy alérgica a los kiwis. De hecho…

—Eso no lleva kiwi —dijo como si nada cortándola—. Así que catorce hijos. Tendrás gente de sobra que siga con la empresa.

—Pues sí.

Gruñó metiéndose los riñones en la boca y la verdad es que estaban deliciosos, pero ella hubiera preferido un buen solomillo al hojaldre o algo así.

Hablando de los hijos de los Maldonado pasaron el segundo plato y cuando lo recogieron ella dijo a toda prisa —Un buen trozo de tarta de chocolate.

Carmen rio. —Qué envidia.

—Para ella otro y con nata montada con esas cositas que les echáis de colores.

—Niña, después tendré que caminar diez kilómetros para gastar tanta caloría.

—Esto es Nueva York, aquí se camina mucho.

Kenneth sonrió. —Ya se conoce todos los postres de los mejores restaurantes de Nueva York.

—Sí, y él tiene que esperarme mientras lo disfruto, lo que le vuelve muy impaciente porque quiere volver a la oficina. —Le guiñó un ojo a Carmen. —Así que si te la tomas, me haces un favor.

—Pues está hecho.

—¿No tomas café mientras ella acaba el postre? —preguntó Víctor.

—Sí, pero cuando la veas comer la tarta entenderás por qué me impaciento. —Miró al camarero que reprimía la risa. —Café solo y una copa de coñac.

—Lo mismo para mí —dijo Víctor.

—Enseguida. —El camarero le guiñó un ojo haciéndola sonreír. —Doble de chocolate caliente.

Gimió de gusto. —Gracias.

—Estoy deseando ver esa tarta.

—Te va a encantar. ¿Hasta cuándo os quedáis?

—Nos vamos mañana —dijo ilusionada—. Mi nieta mayor se casa este fin de semana. Será precioso.

—Si tú lo dices —dijo su marido molesto.

—Está enfadado porque no es el futuro nieto que esperaba.

—¿Cómo va a serlo? —preguntó su marido intentando contenerse—. Es un pelamangos que no sirve para nada. —Miró a Kenneth asombrado. —¡Es artista! —dijo con desprecio—. Pero no te creas que expone cuadros, no… Coge un trozo de aluminio y lo retuerce. ¡Y encima le pone nombre!

—¿Y le pagan por eso? —preguntó su jefe al punto de reírse.

Él gruñó mientras su mujer decía —No sabes nada de arte.

—Si vivía en la calle —siseó—. ¡Y le conoció allí! Van a durar cuatro días. ¡Y me voy a gastar en esa boda trescientos mil euros!

—Siempre hablando de dinero.

—Tres cientos mil…—dijo ella asombrada—. ¿Pero cuántos invitados hay?

—Cuatrocientos —dijo ella como si no fueran muchos.

—¡Encima! Quieren una boda por todo lo alto. Como no la paga el artista… —dijo Víctor entre dientes.

—Es tu nieta, no seas roñica.

A Ivy le pusieron la tarta delante y como viendo un culebrón observó como discutían encarnizadamente por la boda de la niña. Saboreando el chocolate miró de reojo a Kenneth que le dijo con la mirada que intentara calmarles. Levantó una ceja y él hizo un gesto con la cabeza para que interviniera.

—Seguro que va a ser una boda preciosa —dijo haciendo sonreír a Carmen—. Y Víctor, piensa que la vida es un cúmulo de experiencias y si está enamorada deberá ser ella la que se dé cuenta de que se equivoca. Será la que sufra las consecuencias y por mucho que la quieras no podrás evitar sus errores.

Víctor apretó los labios. —Sé que tienes razón, pero me cabrea.

Sonrió dulcemente. —Se nota que la quieres mucho.

—¿Tú tienes abuelos? —preguntó Carmen con la boca llena.

—No, murieron cuando era pequeña. Tuvieron a mi madre de muy mayores y los de mi padre no los conocí. Eran de un pueblo de Tennessee. No había buena relación entre ellos. De hecho mi padre se fue de casa con dieciséis años porque querían que trabajara en el campo y él

quería seguir estudiando.

—Qué pena.

Se encogió de hombros mientras su jefe decía —No echas de menos lo que no has tenido nunca. Mi abuelo, el padre de mi padre fue un pilar esencial en mi vida y tengo muy presentes sus consejos a pesar de que murió hace más de diez años.

Víctor sonrió. —¿Él te metió en el negocio?

—Tenía una empresa de construcción pequeña que mi padre amplió a nivel nacional.

—Y tú diste el salto al otro lado del charco.

—He seguido el curso natural.

—Modesto a pesar de su éxito —dijo Víctor a su esposa.

Esta asintió como si le diera el visto bueno antes de mirarla. —Está realmente deliciosa.

—¿Verdad que sí? —preguntó cogiendo un poquito y metiéndoselo en la boca para saborearla.

Su jefe puso los ojos en blanco y Víctor sonrió. —Ahora entiendo lo que quieres decir.

—Es exasperante.

—Así me dura más.

Los Maldonado se echaron a reír y Kenneth satisfecho porque se había relajado el ambiente la miró a los ojos.

Sonrió encantada porque pensaba que lo había hecho bien.

Capítulo 2

Apenas media hora después se subieron al coche y Kenneth sentado frente a ella fue al grano. —¿Qué ha pasado en Londres?

Se lo explicó sin omitir nada y él asintió. —Mañana te quiero de camino a Inglaterra para que encuentres un sustituto para John.

Era la primera vez que la enviaba a solucionar un problema de ese calibre. —Muy bien, pero deberías tener en cuenta la subida de los precios de los materiales. Eso no estaba previsto.

—Que hayas tenido que llamar para saber que ocurría en lugar de llamar él directamente, me muestra que no es la persona que necesitamos en Londres —dijo cortante demostrando que no le gustaba nada que le llevaran la contraria—. Cámbialo.

Asintió cogiendo su móvil y llamó a su secretaria. —Consígueme un vuelo para Londres esta noche. Sí, hay que cambiar la agenda. Dile a Catherine que estamos allí en diez minutos hay que ajustar la agenda de los próximos tres meses. —Miró a su jefe como si fuera un desastre y este gruñó como si estuviera molesto sacando unos documentos del maletín que tenía al lado.

Salió del ascensor hablando con Robert sobre un proveedor y cuando llegaron a su despacho ella dijo —Te veo en la reunión y hablamos de esto en una hora. Me muero por un café.

—Vives a base de cafeína—dijo divertido.

—Qué remedio.

Tiró de su pequeña maleta por el pasillo que llevaba a presidencia y en cuanto empujó la puerta Alice dijo —Qué bien me vienes. Un sobre para ti.

Se acercó a chico de la empresa de paquetería y firmó en la PDA. —Gracias Steven.

—Un placer como siempre.

Cuando se fue le dio el sobre a Alice. —¿La empresa sigue en pie?

Su secretaria sonrió. —El jefe consigue sostenerla como un Titán.

—Así me gusta —dijo mientras Alice se llevaba su maleta a su despacho al lado del de Kenneth.

La puerta de presidencia se abrió de golpe y Kenneth en mangas de camisa le hizo un gesto para que entrara. —¿Más problemas? —Entró en su despacho y cerró la puerta. —¿Qué pasa?

—¿Milton? ¿Has elegido a Milton Ford para dirigir Londres?

—Tiene veinte años de experiencia en el sector y varios problemas de la obra los ha solucionado él.

Kenneth frunció el ceño. —¿Cómo te has enterado de eso?

—Hablando con los obreros.

—¿Has ido a la obra? —preguntó sorprendido.

Sonrió. —¡Va a quedar espectacular! —dijo emocionada—. La torre se va a ver desde todo Londres. —Frunció el ceño. —¿Crees que podríamos subir dos plantas más para que la punta sea bien evidente?

—¡No!

Parpadeó. —¿Estás enfadado? He hecho lo que me has pedido.

—¡Tu trabajo es de oficina, no tienes que ir a las obras ni relacionarte con los obreros! ¡Es peligroso!

—Qué va… Además ya que estaba allí… —Se encogió de hombros. —¿Cómo va el centro comercial en Dubái?

—¡Nunca más vuelvas a ir a una obra! ¡Para eso están los arquitectos, tú allí no pintas nada! —gritó furibundo.

Se quedó en shock por su tono, porque aunque les había pegado gritos a otros muchas veces, a ella jamás porque siempre cumplía con su trabajo. Al parecer se estaba confiando demasiado y se creía que era su colega más que su jefe, lo que era un error monumental. —Muy bien, lo que digas.

Él asintió yendo hacia su mesa. —Revisa el proyecto de Houston y dale un toque a Melissa. No sé qué ocurre con la cimentación del edificio. ¡Qué lo solucionen ya! —gritó sentándose en su sitio.

Sí, que siguiera gritando indicaba que estaba furioso con ella y la verdad no entendía muy bien la razón. Ella había hecho su trabajo y era lógico que hubiera ido a la obra ya que estaba allí. —Muy bien, lo haré ahora mismo —dijo intentando aplacarle.

—Ponte a trabajar —dijo déspota.

Apretó los labios volviéndose y saliendo del despacho. Disimulando que estaba disgustada entró en el suyo sintiendo la mirada de sus secretarias sobre ella. Al cerrar vio la sorpresa en sus rostros y no era de extrañar porque en un año no le había dicho una palabra más alta que otra. Yendo hacia su mesa se mordió el labio inferior. Igual estaba enfadado por otra cosa y lo había pagado con ella. Tenía que ser eso, que todavía no había pillado al que se merecía la bronca. Se le pasaría en cuanto le echara a la calle y todo volvería a la normalidad. Sonrió más tranquila y se puso a trabajar.

Pero no se le pasó. Estuvo frío con ella durante todo el día y de hecho ni fueron a comer juntos, lo que la puso en guardia porque aprovechaban esas comidas para trabajar. ¡Si en un año no se había separado de él! Se quedó de piedra cuando se fue solo sin pasarse por su despacho siquiera y su secretaria le comunicó que ya se había largado.

—¿Tenía médico o algo así?

—No, Ivy. No había nada en la agenda para la hora de la comida.

Entonces fue muy consciente que había hecho algo muy mal y que el mosqueo era con ella. Intentó solucionarlo haciendo un trabajo impecable por la tarde, pero nada, siguió cortante con ella el resto de la jornada y se fue sin tener la reunión de última hora donde hablaban de lo que habían hecho durante el día para estar coordinados. Sintiendo un agobio increíble por la situación, se quedó a trabajar para que al día siguiente estuviera satisfecho. No podía perder el trabajo, eso no podía pasar.

Llegó a casa a las tres de la mañana y sin encender la luz entró en el salón. Escuchó un crujido por algo que había pisado y miró hacia abajo. La luz que se filtraba por la ventana le mostró algo blanco. Encendió la luz para ver un sobre que el portero le debía haber metido por debajo de la puerta. Suspiró agachándose y lo cogió. Le dio la vuelta mientras ponía la cadena de seguridad e hizo una mueca porque no tenía remitente. Sería del administrador. Agotada dejó el bolso en el sofá y abrió el sobre a toda prisa. Sacó un folio y empezó a leer:

"Te adoro, te has convertido en lo más importante de mi vida. —Divertida pensó que alguien se había equivocado y siguió leyendo —*Y a pesar de que ni me miras tengo la esperanza de que un día repares en mí y llegues a amarme. Sueño contigo, con tu risa. Admiro como hablas haciendo que los demás te escuchen.* —Frunció el ceño. —*Has llegado muy lejos. Admiro eso en una mujer, no soy de esos hombres que se intimidan por el poder. Yo también tengo un puesto de responsabilidad y sé que es muy estresante hacerse cargo de todo. Me gustaría*

cuidarte, mimarte y abrazarte. Cómo me gustaría abrazarte... Sueño con tus besos con sabor a miel. —Separó los labios de la impresión. —*Sueño con tenerte en mi cama y adorar tu cuerpo. Mi Ivy, algún día ocurrirá.”*

Sin poder creérselo dejó la carta sobre la mesa de centro algo inquieta y pensó en ello sintiendo que sus palabras se le habían quedado grabadas. Era obvio que no se habían equivocado y que era una persona del trabajo porque la había visto en sus reuniones. Sí, seguramente trabajaría en la empresa, pero lo que la preocupaba aún más es que hubiera metido la carta por debajo de la puerta. Eso es que sabía su dirección. El portero tenía llave y normalmente le dejaba el correo sobre la mesa de entrada. Miró hacia allí para ver las tres cartas que había dejado ese día. Preocupada se pasó la mano por la nuca. —No seas paranoica, Ivy. Es un admirador. Tuviste uno en el instituto que te metía notas en la taquilla y no fue para tanto. Un día se atreverá a acercarse y te pedirá una cita. —Bufó yendo hacia la habitación, pero no se le quitaba de la cabeza eso de que soñaba con tenerla en su cama y que algún día ocurriría. Ocurriría si ella quería y por supuesto no quería. Este daba muchas cosas por sentadas. Molesta se quitó la ropa y se metió en la cama desnuda. —Duérmete, Ivy. Mañana tienes mil cosas que hacer.

Al llegar a la oficina no tenía muy buena cara, la verdad. Entre que estaba preocupada por lo que le pasaba a Kenneth y la carta anónima no había pegado ojo. Al pasar ante el despacho de su jefe levantó una ceja porque todavía no estaba allí. Miró sorprendida a Alice. —¿No ha llegado?

—Ha dicho que va a tardar media hora.

En el año que llevaba trabajando allí nunca había llegado más tarde que ella. Otra cosa rara que la alertó. Sí, allí pasaba algo raro. Dejando su bolso sobre la mesa pensó que igual tenía

un problema familiar. Su padre había tenido un accidente de coche hacía unos años y por eso se había retirado porque no había quedado bien. Igual había empeorado. Se sentó decidida a ayudar en lo que pudiera y se puso a trabajar. Al abrir los mails frunció el ceño porque había uno que en asunto ponía: *"Esto te interesará."*

Lo abrió para ver de que se trataba y al empezar a leer se dejó caer en el respaldo de su sillón. —No puede ser.

Alice que había entrado en ese momento preguntó —¿Qué no puede ser?

—Oh, nada. Un correo personal que me ha llegado al del trabajo. —Estiró la mano para coger unos papeles. —¿De qué va esto?

—Viene de la tercera planta. Problemas de contabilidad.

—Uff, no fastidies. ¿Tengo que revisarlos antes de darle la buena noticia al jefe?

—Exacto. ¿Un café?

—Doble, por favor.

En cuanto salió del despacho miró el correo de nuevo. Su admirador sabía su mail, lo que le demostraba que era alguien de la empresa o relacionado con los negocios de Kenneth. Se mordió el labio inferior leyendo la frase que le había escrito:

"Te veré después del trabajo, mi amor."

Lo que le faltaba, que se le presentara en la calle al salir.

Entonces recordó que esa tarde tenían una reunión a última hora en AEC. —Pues va a ser que no, majo —dijo antes de llevar el puntero del ratón hasta la papelera. Pero cuando iba a clicar se lo pensó mejor y algo en su interior le dijo que lo conservara. Creó una carpeta con el nombre Desconocido y lo guardó en su interior. Cogió los papeles de contabilidad y dejó a su desconocido a un lado para centrarse en los números. Se dio cuenta enseguida del problema. No es que hubiera un descuadre en los números, sino que las pérdidas habían superado a las ganancias finales en un proyecto en Miami. Juró por lo bajo porque eso le iba a sentar a Kenneth

como una patada en el estómago. Esperaba que hoy estuviera de mejor humor porque iban a rodar cabezas. Menos mal que ella no había estado en ese proyecto porque se había encargado su predecesor, de otra manera ya estaría en la calle.

—Catherine un café.

Se levantó de inmediato al escucharle entrar en su despacho y caminó hasta allí para ver cómo se quitaba la chaqueta del traje de malos modos. Al parecer no se le había quitado el cabreo. La miró. —¿Ocurre algo?

—Sí. ¿Espero a que te tomes el café? —preguntó intentando relajarle.

Se sentó en su sillón fulminándola con la mirada. —¿Qué pasa?

Tomó aire pensando en cómo se lo decía para evitar que se alterara demasiado, pero no sabía cómo así que dijo —En Miami ha habido pérdidas.

Tensó la espalda levantándose de nuevo. —¿Cómo has dicho?

—Setecientos mil dólares. —Dejó los papeles ante él.

—¡Me cago en la leche! —gritó sobresaltándola—. ¿Cómo ha pasado esto?

—No lo sé, no estaba aquí.

Él cogió los papeles y los miró apenas unos segundos antes de preguntar —¿Cuánto queda sin vender?

Ahí la pilló. —Pues no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Entonces cómo sabes que ha habido pérdidas? ¿Has llamado a contabilidad y a ventas?

Mierda. —No. Me he fiado de los números de contabilidad.

La miró como si no estuviera nada contento con su trabajo. —Ivy, bonita…

Ay madre, que la iba a echar. —¿Sí?

—Estás aquí para allanarme el terreno.

—Lo sé.

—¡Pues si hay un problema, averigua todo lo que ocurre antes de venir a mí! —Le tiró los papeles a la cara sobresaltándola. —¡Fuera de mi despacho!

Salió de allí a toda prisa y tragó saliva intentando contener las lágrimas. ¿Pero qué le pasaba? ¿Era estúpida? Jamás había sido tan negligente en su trabajo. Angustiada porque pensara que no podía con el puesto o que había dejado de tomárselo en serio llamó a todos los departamentos para averiguar la razón de las pérdidas. Quedaba la mitad de la promoción sin vender, lo que al jefe tampoco le haría demasiada gracia. Cuando volvió a su despacho él estaba hablando por teléfono y le hizo un gesto para que se fuera, algo que jamás había pasado. Al salir le dijo a Catherine —¿Cuando acabe me avisas?

—Sí, claro —dijo sorprendida antes de mirar a Alice que tenía el ceño fruncido.

Iba a cerrar la puerta cuando escuchó que Alice preguntaba en voz baja —¿Qué coño está pasando?

—¿Quién puede aguantar este ritmo? Es lógico que empiece a flaquear y el jefe no tiene precisamente buen humor.

Se alejó de la puerta sin cerrarla para que no supieran que aún estaba allí y fue hasta el ventanal sintiendo una pena enorme porque su relación hasta el momento había sido genial. No eran amigos, por supuesto, pero laboralmente eran perfectos el uno para el otro. No sabía que había hecho tan mal para tirarlo todo por la borda.

—¿Qué querías?

La voz de Kenneth la sobresaltó volviéndose de golpe. —Oh, aquí tengo los datos —dijo entregándole las hojas que llevaba en la mano.

Él frunció el ceño revisándolas. —¿La mitad sigue sin venderse? ¿La mitad? —gritó más alto —. ¡Es Miami, joder! ¡Allí se vende todo!

—Al parecer han hecho una urbanización al lado de la nuestra mucho más barata.

—¿Con mis calidades?

—No lo creo.

Le entregó los papeles. —Soluciónalo. Yo tengo que quedarme aquí.

Él fue hasta la puerta y sin poder evitarlo preguntó —¿Ocurre algo? Si tienes algún problema personal o…

La miró furioso. —¡Sí que tengo un problema, que la mitad de mi proyecto en Miami sigue sin vender! Eso es lo único que debe interesarte, ¿me has entendido?

Sintiendo un nudo en la garganta asintió. —Sí, jefe.

Estaba claro que no podía preguntarle nada que no fuera del trabajo ni por cortesía y entonces se dio cuenta de lo que había pasado, la conversación de los Maldonado sobre si eran pareja. Recordó cómo se había sonrojado y que Víctor le había dicho que la estaban avergonzando. Seguro que él se había preguntado la causa de ese sonrojo y sus conclusiones posteriores le habían llevado a ese comportamiento. Gimió porque seguro que quería dejarle claro que ni se le pasara por la cabeza cruzar el límite y con esa pregunta de si tenía un problema personal, lo había hecho, porque para Kenneth a sus empleados de nueve a cinco solo debía importarles la empresa. Y después también. Bueno, tenía que arreglarlo y demostrarle que era una profesional, era la única manera de remediar esa metedura de pata. Pulsó el botón levantando el teléfono. —Alice resérvame un vuelo a Miami. Sí, cuanto antes.

Tres días después llegó a casa. Metió la llave en la cerradura y al empujar la puerta no se lo podía creer, había cinco cartas sobre la moqueta. Miró hacia un lado del pasillo y después hacia el otro antes de meterse en casa a toda prisa para cerrar con la cadena. No sabía si estaba siendo paranoica pero que le hubieran metido tantas cartas bajo la puerta empezaba a mosquearla y mucho. Dejó caer el bolso al suelo y se agachó para recogerlas. Abrió una que simplemente

ponía —*“¿Dónde estás?”* —La siguiente ponía lo mismo y la siguiente. Nerviosa abrió otro sobre. —*“Zorra, ¿me estás evitando?”* —Palideció al ver esa palabra en color rojo. Abrió el sobre restante que era evidente que había sido el primero en llegar. — *“¿Hoy no has dormido mucho? Tienes ojeras, preciosa, debes cuidarte más. Yo te cuidaré, mi vida.”*

Abrió otro sobre sintiendo el corazón en la boca.

— *“No te he visto salir del trabajo. ¿Me estás evitando? No, claro que no. Estás deseando conocerme, ¿verdad?”*

Dejando caer las hojas se llevó las manos a las sienes sin saber qué hacer. ¿Debía llamar a la policía? Bufó mirando las cartas. —Vamos Ivy, ¿por unos anónimos? Estás agotada, vete a la cama y olvídate de él.

Pero no se podía olvidar porque no podía ignorar los otros seis mails que le había enviado a su correo privado. Al principio preocupado porque no la había visto después del trabajo y los siguientes cada vez más exigentes y violentos. Recordó el último que había leído antes de subirse al avión. *“¿Crees que puedes tomarme por estúpido? Te encontraré, zorra.”*

Capítulo 3

Un mes después

Pálida y con ojeras evidentes dejó el expediente a un lado. —Estarás deseando irte a Portugal —dijo su secretaria.

Forzó una sonrisa porque no creía que fuera el mejor momento para irse a ningún sitio y mucho menos con el jefe que seguía sin relajarse a su lado. —Sí, claro —dijo como si estuviera encantada.

—Vamos a trabajar. —Kenneth entró en su despacho mirándola fijamente. — Joder, tienes un aspecto horrible.

Se quedó sin aliento llevándose las manos al recogido. —¿De veras?

—¿Y por qué te vistes con ese horrible traje negro? Estamos casi en verano. Van a pensar que eres un cuervo a mi lado.

Agachó la mirada apretando los puños bajo la mesa. Jamás había tenido ni una sola queja de su aspecto y eso la puso aún más nerviosa. Intentó no darle importancia, pero ni se dio cuenta de que agachaba la cabeza queriendo esconderse. —El negro se lleva. —Alice salió del despacho a toda prisa. —¿Querías algo?

Él frunció el ceño observándola y como no decía nada, nerviosa le entregó una carpeta sin mirarle a la cara. —Ya se ha vendido todo lo de Miami. La campaña de publicidad ha sido un

éxito.

—Ivy, ¿te ocurre algo?

Le miró a los ojos sorprendida por la pregunta. —¿Qué?

—No sé, me acabo de dar cuenta de que tienes algo distinto. Esa ropa que no te favorece… Y tienes la piel como envejecida.

Se sonrojó llevándose las manos a las mejillas. —¿De veras?

—¿Estás enferma? —preguntó como si eso le molestara y mucho.

—No, claro que no. —Forzó una sonrisa. —Estoy muy bien.

Su teléfono empezó a sonar y se sobresaltó sin poder evitarlo. Lo miró de reojo para ver que era un número que no conocía. —Si me disculpas...

Él sin dejar de observarla asintió. —En tres horas nos vamos al aeropuerto.

—Perfecto. —Cogió su móvil y descolgó porque vería raro que no lo hiciera. —Ivy Hostner.

Una risita desquiciada al otro lado la tensó. —Buenos días, preciosa.

Vio que Kenneth se detenía en la puerta abriendo el expediente que le acababa de dar. —Buenos días, tengo una reunión y estoy algo ocupada. ¿De qué se trata?

—¡Yo soy lo primero, zorra! —gritó provocando que girara un poco su sillón—. ¿Me has entendido?

—Sí, por supuesto.

—No discutamos —dijo como si estuviera ilusionado—. Hoy he conseguido que me hables. —Rio de nuevo. —Después de doscientas dieciséis llamadas. Te haces de rogar para que dependa más de ti.

—No —dijo cortante. Miró de reojo a Kenneth que había dejado de leer los papeles para observarla a ella. Apartó el teléfono poniendo a ese chiflado en silencio para que no la escuchara

—. ¿Querías algo más? Es una conversación privada si no te importa…

Él apretó los labios antes de salir del despacho cerrando la puerta. Suspiró del alivio colgando el teléfono y como hacía siempre bloqueó el número. Intentando reprimir las lágrimas giró el sillón tapándose la cara con las manos. Ya no lo soportaba más. La llamaba a casa, al trabajo, al móvil, le enviaba mails, regalos, cartas... Hasta se había mudado porque temía encontrárselo en alguna de las zonas comunes del edificio, pero había conseguido encontrarla de nuevo. Ya no sabía qué hacer porque la policía no podía ayudarla, no la amenazaba, no le había visto nunca, no sabía quien era. Le dijeron que cambiara de mail, de número de teléfono, pero eso no podía hacerlo sin dar una razón y ¿cómo le iba a decir a su jefe que la acosaban por unas cartas? Eso sería un trastorno para la empresa. Todos sus contactos sabían su número y su mail. Sería otro tema que enturbiaría su relación cada vez más tensa. Había conseguido enviar sus mails a su carpeta y así no tener que leerlos siquiera, pero debió darse cuenta de que no los leía porque ahora aparecían en su bandeja de entrada con otras direcciones de correo. Cada vez que le bloqueaba conseguía un número nuevo de teléfono desechable que no se podía identificar. Se iba a volver loca. Sabía que eso y la presión del trabajo le estaba pasando factura a su vida. Si tenía un fin de semana libre no quedaba con nadie, había adelgazado y hasta para pasar desapercibida vestía con colores oscuros y ropa poco favorecedora. Sus padres estaban preocupadísimos por ella, porque decían que parecía que estaba agotada y querían que se fuera a vivir a Brooklyn con ellos para controlarla, pero eso ya sería lo que le faltaba con lo que había luchado por su independencia.

Un sonido la sobresaltó y asustada a toda prisa miró el móvil. Al ver una dirección de correo nueva sus labios temblaron abriendo el correo. —“*¿Crees que puedes huir de mí?”* —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —“*Nunca.”*

—¿Ivy? —Levantó la vista hacia la puerta para ver que su jefe la miraba con el ceño fruncido. —¿Ocurre algo?

—Oh, no. —Se pasó las manos por las mejillas y forzó una sonrisa. —No es nada.

—¿Seguro?

Algo tenía que decir. —Es que hoy es mi cumpleaños y mi madre me ha enviado un mensaje precioso.

—Qué raro, creía que era en agosto. Felicidades —dijo mirándola fijamente.

—Gracias.

Dejó el expediente sobre su mesa. —Buen trabajo con lo de Miami.

Se le cortó el aliento mirándole sorprendida porque en todo el mes anterior no la había felicitado ni una sola vez. —Gracias.

Kenneth asintió yendo hacia la puerta, pero antes de salir la miró sobre su hombro. —¿Te estoy presionando demasiado?

Se sonrojó. —Oh, no. Claro que no.

—¿Seguro? Tengo la sensación de que algo no va bien.

Menudo lumbreras. ¿En un mes no se había dado cuenta? Eso demostraba todo lo que le importaba. ¿Qué le iba a importar?, pensó con rabia. Solo le interesaba que le descargara de trabajo. Para él como si ese psicópata la degollaba mañana, lo único que sentiría es que se retrasaría alguna reunión. Puso una sonrisa falsa en la cara. —Todo va perfectamente.

—¿Quieres que vayamos a comer?

La primera vez en todo el mes. Esa invitación le sentó como una patada en el estómago. —Tengo que acabar esto antes de irnos —dijo antes de agachar la mirada a lo que tenía delante.

—Muy bien.

Cuando salió de su despacho cerrando la puerta suspiró del alivio y miró hacia la pantalla del ordenador para ver que le había llegado un mail de la empresa australiana donde había solicitado trabajo. Lo abrió a toda prisa para ver que la aceptaban gustosos y que por supuesto le daban los tres meses que les pedía para arreglar sus cosas. Se mordió el labio inferior, era como

otro ascenso, no estaba huyendo. Sería presidenta de una de las constructoras más potentes del país. No pensaba dejar que ese cabrón le hundiera la vida. Ahora tenía que decírselo a sus padres y eso iba a ser lo más duro de todo. Al mirar hacia la pared que daba al despacho de Kenneth chasqueó la lengua. —Será mejor que le vaya buscando un sustituto para que no se cabree tanto. Igual necesito referencias en el futuro.

Sentados en el avión privado uno frente a otro ante una mesa llena de papeles, Ivy leía un expediente, pero sintió la mirada de su jefe sobre ella. Levantó la vista por instinto para encontrarse con esos ojos grises que en el pasado habían alterado su corazón.

—No has cenado.

Miró el sándwich club que la azafata le había preparado y al que solo le había dado un mordisco. —No tengo hambre —dijo antes de mirar los papeles de nuevo para seguir trabajando.

—Ni siquiera te has comido el postre. La tarta de almendra te encanta.

—Ajá… —dijo distraída.

—¡Ivy!

Exasperada le miró. —¿Qué?

—¿Qué coño te pasa?

—¿A mí? Nada —dijo como si fuera lo más obvio del mundo—. Estoy trabajando, que para eso me pagas.

Él frunció el ceño viendo como volvía a su trabajo ignorándole por completo. —¿Esto es porque me he pasado contigo?

—¿Te has pasado? —Volvió la hoja y siguió leyendo. —No sé de qué me hablas.

Él le arrebató la hoja sorprendiéndola. —A mí no me ignores —dijo entre dientes.

Parpadeó como si hablara en chino y Kenneth carraspeó tendiéndole la hoja de nuevo, pero ella no la cogió. —Perdona —dijo él incómodo.

Suspiró apoyando la espalda en el respaldo del asiento. —Intento ser una buena empleada.

—Lo sé, pero no hace falta que te mates a trabajar. Creo que lo mejor es que estos días no trabajes en absoluto. Has perdido peso y es obvio que tienes que descansar.

—Si quisiera unas vacaciones las habría pedido —dijo tensa porque volvía a mencionar su aspecto.

—¡Pues las necesitas!

—Como dijiste hace… —Miró su reloj. —Siete horas, este es un viaje de trabajo y voy a trabajar. Las vacaciones ya me las tomaré el mes que viene.

Él frunció el ceño. —¿El mes que viene? Tenemos el viaje a Berlín.

Apretó los labios antes de mirar su maletín que estaba en el sillón de al lado y sacó una hoja antes de firmarla y poner la fecha. —Hubiera preferido hacerlo la semana que viene, pero es evidente que no puedo esperar más.

Le puso la hoja delante y él la leyó a toda prisa mirándola como si le hubieran salido cuernos y rabo. —¿Qué coño es esto? ¿Te vas de la empresa?

—Y te aviso con dos meses de antelación como estipula mi contrato, por eso tengo que acabar todo el trabajo que pueda para que Robert no se pierda al sustituirme.

—¿Robert? —Era evidente que no se lo podía creer.

—Robert Phillips, creo que es el mejor para sustituirme…

—¡Ya sé de qué Robert hablas! ¡Y si no le escogí es porque sé que no puedo trabajar con él! ¡Es un inútil!

—Deberás rebajar tus expectativas —dijo antes de seguir trabajando.

—Vamos a ver, que creo que todo esto se está desmadrando, ¡no puedes dejarme, joder!

Le miró asombrada. —No te dejo, solo me despido.

—¡Que es lo mismo! ¡A ti te pasa algo! ¡Dímelo de una jodida vez! —Entonces la miró como si hubiera dado con la clave. —¿Quieres más dinero? ¿Trabajar menos horas? Claro, he sido muy exigente. Lo de mi padre me alteró, joder. Reconozco que he estado intratable y me disculpo.

—Es normal que te alteraras, tu padre ha muerto. Es muy fuerte para cualquiera.

—He puesto demasiada responsabilidad sobre tus hombros, ¿es eso? Intentaré relajarme.

Sonrió con tristeza. —Eso es imposible, pero los tiros no van por ahí. Necesito cambiar de aires.

—¿Cambiar de aires? —preguntó como si eso fuera impensable—. ¿A dónde?

—Si no te importa, creo que lo mejor es no decir mi nuevo puesto hasta que tome posesión de él. —No podía decir nada a nadie o sino irse del país no serviría de nada. Si ese chiflado trabajaba en la empresa decir que se iba a Australia sería un error mayúsculo.

—Tú te largas con la competencia —dijo cabreadísimo.

—No te haría eso. —Sonrió con tristeza. —Sabías que era ambiciosa, eso fue lo que te gustó de mí para darme el puesto.

—¡Lo que claramente ha sido un error! —Hizo una bola de papel con su renuncia. —¡No la acepto!

—Ya la he enviado a recursos humanos. Este mediodía. Los días empiezan a contar igualmente cojas ese papel o no.

—¡Así que lo que diga no cambiará nada!

Sonrió con tristeza. —Lo siento, pero no. ¿Pero sabes? Me halaga mucho que quieras conservarme a tu lado. Creí… —Hizo un gesto con la mano. —Bueno, da igual.

—¡No, no da igual! Te has sentido menospreciada, ¿no es cierto? Joder Ivy, he pasado una mala racha.

Para mala racha la suya. —Y lo siento mucho, pero tengo que pensar en mí.

La miró como si no se lo creyera.

—Pero tranquilo, que trabajaré como la que más para sacar todo lo pendiente de delante. —Y para demostrárselo se puso a trabajar cogiendo la hoja que antes le había arrebatado.

Pasmado la observó durante unos minutos. La azafata se acercó. —¿No le gusta el sándwich?

Ella sonrió. —No tengo mucha hambre, gracias.

—¿Se encuentra mal? ¿Le hago una tisana?

—No, gracias.

—Tráigame un whisky —dijo Kenneth molesto—. Doble.

—Enseguida, señor Banningham.

Muy consciente de su mirada siguió trabajando. Al ver una cifra que estaba mal frunció el ceño y la marcó con un lápiz. Tendría que hablar con contabilidad, ya era la segunda vez que pasaba algo así. Un error como ese en un informe trimestral no se podía consentir. Kenneth bebió de su whisky sin quitarle ojo.

—¿Sabes que has subido ganancias un diez por ciento respecto al último año? —Sonrió mirándole. —Felicidades.

—Gracias —dijo con ironía provocando que perdiera la sonrisa de golpe.

Ella bajó la mirada y cerró el informe para guardarlo en su maletín. —Creo que me voy a acostar, estoy cansada.

—Joder, Ivy… Hablemos de esto.

—No hay nada de que hablar. —Pulsó el botón volviendo su sillón y lo estiró hasta casi

hacerlo una cama. Le escuchó jurar por lo bajo. Estaba claro que le molestaba que se fuera y lo entendía, para él era un incordio tener que amoldarse a otra persona, pero como le había dicho tenía que pensar en ella. Iniciaría una vida en otro país y en una nueva empresa. Y sería la jefa con libertad total. Podría hacer los proyectos que se le ocurrieran siempre que se atuviera al presupuesto. Lo conseguiría. Suspiró apagando la luz que tenía encima y la azafata se acercó con una manta y una almohada. —Gracias.

—Si necesita algo…

—Estoy bien, gracias.

La chica sonrió antes de mirar hacia él y se acercó de inmediato. Cuando la vio ir hacia la cocina para servirle otro whisky frunció el ceño porque no le había visto beber tanto tan seguido nunca. Un coñac como mucho, pero viendo la cantidad que le estaban sirviendo aquello ya eran como cuatro whiskies. Bueno, no era su problema. Como si quería llegar borracho a Portugal. Tú a tu trabajo, Ivy.

Capítulo 4

Los Maldonado y Kenneth mirando por el ventanal, no perdían detalle de como Ivy en cubierta, hablaba por teléfono mientras revolvía un montón de papeles que tenía delante sobre la mesa.

—Ya me parecía raro que vuestra relación se hubiera enfriado de esta manera. Durante los días que pasamos en casa apenas ha querido salir con nosotros a no ser que fuera para cosas de trabajo. Y ese empeño por trabajar…. Hace cuatro horas que hemos llegado al barco y no ha parado de hacer llamadas —dijo Carmen—. Qué pena que te abandone, con la buena pareja que hacíais.

La miró apretando los labios. —No me abandona —dijo con ironía—. Simplemente se despide.

—Una pérdida enorme. —Víctor bebió de su vaso. —Es obvio que es una persona entregada.

—¿No me la habrás quitado tú? —preguntó mosqueado.

—No he tenido esa suerte.

—Querido, hazle una oferta —dijo Carmen—. ¿Te imaginas? Igual se lleva bien con Paolo.

—¿Quién es Paolo? —preguntó mosqueadísimo.

—Nuestro hijo pequeño —dijo Víctor antes de salir dejando a Kenneth con la palabra en

la boca.

—¿No se atreverá a hacerlo ante mis narices? —dijo ofendido.

Carmen no le hacía ni caso mirándoles ilusionada. —Para mí Paolo, por favor. Sería perfecta para él.

—¡Señora, que todavía estoy aquí!

—Oh calla, Kenneth. Mi niño necesita una buena mujer. —Sus ojos brillaron. —Y esta sabe de los negocios de la familia. Serían perfectos el uno para el otro. Uy, voy a llamarle a ver si viene de Oporto este fin de semana.

Asombrado vio como intentaban quitársela ante sus narices, aunque un listo ya lo había hecho antes. Increíble. Sintiendo que le iba a salir una úlcera salió a cubierta.

—Te lo agradezco mucho, Víctor, pero debo rechazarlo. Ya me he comprometido y…

—¡Sí, estabas comprometida conmigo! —exclamó Kenneth cabreadísimo.

Ella le ignoró como llevaba haciendo los últimos cinco días. Aquello era el colmo.

—Como decía, no es cuestión de dinero. En la nueva empresa ganaré menos que ahora, pero me ofrecen un reto.

—¿Qué reto? —preguntó Kenneth deseando que se lo dijera.

Bueno, estaba claro que hasta que no se enterara no la dejaría en paz. —Me dan la presidencia.

Kenneth no se lo podía creer y entonces frunció el ceño. —¿Me dejas por la presidencia? ¡Si en mi empresa eres mi mano derecha!

Harta de hablar siempre de lo mismo se levantó. —Me voy a dar un baño. Si llaman cógelo, ¿quieres? Tienen que llamar de Londres. —Se quitó el pareo mostrando un bañador rojo que no disimulaba su delgadez y entonces recordó los anónimos. —O sino no lo cojas. Ya hablaré yo con ellos después.

Cuando se acercó a la borda Víctor gritó —¡No te alejes!

Se lanzó al agua de cabeza y nadó dando perfectas brazadas mientras los dos la observaban. —Rayos —dijo Víctor antes de gritar —Mujer, ¿has llamado a tu hijo?

Carmen salió con el teléfono en la mano. —Ordénale que venga, cielo. Dice no sé qué del trabajo.

Víctor cogió el teléfono. —Te quiero en el barco dentro de tres horas —dijo antes de colgar.

Carmen sonrió encantada. —Estoy deseando que se conozcan.

—¡No te alejes! —gritó Kenneth.

El teléfono móvil empezó a sonar y furioso lo cogió poniéndoselo al oído. Se tensó con fuerza sin decir una sola palabra y Víctor frunció el ceño. —¿Ocurre algo?

Colgó antes de mirar a Ivy. —No, no se oía bien lo que decían.

—Cielo, te dije que había que cambiar la antena —dijo su anfitriona.

—Mi amor, va por satélite.

—Pues algo está mal.

Mientras sus amigos discutían él se acercó a la borda para observarla nadar. De repente se detuvo y se quedó boca arriba con los brazos extendidos dejándose llevar por la corriente. Algo en su actitud le preocupó y se quitó la camiseta a toda prisa para lanzarse al agua. Cuando se acercó no quiso asustarla, así que susurró —¿Ivy?

Alargó la mano hacia él mirándole pálida. —Me he mareado.

—Tranquila, estoy aquí. —Cogió su mano y tiró de ella hasta cogerla por la cintura pegándola a él. —¿Estás mejor?

Se sujetó en sus hombros y asintió, aunque se estaba mareando de nuevo. Él juró por lo bajo sujetándola con firmeza por la cintura porque parecía que no tenía fuerzas y le apoyó la

cabeza sobre su hombro. —Vamos nena, no te desmayes. —Con un brazo se fue acercando al barco arrastrándola con él. —¿Ves lo que ocurre cuando no comes? Ya hablaremos de esto porque no pienso dejar que sigas así.

—¿Ocurre algo?

Kenneth miró hacia el barco. —¡Está mareada!

—¡Víctor, que se nos ahoga! —gritó poniéndose nerviosa.

Los tripulantes del barco se pusieron en marcha y en unos minutos se acercaban dos hombres en una zodiac. —Ya están aquí —dijo mirando su rostro, pero el brazo que estaba en su hombro cayó al agua. —¡Vamos, vamos! —gritó él. Cuando llegaron a su lado la subieron a la embarcación ya sin sentido. Kenneth agarrándose a la cuerda subió solo arrodillándose a su lado. —¡Llamad a un médico! —gritó haciendo que Víctor le ordenara algo al capitán.

La lancha se acercó a toda prisa y Carmen bajó a la plataforma que daba al mar y sujetó el cabo. —¿Se ha desmayado?

La cogió en brazos mientras la plantilla se encargaba de asegurar la embarcación. El capitán se acercó y la cogió de sus brazos mostrando que estaba desmayada. —Para ver al médico tenemos que llamar a emergencias o acercarnos a puerto, pero Lucy es enfermera.

La chica se acercó con un maletín rojo con una cruz blanca y dijo —Déjela en el suelo.

Lo hizo y Kenneth se acercó arrodillándose a su lado mientras la chica con eficiencia le ponía un tensiómetro. —Casi no ha comido.

—Tranquilo, enseguida averiguaremos lo que pasa. —Miró el aparato. —Tiene la tensión muy baja. —Hizo una mueca. —Y supongo que el azúcar también. —Con eficiencia sacó un aparato y le pinchó el dedo. —¡Vamos Ivy! —dijo bien alto antes de gruñir—. ¡Un vaso de agua con azúcar, rápido!

Uno de sus compañeros salió corriendo. —Menos mal que se ha dado cuenta de que no estaba bien. Hubiera sido fatal. —Cogió el vaso que le tendían y la agarró por la nuca forzando

que bebiera, aunque gran parte caía a un lado. —Si no mejora en unos minutos hay que llamar a emergencias.

Carmen impresionada se llevó la mano al pecho. —Llevémosla a su camarote, que no le dé el sol.

Kenneth la cogió en brazos y la pegó a su pecho. —Vamos, nena… —Bajó los escalones de lado para que no se golpeara con la pared y la metió en su camarote tumbándola con suavidad en la cama.

—¡Capitán rumbo a puerto! —gritó Víctor desde cubierta.

Lucy se sentó en la cama a su lado y le dio unas palmaditas en la mejilla. —Vamos, Ivy, ¡despierta!

Carmen dio un paso hacia la cama sin querer molestar. —¿Se pondrá bien?

—No se preocupe, señora Maldonado. —En ese momento Ivy parpadeó y la enfermera sonrió. —Ya estás aquí. Vamos, abre los ojos —dijo con autoridad.

Ella lo hizo sintiéndose agotada y Kenneth suspiró del alivio.

—Eso es. —Lucy miró hacia atrás para decirle a un compañero que tenía una botella de zumo en la mano —Perfecto. Trae aquí.

Se acercó y cogió un vaso de encima de la mesilla para servírselo. —Ivy ahora vas a beber esto, ¿de acuerdo? —La cogió por la nuca para elevarla y la hizo beber. Sorprendentemente en apenas unos segundos se encontró mejor, pero tuvo que apartarse para respirar. —Eso es. Te ha dado un bajón de azúcar. Hay que comer en condiciones, ¿sabes? No vivimos del aire. —Le acercó el vaso de nuevo. —Eso es, bébetelo todo.

Kenneth se llevó las manos a la cabeza e Ivy miró hacia él mientras su jefe se volvía. —Además eso de trabajar al sol… —Negó con la cabeza. —No es muy recomendable. —Apartó el vaso dándoselo a su compañero. —Así está bien de momento —dijo mientras Ivy dejaba caer la cabeza sobre las almohadas y suspiraba. Lucy la miró fijamente—. ¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Niña, qué susto —dijo Carmen.

—Lo siento.

Kenneth se volvió y por su cara estaba furioso. —En cuanto lleguemos iremos al hospital.

—Pero…

—¡Ya está bien, Ivy! ¡Esto se acaba aquí!

Sin comprender le vio salir de su camarote y Lucy sonrió. —Es normal que se preocupe.

—Sí, niña. Menudo susto —repitió Carmen—. Ni me quiero imaginar lo que hubiera pasado si no se hubiera dado cuenta de que no estabas bien.

Suspiró cerrando los ojos.

—¿Te mareas? —preguntó Lucy.

—Estoy agotada.

—Es normal. —Volvió a pincharle el dedo e Ivy abrió los ojos. —Pero estás mucho mejor. De todas maneras, vas a tomar un poco más de zumo.

No se había terminado el vaso cuando Kenneth entró en el camarote en vaqueros y con una camisa blanca. Decidido fue hasta el armario y sacó el primer vestido que pilló acercándose a la cama. —Vamos nena, tienes que vestirte.

—Puedo ayudarla yo —se ofreció Lucy—. Así le quito el bañador.

Asintió. —Voy a preguntar cuánto queda para llegar. Vuelvo ahora.

Suspiró sentándose. —Me encuentro mejor.

—¡Vuelvo ahora!

Lucy soltó una risita. —Un hombre con las ideas claras.

—Aquí tienes la ropa interior —dijo Carmen.

—Quiero ducharme.

—Pero…

Sacó las piernas de la cama. —Ah, no. Tú sola no —dijo Lucy tajante—. O llamo al ogro.

Sonrió sin poder evitarlo y se dejó ayudar por ella para llegar al baño. La ayudaron a aclararse el agua salada y la estaban rodeando con una toalla cuando él apareció en la puerta del baño. —¿Qué haces, mujer? ¡Ya estamos llegando!

Le miró asombrada intentando cubrirse. —¡Sal de aquí!

—¡Ivy déjate de tonterías! ¡Ya nos espera una ambulancia!

Sin poder creérselo dijo —¿Estás loco? ¡Estoy mejor!

—¡Eso lo dirá el médico! —La señaló con el dedo. —¡O te vistes en dos minutos o te visto yo! —dijo antes de irse.

Asombrada las miró a ellas, pero era evidente que no iba a tener su apoyo. Después de ponerse la ropa interior se puso el vestido de flores que él había cogido y para que no se agachara le calzaron unas manoletinas. —No te preocupes, pasaremos el resto de los días que os quedan en la villa —dijo Carmen.

No podía culparla por evitar que volviera al barco. Pero sentía fastidiarles los planes.

—Lo siento.

—No lo sientas, cielo —dijo preocupada—. En casa lo pasaremos bien y descansarás.

Kenneth apareció de nuevo y antes de que pudiera evitarlo la cogió en brazos sacándola de la habitación. Ella iba a decir algo, pero siseó —Estoy intentando contenerme, nena. Así que cierra la boca.

Se le cortó el aliento porque parecía realmente preocupado. —No te preocupes, terminaré el trabajo…

—Ni una palabra más —dijo furioso.

Para su sorpresa no solo había una ambulancia en el puerto. Había dos. Y un montón de gente observando. —Dios, qué vergüenza.

—No digas tonterías. —Se acercaron unos sanitarios y Lucy habló con ellos en portugués mientras la tumbaba en una camilla. —Yo voy con ella —dijo Kenneth.

Queriendo escapar de esa situación cerró los ojos mientras él se sentaba a su lado. Agradecía su ayuda, de verdad, pero algo en su interior le decía que era mejor que no estuviera allí. Abrió los ojos y le miró. —Puedes quedarte con ellos, estoy bien.

—No voy a moverme de tu lado hasta que sea el médico el que diga que estás bien.

Suspiró mirando el techo mientras se cerraban las puertas.

—¿Usted habla inglés? —preguntó Kenneth impaciente.

—Sí, no se preocupe —dijo el sanitario tomándole la tensión de nuevo.

—Estoy bien, todo esto es una exageración.

—No creo que estén exagerando —dijo el hombre mirando el tensiómetro—. Mi colega sabe bien lo que dice.

Frunció el ceño. —¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que le ha dicho?

—En el hospital le harán las pruebas necesarias.

Eso la preocupó, la preocupó muchísimo y sin poder evitarlo alargó la mano hacia Kenneth que se la cogió de inmediato. Le miró a los ojos. —¿Qué…?

—Shusss. Te has llevado al límite, nena. Pero lo solucionaremos, te juro que lo solucionaremos.

Sorprendentemente eso le hizo sentir mejor y una lágrima cayó por su sien. Él se acercó y susurró —No llores, nena. —Limpió la lágrima con el pulgar con la mano libre. —Estoy aquí.

Sin soltar su mano minutos después la acompañó hasta el box donde un médico la atendió. Le sacaron sangre y juntos esperaron los resultados apenas sin hablar. Pero no lo

necesitaban, simplemente estaba allí y para ella era suficiente.

Cuando llegó el médico ambos le miraron impacientes. —¿Y bien? —preguntó Kenneth.

—Se va a quedar ingresada.

Se le cayó el mundo a los pies. —¿Por qué? ¿Qué tengo?

El doctor apretó los labios. —Estás deshidratada y hay principios de desnutrición. Tus análisis tienen parámetros que no hay que ignorar y quiero tenerte controlada durante unos días.

—¿Qué? ¡Me encuentro bien!

—Nena… No estás bien.

—Me he saltado unas comidas, pero no puede ser para tanto.

—Has adelgazado más de diez kilos en apenas un mes y no me digas que no te has dado cuenta —dijo Kenneth.

—Qué va.

—Llamaré a psiquiatría para que le hagan una visita.

Apretó los labios antes de mirar a Kenneth. —No estoy loca.

—Lo sé, nena. Pero te quedarás para que te controlen y después volveremos a casa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y susurró —No estoy loca.

El doctor dijo —Enseguida la trasladarán.

—Gracias doctor. —Ivy se tapó la cara con las manos intentando ocultar las lágrimas. Kenneth se sentó a su lado y la abrazó. Sin poder evitarlo se aferró a su cuello. —Sé que no estás loca. —Acarició su espalda con ternura. —No hay persona más cuerda que tú, nena. Esto solo es un bache. —Se apartó y la cogió por las mejillas para que le mirara a los ojos. —Y quiero que seas totalmente sincera con el psiquiatra, ¿me has entendido? Quiero que se lo cuentes todo. Lo de ese tío también.

Se le cortó el aliento y perdió el poco color que le quedaba en la cara. —Lo sabes.

—Llamó cuando te tiraste al agua.

Sollozó. —Nunca me dejará en paz.

—Claro que sí. —La abrazó de nuevo. —Le denunciaremos.

—¡Ni sé quién es! —gritó alterada.

—Tranquila nena… —Acarició su espalda y consiguió relajarse poco a poco.

Sollozó sobre su hombro. —Dice que me quiere, ¿no es de locos?

—Cuéntamelo todo.

Relajándose mientras la abrazaba le contó lo que había pasado. —Solo puedo olvidarle mientras trabajo —dijo angustiada—. Odio las noches, me llamaba más de veinte veces cada noche y si apago el teléfono me llama al timbre de la puerta o al del portal lo que me asusta mil veces más.

—¿Qué has dicho? —preguntó él tensándose.

Se apartó para mirarle a los ojos. —Y eso que me he mudado y no he dado la dirección en la empresa, pero debió seguirme hasta mi nuevo piso porque han vuelto los regalos, las notas y los golpes en la puerta a las tres de la mañana. Me escondo en mi habitación. Ya tengo seis cerrojos. He llamado a la policía, pero dicen que no me ha hecho nada, que si tuvieran que detener a todos los que envían mensajes la mitad de América estaría en prisión. He hablado con un abogado y me ha dicho que suelen tomarse en serio el bullying en los colegios para proteger a los menores, pero que con los adultos sino está relacionado con el acoso laboral o sexual dentro del trabajo no suelen hacer mucho hasta que no haya sangre por medio. Oh, excepto si fuera mi marido o mi ex. Entonces sí que podría denunciarle, pero al parecer tener un admirador no es delito.

—Eso es ridículo —dijo molesto—. Es un acosador.

—No puedo demostrar que esas direcciones de correo sean suyas, no puedo demostrar que él es quien llama a la puerta. Esos teléfonos se pueden comprar en cualquier supermercado.

Se podría demostrar con los registros de su tarjeta de crédito, pero eso solo justificaría que compra muchos móviles y puede que no me llame a mí. Eso si supiera quién es que por supuesto no lo sé.

—¿En tu edificio no hay cámaras?

—Claro que sí, pero solo se ve a un hombre llamando a mi puerta y lleva una cazadora negra con la capucha puesta. Hasta he contratado a un detective para que me siga y averigüe quien es. No ha dado con nadie y eso que me siguió dos semanas.

Kenneth entrecerró los ojos. —¿Dónde es el trabajo?

—En Australia.

—No puedes huir.

Le miró a los ojos. —¿No te das cuenta? Si me quedo terminará matándome. No sé lo que ha dicho en esa llamada, pero cuando habla conmigo el tono de sus palabras indica que va a hacerlo como no le haga caso. —Le agarró las manos muy nerviosa. —Y sé que es capaz. Me matará.

La cogió de los hombros. —Eso no va a pasar, ¿me oyes? Le encontraremos. Ahora vas a ponerte bien, vas a hacer caso en todo a los médicos y regresaremos a casa. —Vio el miedo en sus ojos. —No dejaré que te pase nada.

—No había dormido siete horas seguidas desde hace semanas. En este país he podido hacerlo. Pienso irme —dijo convencida—. Ahora sé que he tomado la decisión correcta.

Al ver el estado de nervios en el que se encontraba sonrió intentando relajarla. —Si es lo que quieres hacer, te apoyaré.

—¿De veras? —preguntó más tranquila.

—No se lo diré a nadie, ¿de acuerdo? Desaparecerás y nadie sabrá nunca donde estás por mí.

Suspiró del alivio. —Gracias. —Cerró los ojos tumbándose en la camilla y él le acarició la frente y el cabello. Sollozó por lo bien que se estaba portando con ella. —Gracias por acompañarme.

Él apretó los labios. —Siento que no hayas tenido la confianza para contármelo antes y que hayas pasado por esto sola. Y es culpa mía, nena. Sé que es culpa mía, pero te ayudaré.

Cuando la doctora Ross salió de la habitación, él apoyado en la pared del pasillo se enderezó. —¿Cómo está hoy?

—Mejor, la medicación está haciendo efecto y está más relajada. En estos dos días ha comido todo lo que le poníamos y se ha sincerado. Ha sido como quitarse un peso de encima. Ni siquiera se lo había dicho a sus padres, que sabían que estaba mal pero no les había contado la razón.

—Sí, sé que ha pasado por esto sola.

—Es una situación muy estresante y unido a un trabajo exigente ha tocado fondo entrando en un principio de anorexia.

—¿Anorexia? —preguntó él asombrado.

—No controlaba nada de lo que ocurría a su alrededor y de esta manera controlaba su cuerpo.

—No me joda, pero si come como una lima cuando está bien.

—Eso no tiene que ver. En un momento de crisis a veces la mente nos hace reaccionar de manera distinta a como nos comportamos normalmente. Ya había pasado por un periodo similar en el instituto. Al parecer se relacionaba con niños ricos cuando ella no lo era y en su periodo de adaptación también adelgazó mucho. Su psicólogo supo hacerle ver a tiempo que estaba haciéndose daño a sí misma y corrigió su conducta. Pero la situación actual es mil veces peor que

aquella y sin ser consciente de ello ha vuelto a ese rol. —Se sonrojó. —No debería contarle esto, pero…

—Si quiero ayudarla debo saberlo todo.

—Opino lo mismo, ya que es la única persona aquí que la conoce.

—¿Qué puedo hacer?

Ella apretó los labios como si fuera a decirle algo que no le gustara nada. —Hasta que su situación física no cambie, no quiero que se enfrente a nada que la estrese. Debe ir a terapia, a que le ayuden a canalizar sus emociones. —Le miró a los ojos. —Hay algo que no entiendo, señor Banningham…

—Pregunte lo que quiera.

—Me ha dicho que usted trabaja con ella, a su lado, ¿no se dio cuenta de lo que estaba pasando? —preguntó como si no se lo creyera—. ¿Diez kilos en un mes y no se dio cuenta?

Kenneth se volvió llevándose las manos a la cabeza y la doctora suspiró. —Sí que se dio cuenta, pero decidió ignorarlo.

Se volvió para enfrentarla. —Mi padre falleció hace dos semanas después de dos infartos en diez días, ¿sabe?

—¿Y lo pagó con ella? —Kenneth palideció. —Me ha dicho que en el trabajo su relación es muy distinta a como era al principio. Ya no la invitaba a comer, parecía que siempre estaba enfadado con ella y que todo lo hacía mal. Gritos, desplantes… Tengo entendido que hasta una vez la reprendió ante la plantilla en una reunión importante y le prohibió que hablara.

—Joder…

—Señor Banningham si le cuento esto no es porque quiera echárselo en cara, es porque busco lo mejor para mi paciente y desgraciadamente no creo que sea usted.

Dio un paso atrás como si le hubiera golpeado.

—Mi paciente necesita estabilidad y voy a recomendarle que después de un periodo de descanso y tratamiento, se traslade a Australia para iniciar una nueva vida, necesita sentirse segura.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que sea lo bastante fuerte para enfrentarse a su acosador. Si eso llega a pasar algún día. Desgraciadamente le ha inculcado un terror en ciertas situaciones que será difícil de erradicar.

—No. ¡Joder, no puede recomendarle que lo abandone todo!

—Será decisión suya si quiere regresar algún día y recuperar su antigua vida. Estoy convencida que cualquier colega mío en Estados Unidos opinará como yo. Y si la aprecia tanto debería apoyarla.

—Solo necesita que ese cabrón salga de su vida —siseó.

Ella levantó una ceja. —¿Seguro que solo necesita eso?

—¡Sí!

—No ha entendido nada.

Pasmado vio cómo se largaba y fue tras ella. —¿No lo he entendido? ¡Pues explíquemelo!

—Ivy necesita estabilidad y desgraciadamente usted no puede dársela con esos cambios de humor tan repentinos.

—¡Yo no tengo cambios de humor repentinos! —gritó haciendo que todos le miraran. La doctora se metió en el ascensor ignorándole y él detuvo las puertas—. ¡Vale, joder sé que tengo carácter y ella me conoce así! ¡Sabe cómo soy!

—Aclárese las ideas antes de acercarse a mi paciente, señor Banningham. O la quiere en su vida o no. —La miró sorprendido. —¿O acaso no intentaba demostrarle que no es importante

para usted al ignorarla y despreciarla durante el mes pasado? Porque si no fue por eso, ninguna de las dos hemos entendido nada.

—¿Ella piensa eso? —susurró impresionado.

—Como acaba de decir le conoce muy bien. ¿Puede soltar las puertas, por favor?

—Me importa —siseó.

—Pues si le importa, deje que se vaya. —Impresionado soltó las puertas y ella le miró a los ojos. —Si le importa, haga lo que es mejor para Ivy.

Cuando las puertas se cerraron pensó en ello de la que volvía a la habitación y durante unos minutos le dio mil vueltas sintiéndose un cabrón. No había estado para ella cuando le necesitaba, es más había colaborado en su estado y no tenía derecho a decir ni una palabra sobre cómo debía ser su recuperación. Se sintió hundido por perderla. Se apoyó en la pared mirando el suelo. ¿Cómo había pasado eso? ¿Cómo había permitido que sufriera? No se lo explicaba. Recordando la risa de Ivy negó con la cabeza. Tenía que haberla ayudado, tenía que haberla apoyado pero su maldita inseguridad había provocado todo eso. Si hubiera sido sincero… Puso la mano en el pomo de la puerta y respiró hondo antes de poner una sonrisa en sus labios sabiendo que iba a hacer lo más duro que había hecho en la vida.

Capítulo 5

—Sí mamá, las vistas de mi piso son increíbles —dijo encantada—. Se ve todo Sídney. ¿El trabajo? El trabajo bien. No tienen el mismo volumen que en Banningham, así que es más relajado. Que sí, todo va bien. No he adelgazado ni un gramo y… —En ese momento llamaron a la puerta y se tensó mirando hacia allí. —Mamá tengo que dejarte, llaman a la puerta. Sí, miraré por la mirilla a ver quién es.

Colgó el teléfono y se acercó a la puerta. —Soy yo.

Al escuchar la voz de Kenneth no se lo podía creer. —¿Jefe?

—Ya no soy tu jefe, así que… ¿Quieres abrir de una vez?

Sorprendida fue hasta la puerta intentando ignorar el pantalón corto y la vieja camiseta que llevaba. Abrió la puerta y sonrió. —¿Qué haces aquí? —Se acercó para abrazarle. —Qué sorpresa. Me estaba instalando.

Se alejó para que mirara el piso y él gruñó viendo lo amplio y las increíbles vistas que tenía a pesar de la cantidad de cajas que había por allí. —Te tratan bien.

Soltó una risita. —Me adoran. Este último mes he estado en un hotel mientras me lo redecoraban a mi gusto.

Volvió a gruñir y ella rio. —Chúpate esa…

Él se la quedó mirando y sonrió. —Te veo bien.

Se sonrojó. —Estoy muy bien. Hago mis tres comidas al día y trabajo diez horitas. Hasta

tengo tiempo de salir.

—¿Con quién? —preguntó como si eso no le gustara un pelo.

—Me he apuntado a un gimnasio y hemos hecho un grupito. Y cuéntame, ¿qué haces aquí?

—¿Si dijera que he venido a verte no colaría?

Miró su traje de tres piezas. —Solo te pones ese cuando es un negocio importante.

Él rio por lo bajo. —He comprado Casntad.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Venga ya! ¿Has comprado a mi principal competidor?

Rio. —Ha sido un chollo.

—Había oído que tenía problemas.

—Ni te lo imaginas.

Sonrió emocionada porque puede que eso significara que le viera de vez en cuando. —Intentaré hundirte.

—Nena, conmigo no vas a poder. —Se abrió la chaqueta del traje.

—¿Quieres una cerveza? En la nevera hay de todo.

—Eso sería genial. —Se sentó en el sofá y ella a toda prisa fue hasta la puerta de la cocina.

Regresó con una lata de cerveza. —Lo siento, pero no tengo ni idea de donde están los vasos.

—No pasa nada. Veo que te has traído tus cosas de Nueva York.

—Vía Londres. Me ha costado una pasta, te lo aseguro. ¿Cómo te va con Robert?

Abrió la lata de cerveza y ella se arrodilló en la moqueta ante una de las cajas sacando unos libros. —Le he encontrado, nena.

Se detuvo en seco antes de levantar la vista hacia él.

—Sé quien es. —Vio el miedo en sus ojos. —Contraté un pirata informático para que hackeara tu correo. Enviaba los mails desde un cibercafé y le siguieron desde allí. Si quieres recuperar tu vida sabemos quién es y según un abogado penalista que conozco, con esas pruebas ya podemos demostrar el acoso.

Se sentó sobre sus talones. —¿Cuántos años le caerían?

Kenneth apretó los labios. —Cinco como mucho. —Se miraron a los ojos. —Pero seguramente saldría en tres. Sé que no es mucho…

—Es una mierda. —Siguió sacando libros y él suspiró. —¿Qué tal con Robert?

—¿No quieres saber quién es?

—¿Para qué?

—Para que si se te acerca puedas reconocerle, nena. Para eso.

—No quiero hablar de él.

—¡No puedes ocultar la cabeza e ignorar lo que está pasando!

—¡Está bien! ¿Quién es?

—Se llama Carl Prentis.

Le miró sin tener ni idea de quien era ese tipo.

—El camarero del Cassius. El que te guiñaba el ojo con lo de la tarta de chocolate —dijo molesto.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Pero si jamás hablé con él más de dos palabras… Creía que era alguien de la empresa.

—Estuvo en un psiquiátrico con dieciséis años por acosar a su vecina. Entraba en su casa por la escalera de incendios y le pillaron los padres de la chica.

—Dios mío… —dijo mientras palidecía.

—Nena, puede haber más víctimas. Debemos hacer algo. Si hay suerte y le declaran incapaz puede que nunca salga del psiquiátrico.

—Eso no puedes garantizármelo. ¡No puede garantizármelo nadie! —Se levantó furiosa. —¡Aquí estoy bien!

—¿Lejos de tus padres y de todo lo que conoces? —preguntó levantándose—. No me jodas, Ivy. ¿En una empresa de segunda?

—Bueno, no es como la tuya, ¡pero solo tienes que ver como vivo! ¡Y vivo mucho mejor!

Él apretó los labios. —Debía decírtelo.

Agachó la mirada porque debía pensar que era una desagradecida. —Siento que te hayas tomado tantas molestias.

—No me ha molestado en absoluto. Te lo debía.

Sorprendida le miró a los ojos. —No me debías nada, era tu empleada.

—Eras mucho más que eso.

Se le cortó el aliento por el vuelco que dio su corazón. —¿De veras?

—Jamás he trabajado tan bien con nadie, pero la jodí. —Sonrió con tristeza. —¿Recuerdas la comida con Víctor y con Carmen?

Le miró comprendiendo. —Te fastidió lo que dijeron sobre que éramos la pareja perfecta, ¿no? Por eso te comportaste así, porque querías dejarme claro que no habría nada entre nosotros.

—Nena, no das ni una.

Dio un paso hacia él. —¿No fue por eso?

—Fue porque… ¡Porque parecía que no te importaba!

—¿Qué no me importaba?

—¡Que no fuéramos pareja! Y después pasó lo de mi padre y… —Dejó caer la mandíbula del asombro y él nervioso se pasó la mano por la nuca. —Da igual.

—¡Nunca dijiste nada!

—¿Qué iba a decir? ¡Sé cuándo una mujer es receptiva y tú no lo eras!

—¡Porque no quería que me echaras a patadas o hacer el ridículo! ¡Tú tampoco hiciste nada!

—¿Que no hice nada? ¡Te di el ascenso!

Ahora sí que no salía de su asombro. —¿Qué?

—¿Crees que con tantos candidatos al puesto no hubiera elegido a alguien con más experiencia en el sector?

—Como Robert.

—¡Exacto! ¡Pero cuando te recomendaron vi el video de la entrevista de cuando entraste en la empresa y no pude evitarlo! Y te aseguro nena, que no me arrepentí. Eras perfecta para el puesto y…

Se emocionó, pero a la vez también estaba furiosa. —¡Anda guapo, que con la experiencia que tienes en ligar podías haber dado un par de señales!

—Nena, te aseguro que te las di.

Parpadeó. —¿De veras?

—¡Si te llevaba a comer cada maldito día! —gritó furioso—. ¿Eso no te parecía raro?

Se sonrojó. —Creía que era lo normal.

—¿Y también es normal que me acompañaras a las galas y a las cenas? ¡Nena, si un día te acompañé hasta la puerta de tu apartamento y me dijiste que estabas agotada antes de darme con la puerta en las narices!

Se puso como un tomate. —Si me hubieras pedido una cita…

Parecía que Kenneth no se lo podía creer. —¡Para que me rechazaras! ¡Seguro que pensarías que quería un lío con mi ayudante! —Se apretó las manos nerviosa y él vio el gesto. —

Da igual, eso es agua pasada. Es mejor que me vaya.

Al verle ir hacia la puerta sintió un nudo en la boca del estómago y cuando abrió para largarse susurró —Te echo de menos.

Él cerró de un portazo volviéndose con los brazos en jarras. —Vamos a ver nena, que me tienes un poco confundido… ¿Hasta qué punto me echas de menos? ¿Vas a volver?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y angustiada negó con la cabeza. Kenneth apretó los labios. —Sabes que yo no puedo trasladarme.

—Lo siento. —Corrió hacia su habitación. —No tenía que haber dicho nada, lo siento.

Kenneth desmoralizado dejó caer la cabeza hacia adelante y en una de las cajas vio una foto enmarcada de ellos dos juntos. Era una foto del periódico por la inauguración de uno de sus edificios. Después habían ido a celebrarlo al restaurante donde trabajaba ese malnacido. No se podía creer que lo hubiera perdido todo por ese hijo de puta. Miró hacia el pasillo y la escuchó llorar. Caminó hacia allí y abrió la puerta para verla sobre la cama abrazándose las piernas. Sintiéndose como un cerdo por hacerla sufrir de nuevo, se tumbó a su lado y la abrazó por la espalda pegándola a él. —Tengo avión privado, no es para tanto.

Se le cortó el aliento y le miró sobre su hombro. —¿Vendrás a verme?

—Bueno, soy un hombre de negocios, el viaje tiene que merecer la pena.

Sonrió volviéndose. —Haré que merezca la pena.

—Sí, ¿cómo?

Ella bajó la vista hasta sus labios y tímidamente se acercó cortándole el aliento. Rozó su labio inferior con el suyo y susurró —Estás aquí, casi no puedo creerlo. —Acarició con sus labios los suyos mareándose de placer. Jamás se sintió tan excitada y los besó de nuevo tomándose su tiempo. Tardó unos segundos en darse cuenta de que él no se movía y de repente se apartó para mirarle a los ojos. —¿Qué haces?

—¿Qué?

—Mejor dicho, ¿qué no haces?

—Nena, no quiero presionarte. ¿No ha quedado claro? —dijo entre dientes como si se estuviera conteniendo.

—Ah… Pues no te cortes.

—¿Seguro? Lo has pasado mal y…

—¡Seguro, Kenneth!

La cogió por la nuca atrapando su boca e Ivy jadeó porque parecía hambriento. Hambriento de ella y cuando su lengua la saboreó como si fuera lo mejor del mundo, dejó de acordarse hasta de su nombre. Kenneth bajó la mano de su nuca por su espalda hasta llegar a su trasero y metió la mano por la cinturilla del pantalón para acariciar su nalga desnuda. Gimió en su boca porque esa caricia la encendió y sin dejar de besarle se llevó la mano a la cinturilla del pantalón para desabrochárselo a toda prisa. Ese fue como el pistoletazo de salida porque a partir de ahí los besos se volvieron más apasionados casi desesperados y mientras él le bajaba los pantalones ella intentó abrir los botones del chaleco. Frustrada porque no atinaba pateó sus pantalones para quitárselos de las pantorrillas y él la agarró para tumbarla encima de su cuerpo. A horcajadas sobre él demostró su impaciencia llevando sus manos a su cintura y abrió el cinturón en tiempo récord. Ivy dejó de besarle para mirarle a los ojos y ambos escucharon como bajaba la cremallera. —Joder nena, no he deseado a nadie como a ti en toda mi vida.

—Demuéstramelo. —Acarició su sexo por encima de su ropa interior y creyó que se moría de gusto por su dureza. —Te necesito.

—Estoy aquí, nena. —Él se sentó atrapando sus labios e Ivy se abrazó a su cuello bebiendo de su boca. La punta de su sexo rozó el suyo ya humedecido de deseo y se deslizó suavemente por su entrada provocándole mil sensaciones que no se terminaba de creer. Aquello no podía estar pasando, era un sueño, un sueño del que no quería despertar. Impaciente porque la llenara se dejó caer sobre su eje y ambos gritaron apartando sus bocas. —Perfecta, suave como la

seda —dijo él agarrando su cintura—. Siempre supe que sería así.

Emocionada miró sus ojos. —¿De veras?

Él pasó un dedo por su labio inferior sonriendo. —¿Acaso tú no?

Sin darse cuenta movió las caderas hacia adelante y el placer fue tan exquisito que le cortó el aliento. —Es mil veces mejor de lo que me imaginaba.

Kenneth cerró los ojos y vio el placer que le proporcionaba al deslizarse en su interior. Ivy se elevó dejándose caer de nuevo, lo que provocó que su vientre se estremeciera con fuerza y gritó arqueando su cuello hacia atrás. Él se lo besó, pero Ivy se elevó de nuevo porque necesitaba más y al sentirle llenándola gritó clavando las uñas en su cuello. Kenneth gruñó volviéndola de golpe para tumbarla. —Nena, eres muy impaciente. He esperado mucho, quiero saborearlo. —Agarró sus muñecas poniéndoselas sobre la cabeza.

—Más…

La miró con deseo. —Ni te imaginas las veces que he pensado en ti en este momento. —Entró en ella con contundencia provocando que cualquier pensamiento coherente saliera despedido. Solo estaba él y lo que le hacía sentir. No importaba nada excepto Kenneth. Cuando la embistió de nuevo Ivy gimoteó mientras su cuerpo temblaba de necesidad y él aumentó el ritmo. Cada vez que la llenaba creía que no podía ser mejor, pero siempre la sorprendía con la siguiente estocada. Todo su cuerpo estaba tenso, clamaba liberación y él besó su cuello intentando calmarla diciéndole palabras que no comprendía, hasta que la llenó con tal ímpetu que toda esa necesidad, toda esa tensión explotó provocando un placer que debía ser de otro mundo porque en ese no podía existir algo igual.

Ni escuchó como él gritaba al liberarse ni sintió como se apartaba para tumbarse a su lado antes de abrazarla contra su cuerpo. Con las respiraciones agitadas simplemente se sintieron el uno al otro mientras sus corazones volvían a la normalidad. Pero en ese momento fue consciente de lo que había hecho y con quien. De lo que eso suponía porque él estaba en un país y ella en

otro. No podía ignorar que Kenneth tenía responsabilidades, una gran empresa que dirigir. ¿Qué tipo de relación sería la suya? Porque él quería una relación, le había dicho que quería ir a visitarla. ¿Pero durante cuánto tiempo? No podrían estar así para siempre, sería ridículo.

—¿Qué piensas?

—Quieres que vuelva.

—Nena, tienes que volver. Lo sabes. Aquí solo te estás escondiendo. Y podemos denunciarle…

—No hables de él, por favor.

Kenneth apretó los labios. —Sé que necesitas tiempo. Y estoy dispuesto a lo que sea para que esto funcione.

Su corazón se hinchó de felicidad y le miró. —¿De veras?

Él acarició su cabello. —Sí, nena… Pero vete pensándolo, ¿quieres? Sabes que mi vida es…

Perdió la sonrisa poco a poco. —Lo sé.

—No quiero agobiarte. Tómate tu tiempo y veamos cómo va, pero sabes tan bien como yo que tarde o temprano tendrás que volver si quieres que esto funcione.

—Quiero que funcione. Lo deseo más que a nada.

Él sonrió. —Entonces todo saldrá bien.

Capítulo 6

Seis meses después

Al dar la una del mediodía su teléfono vibró por la alarma e impaciente lo cogió de la mesa de su despacho marcando a toda prisa porque la tarde anterior había notado a Kenneth un poco raro. Empezaba a pensar que se estaba cansando de la situación. Llevaba un mes sin aparecer por allí y eso la estaba poniendo muy nerviosa.

—Hola nena...

—Hola cielo. Ahí son las once de la noche. ¿Cansado?

—¿Para hablar contigo? Nunca.

Eso la hizo sonreír. —Puedo llamarte después, antes de acostarme. Así…

—La última vez casi nos pillan en la oficina y te pusiste muy nerviosa porque no querías que se supiera en la empresa, ya que harían preguntas sobre dónde estabas y esas cosas.... Nena, habíamos pactado este horario y está bien —dijo muy tenso.

Se mordió el labio inferior porque parecía cabreado, aunque intentaba disimularlo. —Muy bien, ¿qué pasa?

—Se casa mi primo este fin de semana, eso es lo que pasa.

—Cielo, ya lo habíamos hablado.

—Sí, y dijiste que no. Como lo de venir en Navidades o asistir a la misa en recuerdo de mi padre.

—Creía que lo comprendías. Me dijiste...

Le escuchó suspirar. —No quiero discutir. Tú has preguntado y te he dicho lo que pasa.

—Y es evidente que no estás contento con la situación.

—¿Acaso tú lo estás?

—No —dijo con sinceridad—. Te echo de menos.

—Nena, vuelve a casa. Lo solucionaremos.

Estaba harta de tener siempre la misma conversación. —Cuando vengas lo hablamos, ¿vale?

—Ya lo hemos hablado mil veces. Esto no funciona. —Palideció al escucharle. —Creo que lo mejor es que lo dejemos y cada uno siga su vida.

—Kenneth, ¿pero qué dices? —preguntó asustada—. ¿En serio quieres que vaya a Nueva York y arriesgue la vida?

—Quiero que desees vivir a mi lado, nena. Y que nos enfrentemos a los problemas juntos.

—¡Es muy fácil de decir, tú no has pasado por eso! ¡Por qué no vienes tú aquí!

—¡Porque aquí está todo nuestro universo! ¡Nuestra familia! ¡Nuestro futuro!

—Al parecer fue un error que empezáramos esta relación.

—Al parecer sí —dijo dejándola de piedra.

Una lágrima rodó por su mejilla. —¿Esto es una prueba de amor o algo así? ¿Si no voy a enfrentarme con ese psicópata es que no te quiero lo suficiente? ¿Si no hago lo que esperas de mí, te cabrearas conmigo como la otra vez? ¡Habla claro!

—Más claro no puedo ser. Quiero que vivamos juntos, que esta conversación u otras mil

diferentes las tengamos en la misma cama. —Las lágrimas rodaron por sus mejillas sintiendo que se le encogía el corazón. —Quiero tocarte o besarte cada vez que me apetezca y quiero levantar la vista de mi escritorio y verte a ti al otro lado. Si no puedes enfrentarte a cualquiera por tener eso, es que no me quieres, nena. Y yo no puedo seguir así. Adiós Ivy, cuídate mucho.

Cuando colgó el teléfono el mundo se le cayó encima. Que no le quería. Sollozó dejando el móvil sobre la mesa. ¡Que no le quería! ¡Si se había convertido en lo más importante de su vida! ¿Entonces qué hacía allí? Su corazón se detuvo mirando su lujoso despacho, su vida vacía hasta que él llegaba u oía su voz al teléfono. ¿Ese quería que fuera su futuro? Le necesitaba y por estar con él de nuevo daría su vida, su alma y todo lo que poseía. Se levantó cogiendo su bolso y el móvil para salir de su despacho. Su secretaria sonrió. —¿Ya te vas?

—En realidad no tenía que haber venido —dijo antes de alejarse dejándola con la palabra en la boca.

Ante el restaurante escondida en las sombras vio como la plantilla salía del local. Le vio salir con unos billetes en la mano y se los metió en el bolsillo del vaquero yendo calle abajo. Le siguió. Iba hacia el metro. Le vio sacar un móvil de tapa y llamó a alguien deteniéndose en la esquina. —Serás hija de puta —dijo alterándose—. ¡A mí no vas a ignorarme!

Se le cortó el aliento porque le estaba haciendo lo mismo a otra. Ese cerdo estaba torturando a otra mujer. —¡Ni se te ocurra colgarme! —De repente miró el móvil y se echó a reír de una manera que le puso los pelos de punta. Estaba loco, totalmente loco. Le vio llamar de nuevo y como no se lo cogió tiró el teléfono a la papelera. En cuanto se alejó entrando en la boca del metro, Ivy corrió hasta ella y cogió el teléfono antes de correr en dirección contraria. Al dar la vuelta a la esquina abrió el móvil y miró el número que había marcado. A toda prisa cogió su teléfono y llamó, pero no se lo cogían. Lógico, a esas horas pensaría que era él. Se acercó a la

acera y levantó la mano para llamar a un taxi que se acercaba. En cuanto se subió dijo —Al Plaza.

Mirando su móvil en la mano respiró hondo antes de marcar el número de teléfono. Al tercer tono pensó en colgar por si estaba dormido, pero cuando iba a hacerlo contestó —¿Ivy?

Se quedó en silencio. —Nena, ¿estás bien?

Que se preocupara por ella aun después de haberlo dejado la emocionó. —¿Sabes? Tenías razón.

—¿En qué, cielo?

—No se puede vivir a medias.

Le escuchó suspirar. —¿Quieres que vaya a buscarte? Traeremos tus cosas en el avión y…

—Ya estoy aquí.

—¿En Nueva York? —preguntó sorprendido. Le escuchó levantarse—. ¿Estás aquí? ¿Dónde? ¿En el aeropuerto?

—Le he visto.

Se le cortó el aliento. —Nena… Eso no es buena idea. Lo hablaremos y…

—Le está haciendo lo mismo a otra —dijo intentando no llorar—. Se ríe de ella cuando cuelga, ¿sabes?

—Ivy… —dijo asustado—. Nena, igual te he presionado mucho. Igual no estás preparada. Dime dónde estás y te voy a buscar.

—Y si está sufriendo es por mi culpa, porque no le paré a tiempo.

—Tú no tienes la culpa de nada. ¡Ivy! ¡Dime dónde estás!

—Pero esta vez lo voy a solucionar —dijo antes de colgar y poner el teléfono en silencio. Miró al frente limpiándose las lágrimas y vio como el chófer la observaba por el espejo

retrovisor. —¿Y usted qué mira? —preguntó mosqueada.

—No, nada. Yo no miro nada.

Enderezó la espalda y se dio cuenta de que hasta qué punto ese chiflado la había afectado. Hacía una semana se hubiera intimidado porque el taxista la hubiera mirado. Habría pensado mil cosas sobre cuáles eran sus intenciones, pero jamás le hubiera dicho nada por miedo a un conflicto. Se recordó a sí misma con catorce años en el instituto y como huía de los conflictos. Como había hecho hasta ahora. Escondida en su burbuja para que nada la afectara y cuando ese mamón había empezado a acosarla se hizo cada vez más pequeña hasta desaparecer, literalmente. Le había robado su vida y no iba a dejar que se lo hiciera a nadie más.

Cuando se levantó eran las diez de la mañana. Ni recordaba cuando se había levantado tan tarde, pero le dio absolutamente igual. Pidió un enorme desayuno al servicio de habitaciones y se lo comió tranquilamente viendo el programa matinal. Estaba metiéndose un buen pedazo de croissant con mermelada y mantequilla en la boca cuando llamaron a la puerta. Sorprendida miró hacia allí. —¡Nena, abre la puerta!

Jadeó levantándose. —¿Pero qué haces aquí? —Abrió la puerta para verle ante ella en vaqueros y con un grueso jersey gris que enfatizaba el color de sus ojos. —¿No has ido a trabajar?

Furioso entró en la habitación y al ver el carrito del desayuno asintió como si le diera el visto bueno. Ivy cerró la puerta. —¿Qué tal la boda de tu primo?

—¡Una mierda!

—Ya, es lo que tiene ir solo a esas cosas, todos te preguntan cuándo te casas y… —Al ver que la miraba mosqueadísimo puso los brazos en jarras. —¿Cómo me has encontrado?

—¡Por tu móvil! —Levantó el suyo. —Hay un truco para conocer la ubicación de un

contacto por el WhatsApp.

—Leche, ¿de veras?

—¡Toda la maldita noche he estado en el ordenador de la oficina intentando hacer lo que se dice en internet! ¡Joder, qué difícil se ha vuelto todo!

Soltó una risita. —La informática no es lo tuyo, cielo. Si pierdes los archivos teniéndolos en el escritorio.

Él la miró de arriba abajo comiéndosela con los ojos. Llevaba puesto el albornoz y su escote demostraba que no llevaba nada debajo. Ivy sonrió seductora. —¿No me das un beso?

Se acercó en dos zancadas cogiéndola por la cintura para atrapar sus labios. Ivy acarició su nuca entrando en su boca con unas ansias que él se apartó para mirarla sorprendido. —Nena, ¿no estás enfadada?

—Estoy intentando digerir la situación —dijo con la respiración agitada—. Pero mejor lo hablamos en otro momento que me muero por tenerte dentro. —Con ansias besó sus labios y él gimió en su boca agarrándola por el trasero para elevarla. Demostrándose todo lo que se habían echado de menos se besaron desesperados y él caminó hacia la habitación, pero era tal su impaciencia que la pegó a la pared apartando sus labios para besar su cuello. Ivy gimió agarrándose a sus hombros. El albornoz se había abierto mostrando sus pechos y él gruñó elevándola para atrapar uno de sus pezones. Lo chupó con ansias una y otra vez e Ivy gritó de placer. —¿Estás lista, nena? —La bajó para agarrarla por los glúteos mientras los labios de Kenneth volvían a su cuello. Ivy rodeó sus caderas con las piernas y él entró en su ser de un solo empellón sorprendiéndola con su pasión, lo que provocó que un grito saliera de su ser. Y él no le dio tregua, apenas estaba sintiendo su miembro llenándola cuando la abandonaba para llenarla de nuevo. Se aferró a su jersey creyendo que perdía el sentido. El placer era tan intenso, tan elevado, que por un momento creyó que se partiría en dos y necesitándole se aferró a él hasta que la llenó de tal manera que a ambos se les detuvo el corazón mientras su alma explotaba de éxtasis. Ivy

supo en ese instante que había hecho lo correcto, porque nada merecía la pena si no estaba a su lado.

Tumbada acarició su torso deteniendo su mano en el pezón. —Nena, como sigas así voy a acabar en urgencias.

Soltó una risita antes de besarle en el cuello. —¿Se nota que te echado de menos?

Él sonrió volviéndose para tumbarla y mirar su rostro. —Y yo a ti, preciosa.

Acarició su hombro. —No puedo dejar de tocarte. —Se sonrojó. —Si soy pesada me lo dices.

—¿Qué te pasa?

Perdió algo la sonrisa. —¿No te gusta la nueva yo?

—¿Te refieres a la impulsiva tú que se presenta en Nueva York sin avisar? Me encanta tanto como la tímida y precavida.

Sus ojos azules brillaron. —Al parecer me conoces muy bien.

—Como tú a mí. Nena, esta faceta tuya que consideras tan nueva la he visto durante un año en los negocios. —Separó los labios de la impresión. —Oh, sí. En tu faceta profesional no dudas, eres directa y muy eficiente.

—¿De veras? ¿Y cómo no me di cuenta de que me tirabas los tejos?

—Igual tenía que haber sido más directo. —Acarició su sien. —¿Qué estás haciendo, nena? No cometas locuras. Vamos a la policía y terminamos con esto.

—No harán nada, en cuatro días estará en la calle. Y entonces me cogerá desprevenida, cielo. Se tirará sobre mí cuando me sienta segura y no puedo permitírselo. Es un depredador, una sanguijuela que se alimenta del terror que provoca en sus víctimas. Debe pagar.

Kenneth asintió. —¿Y cómo quieres que pague? ¿Le parto las piernas y las manos para

que no se le ocurra tocar un teléfono de nuevo? Te aseguro que ese pensamiento ha pasado por mi cabeza millones de veces.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Él gruñó apartándose y preocupada se sentó. —Cielo, no es responsabilidad tuya.

—Hablé con un psicólogo.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Me dijo que mis ganas de venganza eran normales, pero que eras tú la que tenía que denunciarle. Enfrentarte al problema.

Le miró fijamente. —¿Cuándo hablaste con él?

Kenneth suspiró. —Hace un mes.

—¿Por eso me dejaste?

—¡Joder, no me digas que nuestra relación era normal, Ivy! ¡Sí que estaba harto! ¡Y sí que quería que las cosas cambiaran!

—Y me dejaste para provocarme y que regresara. Muy bonito.

Él sonrió de medio lado. —Estás aquí, ¿no? Así que funcionó.

—Pues voy a hacer las cosas a mi manera.

—Como te haga daño… —dijo entre dientes.

Le miró maliciosa. —Tranquilo, que no sabe que estoy aquí.

Una hora después con el teléfono de Kenneth llamó al número que había conseguido la noche anterior. Lo puso en manos libres y escucharon los tonos de llamada. —¿Diga? —preguntó una voz temerosa.

—Tranquila, no soy él.

—¿Quién es?

—Otra de sus víctimas. —Kenneth sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas asintió. —Me hizo lo mismo que te está haciendo a ti.

—¿Sabes quién es?

—Sí, ayer mismo vi cómo te llamaba. Después tiró el móvil y así he podido localizarte. Como sé lo que hace, supongo que tendrás miedo a quedar conmigo. Si quieres verme estaré en la bola del mundo de Columbus Circle en una hora. Allí siempre hay mucha gente y te sentirás segura. No te preocupes él está trabajando y no te seguirá. Si no vienes lo entenderé, pero si quieres hacer algo y que ese cabrón se pase unos cuantos años en la cárcel vendrás. Por cierto, me llamo Ivy. ¿Tú cómo te llamas?

—Sue Ellen. No sé si…

—Sue Ellen, te entiendo, te juro que sí, pero como no le detengamos a saber lo que llegará a hacer. Supongo que has ido a la policía.

Esta se echó a llorar. —No hacen nada.

—Lo sé muy bien. Tuve que irme del país para librarme de él.

—Dios mío… Soy camarera, no puedo irme —dijo entre lágrimas—. Casi no puedo ni pagar el alquiler.

Hijo de puta. —Le tienes más cerca de lo que crees. Trabaja en el Cassius.

La chica se quedó en silencio unos segundos hasta que susurró —Trabajo allí los sábados y los domingos por la noche.

Juró por lo bajo porque al día siguiente era sábado y dudaba que se presentara al trabajo porque estaba aterrorizada.

—¿Quién es?

—Se llama Carl Prentis.

—Pero si siempre ha sido muy simpático conmigo —dijo incrédula.

—Está chiflado, ¿qué puedes esperar de un loco que se ríe del dolor ajeno? —Como no decía nada miró a Kenneth que le dijo con las manos que tuviera calma. —Sé que lo estás pasando muy mal, que te asusta todo y temes que te haga daño. Yo pasé por lo mismo, estaba aterrorizada, hasta tal punto que hui.

—¿Y por qué has vuelto? Te habías librado de él.

—Porque me di cuenta de que a ese tipo de personas hay que hacerles frente. Se cree que está a salvo en su anonimato, pero pienso demostrarle que no está tan seguro como piensa.

—Estaré allí en una hora.

Sonrió cuando colgó el teléfono. —¡Sí!

—Muy bien, nena.

Hizo una mueca. —Espero que no se raje.

—No lo hará, parecía muy segura cuando dijo que estaría allí.

Ante la gran bola de metal miró a su alrededor. Ya no estaba tan segura de que apareciera porque había pasado media hora. Miró hacia Kenneth que estaba alejado sentado en un banco sin quitarle ojo. Con la mirada le dijo que tuviera paciencia y que no se moviera de ahí. Qué remedio. Suspiró mirando a su alrededor de nuevo y vio a una chica rubia con un abrigo negro con las manos metidas en los bolsillos. Estaba observándola. Ivy no se movió. Era ella la que tenía que dar el paso, tampoco quería presionarla. Si se metía en eso, tenía que estar convencida de lo que iba a hacer. Se miraron a los ojos y después de unos segundos se acercó.

—Te conozco —dijo ella—. Ibas por el restaurante. Una semana tuve que cubrir una baja por semana y fuiste dos días. Te atendí yo.

—No lo recuerdo, lo siento. Mi novio y yo íbamos mucho. —Miró hacia él que se levantó del banco.

—Sí, siempre estaba pendiente de ti.

¿Cómo podía haber estado tan ciega? —¿Puede acercarse?

—Sí, por supuesto.

Kenneth se acercó a ella. —Sue Ellen me alegro de que hayas venido.

—No sé muy bien lo que podemos hacer —dijo tímidamente antes de mirar a su alrededor.

Sonrió maliciosa. —¿Hacer? Te aseguro que vamos a hacer mucho. ¿Nos tomamos un café? —preguntó señalando un puesto en la calle.

—Empieza a oscurecer —dijo insegura.

—Si quieres te acompañaremos a casa —dijo Kenneth—. Pero creo que debemos hablar.

Asintió y se acercó con ellos al puesto ambulante. Kenneth pidió los cafés y se sentaron en unas mesas plegables que había a un lado. Sue Ellen acarició la taza de papel mirándola de reojo.

—Sé que te cuesta hablar de esto, pero he pasado por lo mismo y te aseguro que cualquier cosa que me cuentes la voy a comprender. Sé que no te deja dormir, que aunque le bloquees te vuelve a llamar y que seguramente no has cambiado el número de teléfono para no perder a tus contactos…

—Me dedico a hacer sustituciones en los restaurantes del centro. Es la única manera que tengo de contacto —dijo angustiada.

—Entiendo.

Hizo una mueca. —Además no serviría de nada si trabaja de camarero, ¿no? —preguntó asqueada. Sus ojos se llenaban de lágrimas—. Y yo que vine a esta ciudad a comerme el mundo.

—¿Qué querías hacer?

—He estudiado diseño gráfico, pero no encuentro trabajo. Al parecer en esta ciudad los hay a patadas.

—Siento que te esté costando tanto.

—Llevo aquí un año. —Las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Me da vergüenza volver a casa y tengo miedo de que me siga hasta allí. Y ahora todavía más, le he hablado de mi vida. Hemos hablado de mil cosas, ni recuerdo todo lo que le he contado. —Sacó un pañuelo y se limpió mirando de reojo a una pareja que pasaba. —Lo siento, os estoy dejando en evidencia.

—No te preocupes por eso —dijo Kenneth.

Su nueva amiga la miró con sus ojos verdes. —¿Qué vas a hacer?

—Darle su merecido.

—¿Acabará en la cárcel?

—Sí, pero si hay suerte acabará en el psiquiátrico y puede que no salga de allí nunca —dijo con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Supongo que me necesitas.

—Sí, pero sobre todo necesito que dejes tu miedo a un lado. No te voy a pedir que te enfrentes a él, eso lo haremos nosotros, pero sí que necesito que mañana vayas a trabajar como haces habitualmente. Y no puedes mostrar que sabes que es él.

—No sé si seré capaz.

—Debes hacerlo. Tienes que ir a trabajar y decir a alguna compañera que aprovechando que esta semana no tienes mucho trabajo estás pintando la casa. Que huele fatal. Que has tenido que dejar dos ventanas abiertas para que ventile.

—¿A una compañera?

—Sí, no se lo digas directamente a él, pero asegúrate de que esta cerca para que lo oiga.

—Últimamente no hablo mucho con la gente. Sobre todo con los hombres.

—Algo muy normal porque no sabías quien era, pero ya sabes quién es, lo que para ti es una ventaja enorme. No debes mostrarle que lo sabes. Si no hablas con él, pero sí con algún otro mucho mejor.

La miró sin comprender y Kenneth se adelantó. —Si actúa como pensamos eso lo verá como una provocación. Y para intentar hacerte daño volverá a llamarte y si no se lo cojes llamará a la puerta como seguramente ha hecho antes.

Asustada asintió. —Pero nunca le he visto la cara. Solo veía la capucha por la mirilla.

—Eres mucho más valiente que yo. Nunca me atreví a mirar.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

Sonrió. —Te lo juro.

—Queréis que entre por la ventana, ¿no?

—Ya lo hizo antes y le sorprendieron.

—Queréis hacer lo mismo.

Kenneth sonrió malicioso. —¿Lo mismo? Haga lo que haga cuando entre, tiene que salir acusado de intento de asesinato.

Sue Ellen entrecerró los ojos. —Entiendo. Y si estoy herida mejor. Al parecer la policía no hace nada si no hay sangre, eso me dijeron.

Era lista, de eso no había duda. —No te dejaremos sola, entraremos detrás de él porque le estábamos siguiendo. Tenemos pruebas. Diremos que te oímos gritar y que entramos temiendo por tu vida.

Sue Ellen asintió. —Tengo una pistola.

Kenneth la miró sorprendido. —¿De veras?

—Soy de Texas —dijo como si fuera lo más obvio.

Ivy miró a Kenneth levantando una ceja. —Nena, nada de armas. Si le hiere puede que se libre de la cárcel. Si quisiéramos matarle solo tendríamos que atropellarle en la calle, joder.

—Tiene razón —dijo Sue Ellen—. Tenemos que hacer que sufra lo que sufrimos nosotras.

—Tranquila, que en la cárcel le van a dejar guapo —dijo Ivy sanguinaria—. ¿Un acosador de mujeres? ¿Un posible violador? Le van a dejar el culo como la bandera de Japón.

—¿Crees que es un violador?

Pensó en ello y en todas las veces en que la podría haber sorprendido para satisfacerse sexualmente. —Creo que le gusta torturar a las mujeres. Que eso le excita y sí, puede que llegara a eso.

—Vamos, nena… Cuando entró en casa de esa chica no fue para reírse de ella. Por Dios, si sus padres estaban en casa.

—Dios mío… —dijo Sue Ellen. Pensó en ello y bebió de su café—. Lo haré.

—¿Seguro que podrás? No quiero que hagas nada de lo que no estés totalmente segura.

—Pienso hacer lo que haga falta para librarme de ese cabrón —dijo con rabia.

Impresionada susurró —Eres mucho más valiente que yo.

—Nena, estás aquí.

—Meses después. Salí huyendo.

—Te aseguro que si hubiera podido hubiera hecho lo mismo —dijo Sue Ellen—. Ese maldito cabrón ha logrado aterrorizarme.

Sonrió. —Se nota que tienes carácter.

—Lo tenía —dijo emocionada—. Hasta eso ha logrado quitarme.

—No, Sue Ellen… Sigue ahí. Te aseguro que sigue ahí.

Capítulo 7

La noche siguiente sentados en el coche que Kenneth había alquilado vieron como varios comensales salían del restaurante. —¿Crees que será capaz? —preguntó ella—. Esta mañana parecía algo nerviosa.

—Nena, es lógico. —Cogió su mano. —¿Tú estás nerviosa?

—Tengo miedo a que le haga daño.

—No le pasará nada. No dejaremos que le toque ni un pelo. —En ese momento se escucharon gritos en el restaurante y asombrados vieron que varios clientes salían del local gritando. —¿Pero qué coño?

Dos disparos les sobresaltaron e Ivy gritó viendo como su acosador salía corriendo entre la gente. Su amiga salió tras él apuntándole y gritó —¡Ven aquí, hijo de puta! ¿Ahora no me quieres? ¡Ven a decírmelo al oído! —Le apuntó de nuevo y un hombre trajeado que salió del restaurante se tiró sobre ella lanzándola al suelo.

Kenneth y ella se miraron pasmados. —Nena, esto de meter a otra persona en el plan no fue buena idea.

Ella asintió antes de mirar por la ventanilla mientras Sue Ellen gritaba —¡Es un puto chiflado!

—¿Cielo? Llama a ese abogado penalista que conoces. Creo que lo va a necesitar.

Los tres sentados ante su abogado con cara de no haber roto nunca un plato, escuchaban lo que tenía que decirles que era mucho. Ted Ridley tenía mucha, mucha mala hostia, casi tanta como Kenneth cuando se cabreaba. Miró de reojo a su novio que parecía encantado.

—¿Pero qué coño se os pasó por la cabeza para hacer algo así? ¡Para eso estamos los abogados, la policía y la justicia! ¿De qué vais vosotros, de los ángeles de Charlie?

Las chicas se miraron. —Somos dos. —Ivy se volvió hacia su novio. —¿Tú eres Charlie?

—Al parecer.

—Ah, entonces nos falta una —dijo Sue Ellen tan pancha—. A ver si la encontramos.

—¡Lo que me faltaba por oír! —gritó Ted alteradísimo—. ¿Sabes lo que te puede caer por tu numerito en el restaurante?

Sue Ellen entrecerró los ojos. —Tuvo el descaro de venir a hablar conmigo.

—¡Me importa una mierda! —gritó sobresaltándola—. ¡Te va a encantar pasar diez años en prisión! ¡Una mujer se ha roto una pierna y a ese abuelo le ha dado un infarto!

—Bah, estaba del corazón, siempre lo decía. No pueden responsabilizarme a mí de eso. Esto es Nueva York, hay estrés en cada esquina. Además, es un roñica. Nunca me dejaba la propina que me correspondía. No creas que me da mucha pena.

Ivy la miró alucinada. —¡Encima!

—Para que veas.

—Increíble —le dijo al abogado—. Eso no puede consentirse.

—Pues pégale un tiro cuando salga del hospital —dijo Ted entre dientes.

Kenneth reprimió la risa y Ted le miró directamente a él. —¿Cómo te has dejado liar en esto con lo cabal que has sido siempre?

—Últimamente no soy el mismo. Mi mujer lo ha pasado mal y tengo una mala hostia que

no puedo con ella. ¿Tres años en prisión? No me jodas, Ted. Si hubieras visto en el estado en que estaba Ivy antes de que se fuera, le estrangulabas con tus propias manos.

Ted apretó los labios antes de mirar a Sue Ellen. —Tenemos las pruebas y podemos aportarlas a la denuncia. Pero ahora tendré que sacarte de este lío antes de denunciarle a él a la fiscalía.

—Vale —dijo como si nada.

—¡No puedes acercarte a él! ¿Me has entendido? ¡Ni al restaurante! ¡Tienes una orden de alejamiento y debes respetarla! ¡Y no puedes irte de la ciudad!

—Ya lo sé, porque sino Kenneth perderá la fianza de cien mil dólares —dijo como si fuera muy pesado.

Asombrado miró a Kenneth. —Le da igual.

—Para ella ha sido una liberación. Se ha desahogado.

Sue Ellen soltó una risita. —La cara que puso cuando saqué la pistola del delantal.

Ivy recordando su cara de terror al salir del restaurante rio con ella. —Estaba cagado.

Entonces se miraron a los ojos antes de reírse a carcajadas y Ted levantó las manos como si no pudiera con ellas. —Increíble.

Kenneth se adelantó en su asiento. —Amigo, dime que puedes librarla de esto.

—No será fácil, pero con un informe psicológico y ya que tiene tan mala puntería puede que si alegamos que irá a terapia se libre de esto. —Fulminó a Sue Ellen con la mirada. —Pero no puede repetirse, ¿me has entendido?

—Que sí... Qué hombre más pesado —dijo por lo bajo—. Tiene pinta de director de colegio.

No tenía pinta de director de colegio en absoluto. Era un cañón de hombre de uno noventa que tenía el cabello rubio y los ojos verdes. Estaba para comérselo y miró incrédula a

Sue Ellen que se sonrojó. —¿A que colegio fuiste, bonita?

—Cierra el pico.

Rio por lo bajo mientras Kenneth se levantaba. —Pásame a mí los gastos.

—Te va a salir más caro que la fianza.

—Por verlas así de relajadas merece la pena.

Sue le miró impresionada. —Gracias.

—De nada. Al fin y al cabo si no hubiéramos hablado contigo de ese mamón no estarías metida en este lío.

—Siento haberlo estropeado todo.

—Tranquila, lo entendemos —dijo Ivy.

Yendo hacia la puerta Sue Ellen preguntó en voz baja —¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Tranquila, que algo se nos ocurrirá.

Cuando salieron del despacho Ted miró a Kenneth asombrado. —¿Las has oído?

—No. Y tú tampoco. —Sonrió divertido. —Te veo muy preocupado por su seguridad, amigo.

Le miró pasmado levantándose. —¡Nunca he perdido un caso!

—Claro, y te lo pone difícil. Bienvenido al club.

—¿A ti te lo puso difícil? Si está colada.

—No te haces una idea. —Miró hacia la puerta. —¿Debo preocuparme por ese gilipollas?

Ted enderezó la espalda. —He conseguido que se pague la fianza a través de un prestamista contigo como aval. No sabrá que tú estás metido en esto, al menos por el juzgado. No es tu mujer la que me preocupa, Sue Ellen estará sola.

—Ahora no le hará nada porque todas las sospechas recaerían sobre él.

—Le he visto en la comisaría, estaba furioso. No dejaba de gritar que esa zorra casi le había matado. Una policía que le tomaba declaración tuvo que gritarle que cerrara el pico haciendo que varios de la comisaría se rieran. No sabes como la miró. Cuando se largaba pasó a mi lado y dijo que esa puta de la policía se iba a acordar de él. Que nadie le dejaba en ridículo. Ese tío no me gusta un pelo.

Entrecerró los ojos. —¿Sabes cómo se llama esa policía?

—Tiene que salir en su declaración. —Miró unos papeles que tenía sobre el escritorio. —Victoria Wright.

—Gracias.

Cuando salió, las chicas estaban hablando al final del pasillo en susurros y cuando Ivy le miró se detuvo en seco. —Conozco esa mirada. —Sonrió ilusionada. —Ay, que mi chico tiene algo.

—No sé si será tan estúpido, pero puede que sí.

—Averigüemos si tienes razón.

La vieron salir de la comisaría vestida de calle con unos vaqueros y un jersey rosa. —Es esa —dijo Kenneth—. Esa es la que me señaló la policía de la recepción como Victoria Wright.

—Es pelirroja —dijo Sue Ellen divertida—. Ya somos tres, Charlie…

Cuando Victoria fulminó a uno de sus compañeros con la mirada Ivy rio por lo bajo. —Tiene pinta de bastarse ella sola.

Vieron que iba hacia el coche y al rodearlo miró asombrada la rueda pinchada. Se agachó para ver el corte y se puso a despotricar mirando a su alrededor.

—Hay que ser imbécil para hacer algo así ante una comisaría —dijo Kenneth.

La vieron ir hacia el edificio e Ivy la observó sorprendida. —¿Creéis que va a revisar las cámaras?

—Tiene pinta de que no se queda con el golpe. —Su novio suspiró. —Tardará en salir.

—Bueno, ahora sabrá que ha sido él —dijo Sue Ellen algo decepcionada.

—Le has visto hacerlo. Llegó con la bici y lo hizo en apenas dos segundos. Además, llevaba capucha. Esas imágenes no van a mostrarle nada. —Ivy miró hacia atrás. —Pero estas dos horas han sido muy productivas. ¡Ya sabemos que él ha puesto su objetivo en Victoria!

—Nena, hablando de productividad… Tengo que ir al trabajo.

—Oh, sí cielo. Te acompaño para ayudar.

—¿Y yo qué hago?

—¿Por qué no llamas a Ted con dudas legales? Es tu abogado, tiene que asesorarte.

Sus preciosos ojos brillaron. —Cierto.

Kenneth rio por lo bajo arrancando el coche. —Nena, ya podías haberme hecho preguntas a mí mucho antes.

—¿Querías asesorarme? —preguntó seductora.

—No sabes cómo.

Soltó una risita. —Estaba loquito por mí y al parecer no le hacía caso.

—¿De veras?

Él carraspeó. —No pilla las indirectas.

Jadeó. —Menuda mentira, cuándo me has dicho una indirecta tú, ¿eh? Nunca. ¡Jamás!

La miró exasperado. —Un día, en el restaurante donde trabajabas precisamente estábamos hablando de negocios…

—Como siempre —apostilló ella.

—Y le dije que quería reservar para mí el ático de un edificio que estábamos construyendo. Tiene seis habitaciones y seis cuartos de baño.

—Una monada de piso con unas vistas…

Kenneth puso los ojos en blanco. —¡Nena, esa no es la casa de un soltero!

—¿Esa fue tu indirecta? —preguntó Sue Ellen como si fuera un desastre.

Carraspeó e Ivy se echó a reír. —¿Ves? Así no había quien lo pillara.

—Claro, y tú pensando en no fastidiar la relación con tu jefe no hiciste nada.

—Que bien me comprendes.

—¿Cuánto tiempo perdisteis con esas tonterías?

—Un año —respondieron los dos a la vez.

—Sí que tenéis resistencia.

Ivy se puso como un tomate. —Resistencia la mía, que este se lo pasó de miedo ese año.

Kenneth la miró asombrado. —¿Pero qué dices?

—¡Salías con mujeres, que lo sé!

—¡Salía con mujeres antes! ¡Antes de conocerte!

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Pero las chicas me dijeron que ligabas mucho y que quedabas…

—Tengo amigos, ¿sabes? Como Ted, por ejemplo. Siempre nos veíamos una vez a la semana para cenar o ver un partido. Y últimamente ni eso.

—¿Y después de esos partidos? —preguntó Sue Ellen.

—Joder, estaba tan cansado que me iba a casa.

—Pero él no, ¿verdad?

—Mejor me callo. Además, ni le conocías, ¿qué te importa?

Ivy acarició su muslo. —¿De veras, no…?

La miró de reojo. —Nena, ya habías entrado en mi vida. No iba a conformarme con nadie más.

—Qué bonito —dijo Sue Ellen—. Oye, ¿por qué no quedas con Ted hoy?

—¿Para comprobar si queda con alguien? —preguntó Ivy divertida.

Levantó la barbilla. —Si queda con otra es que no le intereso.

Kenneth carraspeó. —Mejor no sigas esa teoría. No suele funcionar el noventa por ciento de las veces.

Ivy se sonrojó de gusto. —¿Lo nuestro es especial?

Se la comió con los ojos. —Sí, nena. Para mí es único.

Se moría por decirle que le amaba, pero no quería que la primera vez fuera ante Sue Ellen. Quería que fuera especial. Así que dijo —Para mí también lo es.

Kenneth sonrió antes de mirar la carretera y poner el intermitente para aparcar ante el hotel. —Te veo en el trabajo, tengo que ir a cambiarme.

—Vale. Vamos Sue.

—¿Me vuelvo a quedar aquí?

—Estarás más segura.

—¿Puedo pedir lo que quiera al servicio de habitaciones?

—Claro.

Bufó exasperada y levantó la vista hacia Kenneth que suspiró. —Lo sé, nena. Vamos muy retrasados.

—¿Cómo ha pasado esto?

—Robert no lleva el mismo ritmo que tú y yo he estado algo ocupado con viajes de cuatro días a Australia.

—Tampoco fueron tantos —dijo indignada.

Él rio por lo bajo. —Entonces echémosle la culpa a Robert.

—¡Pues claro que la tiene! —Indignada se levantó y cogió un montón de dosieres. —Este se va a cagar.

—Que llame a Londres para averiguar si ya se ha vendido todo.

—Necesito mi antiguo móvil.

Él la miró fijamente. —¿Estás segura?

Se le cortó el aliento al ver que lo sacaba del escritorio. —¿Lo tienes tú?

—Lo dejaste en el barco y Víctor me lo envió con tus cosas. Lo utilicé para que Ted viera y guardara los mensajes que todavía tiene en su interior. ¿Seguro que lo quieres?

Tenía tanta información y tantos contactos en ese móvil que le daba rabia no utilizarlo. Alargó la mano. —Dámelo.

—Los que no viste son muy fuertes, nena. Sabía que ya no estabas en Nueva York y estaba desquiciado.

—Entiendo. —Forzó una sonrisa. —No pasa nada.

Kenneth entrecerró los ojos y metió el móvil en el cajón antes de cerrar con un golpe seco.

—¡Venga ya!

—Dale el móvil a Catherine para que te introducta los contactos que puedas necesitar.

Gruñó volviéndose.

—Nena, lo hago por tu bien.

—¡Vale!

—¿Me sigues queriendo?

Soltó una risita mirándole. —Puede.

Él sonrió. —Yo te adoro.

—Lo sé.

Salió del despacho escuchando su risa y se acercó a Catherine. —¿Puedes meterme todos los contactos importantes en el móvil?

—Claro, tengo una aplicación genial.

—Estupendo. —Fue hasta la puerta de Robert. —Ahora voy a ponerle las pilas a este.

Su antigua secretaria rio por lo bajo. —No sabe la que le espera.

Abrió la puerta de golpe. —Ivy, qué sorpresa.

—¡Sorpresa la que me he llevado yo! —gritó antes de cerrar de un portazo.

Cuando llegaron al hotel Kenneth abrió la puerta y parpadeó al ver a Ted y a su clienta comiéndose a besos en el sofá. Ambos se miraron antes de mirarles a ellos que no se cortaban en meterse mano. —¿Ves cómo fuiste muy poco directo?

—Ya veo, ya.

Estos se separaron de golpe mirándoles con los ojos como platos y Ted se pasó las manos por el cabello intentando arreglarse. —No es lo que parece.

—¿Acaso no te estás magreando con Sue Ellen?

Esta asintió. —¿Eso no es algo ilegal?

—Poco ético, ¿no crees? —dijo Kenneth cerrando la puerta.

—Tenía que firmarme unos papeles y…

—Y vaya si te los estaba firmando —dijo Ivy.

—Venga ya. ¡Dejadle en paz! —Su amiga soltó una risita. —¿No veis que está en un apuro?

—Y un apuro bien gordo si informo al colegio de abogados de esto —dijo Kenneth quitándose la chaqueta del traje antes de ir a servirse una copa.

—¡Está bien, he metido la pata! —exclamó Ted—. ¿Me pones uno?

—Claro que sí, amigo. Lo necesitas

Le tendió un whisky y este se acercó para cogerlo. —Te lo estás pasando en grande, ¿no? —preguntó con rencor.

—¿Tan irresistible es?

—Se me ha tirado encima, joder.

—Y tú te has dejado.

Él hizo una mueca. —Pues sí. —Se bebió el whisky de golpe y al mirar hacia Sue Ellen esta le saludó con los deditos seductora. —¿Quién me mandaría a mí venir al hotel?

—Mejor no contesto a esa pregunta —dijo Kenneth divertido—. Porque la respuesta aún se te nota a través de los pantalones.

Las chicas rieron por lo bajo mientras él intentaba cubrirse. —No tiene gracia.

—Cariño, si quiere que guardemos su secreto tendrá que ayudarnos, ¿no?

—Es lo justo, nena.

—No me jodas, Kenneth.

—Le está haciendo lo mismo a esa policía —dijo dejando de piedra a su amigo—. Oh, sí. Al parecer ese hijo de su madre no se detiene ante nada. Hoy le ha rajado la rueda de su coche.

—¿Le habéis visto?

—Y he sacado fotos —dijo Sue Ellen sacando su móvil—. Pero no se ve bien. Fueron dos segundos. —Volvió la pantalla y le mostró una espalda alejándose.

—Ahí no se ve nada, preciosa.

—Ya, una pena.

—Todas las comisarías tienen cámaras.

—Que no conseguirán nada como la foto de Sue Ellen. —dijo Ivy—. En cuanto tenga su número empezarán las llamadas, los mails… ¿Qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer? ¡Nada! ¿Acaso no fui claro esta mañana?

Ivy se sentó al lado de su amiga y suspiró. —Nada, que sigue en sus trece.

—¡No ha hecho nada grave! ¡Y os recuerdo que aquí la única que ha atentado contra la vida de una o varias personas se está inflando a helado de chocolate! —Todos miraron a Sue Ellen que con la boca llena hizo un gesto de dolor. Su abogado puso los ojos en blanco. —¡A él solo podemos acusarle de acoso!

—Acosar a un agente de la ley ha hecho que traspase una línea demasiado peligrosa, ¿no crees? —preguntó Kenneth.

Ted entrecerró los ojos. —Está claro que a una de los suyos la tomarán en serio. Pero solo le ha pinchado una rueda, si se queda en eso tampoco tenemos nada.

—¿Y si le provoco yo?

Kenneth se volvió hacia Ivy. —Ni hablar.

—¿Y si vamos al restaurante para que me vea de nuevo? Ya no tiene mi mail, ni mi teléfono, pero si dejamos que me siga hasta mi apartamento… Uno que alquilaré para la ocasión.

—¡He dicho que ni hablar!

Ivy le miró a los ojos. —Cielo, tenemos que hacer algo. Sue Ellen lo ha intentado, yo debo hacer lo mismo, es lo justo.

—Yo no seguí el plan, lo siento.

—Precisamente. ¡Estamos hablando de emociones muy fuertes! ¿Y si te descubre por una mirada, nena? ¿No sería una casualidad enorme encontrarte cuando Sue Ellen le ha descubierto?

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Dejar que aterrorice a Victoria?

—No dejaremos que la aterrorice —dijo Ted—. Propongo que la avisemos para que esté preparada. Es policía, sabemos quién es ese cabrón y no le costará pillarle.

Kenneth asintió. —Pienso lo mismo.

—¿Así que ahora lo dejamos en manos de la policía? —preguntó Ivy pasmada.

—Si le pillan, Sue Ellen será libre —contestó Ted—. Se grabará todo desde el minuto uno y podremos demostrar el acoso.

—¡Queríamos pillarle por intento de homicidio para asegurarnos de que pasara muchos años en la cárcel o en el psiquiátrico! ¿Acoso? ¡No me hagáis reír!

Ambos gruñeron mientras Ivy miraba a Sue Ellen. —Lo haremos nosotras.

—Claro.

—¡Ni hablar! —gritaron los hombres.

—Uy, que se ponen chulos —dijo su amiga dejando el envase de helado sobre la mesa.

—Ignóralos, eso les revienta.

—Nena, hablo en serio. ¡No haréis nada solas!

—Ya sabía yo que pondrías pegas, pero que me ayudarías. Mañana vamos a cenar allí.

Atónito miró a Ted. —¡Di algo!

—Ya he aconsejado que no hagan nada y que avisemos a esa Victoria. Si tu mujer elige no hacerme caso, yo no puedo encerrarla en su habitación. Además, mientras no se acerque Sue Ellen y quebrante la orden… —Se encogió de hombros.

—¡Estupendo! Recuerdas que te pago yo, ¿verdad?

—Sí, por defender a Sue Ellen.

Kenneth volvió la vista hacia Ivy que ahora comía helado de chocolate. —Nena…

—Y me pedirás matrimonio.

—¿Qué? —preguntó incrédulo—. ¡Ni hablar!

—Tiene que ver que vamos en serio para que le escueza. He seguido con mi vida y le he dado esquinazo. Le va a sentar como una patada en los huevos. Cariño, que el diamante sea bien gordo.

—¡No pienso pedirte matrimonio delante de ese psicópata!

Soltó una risita. —¿Y cómo pensabas hacerlo?

Él carraspeó. —¿Quién dice que pensaba hacerlo?

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué has dicho?

—Chicos, centraos. Hay muchos temas de los que aún podemos tirar —dijo Ted.

—¿Si? —preguntó Sue Ellen—. ¿Como qué?

—Sabemos que los datos de mail o el teléfono de Ivy los consiguió escuchando sus conversaciones en el restaurante.

—Sí, seguramente sí —dijo Ivy mirando con rencor a Kenneth—. ¿Acaso no quieres casarte?

—Nena, ahora no. —Se sentó en el sillón. —Continúa Ted.

—Sabemos que los datos de Sue Ellen seguramente los consiguió en el restaurante.

—Esa es su fuente de información —dijo su amigo.

—¿Pero cómo conseguirá los de Victoria?

—Eso lo tendrá difícil —dijo Ivy con el ceño fruncido—. No creo que tenga la oportunidad de dar con ellos así como así.

—Por eso le pinchó la rueda del coche. Con ella va a usar otras tácticas hasta que la siga hasta su casa. Si tiene portero intentará sonsacarle con alguna excusa, una avería o algo así.

—Y le dará el número para que se ponga en contacto con ella —dijo Ivy impresionada por lo fácil que era conseguir los datos de cualquiera.

—O por su basura. Tiramos recibos y cosas muy útiles para un fisgón.

—Mierda —dijo Sue Ellen—. Yo siempre tiro las facturas sin romper.

—Imagínate todo lo que pueden averiguar.

Las chicas se miraron antes de que Ivy dijera —¿A dónde quieres ir a parar?

—Que es un proceso laborioso y más teniendo un trabajo. Necesita un periodo de investigación. Si vive sola, si tiene novio, a qué hora llega a casa… Muchas horas esperando ante su portal.

—Joder, está más pirado de lo que pensaba —dijo Kenneth exasperado.

—Lo que nos estás diciendo es que para que a Victoria la vuelva loca como a nosotras todavía falta tiempo.

—Semanas.

—Sabes que le estás dando más razones para que se empeñe en ir a cenar mañana, ¿no? —preguntó Kenneth mosqueado.

—No me has entendido. Tenemos semanas para pillarle cometiendo un error.

—No es delito estar en la calle —dijo ella antes de mirar a Kenneth—. Mañana vamos a ver qué pasa. Cariño, ¿ya has vendido el ático en el edificio nuevo? Podemos usarlo mientras…

—¿Es que no me expreso con claridad? —preguntó Ted—. ¡Lo que quiero decir es que no lleva dos víctimas a la vez!

Todos le miraron y Kenneth frunció el ceño. —¿Me estás diciendo que aunque ella apareciera mañana la ignoraría?

—Estoy diciendo que cuando desapareció Ivy, se centró en Sue Ellen y ahora ya está centrado en Victoria. ¿Dos víctimas? Disfruta haciendo daño y si viera a Ivy tendría que empezar otra vez. Dónde vive, vigilar el edificio… Además ahora estás tú, una complicación… Demasiados peligros para arriesgarse cuando ya tiene otra víctima elegida.

—¿Me ignoraría? —preguntó pasmada.

—Chica, ya eres agua pasada —dijo Sue Ellen antes de mirar a Ted—. Entonces según tu teoría a mí me ignoraría también.

—Exacto —dijo satisfecho.

Chasqueó la lengua sacando su móvil y movió el dedo sobre la pantalla. —Puta, más que puta. Si crees que esto se acaba aquí estás muy equivocada. Nos encontraremos de nuevo cuando menos te lo esperes. De hoy a las cuatro y treinta de la tarde.

—¡Me cago en sus muertos! —gritó Ted acercándose y arrebatándole el teléfono—. Este tío… ¡La madre que lo parió!

Ivy soltó una risita. —Cielo, mañana ponte el traje gris de tres piezas que estás muy guapo con él.

—Uy, le vamos a tener de lo más ocupado —dijo Sue Ellen divertida antes de sonreír maliciosa—. No puedo acercarme a diez metros, ¿no?

Ted frunció el ceño. —Exacto.

—Me va a ver hasta en la sopa.

Eso a Ivy no le gustó un pelo. —Amiga…

—Estaré rodeada de gente y me mantendré a diez metros. ¿Sabéis dónde se compran esas pancartas que se ponen en el cuerpo los de los anuncios?

—Yo te puedo conseguir una —dijo Kenneth—. ¿Qué quieres poner en el cartel?

—Cuidado con ese hombre por delante y es un acosador por detrás. —Miró a su abogado.

—¿Me detendrían por eso?

—¡Sí! ¡Eso es difamación!

—Jo, que difícil es todo. Si no pongo el nombre… —Entrecerró los ojos mirando a su ligue. —¿Me estás metiendo una trola?

—¡Tienes una orden de alejamiento y te juegas mucho en el juicio, joder! ¡No puedes meterte en líos!

—Vaya.

—¿Para qué querías acosarle? —preguntó Ivy.

—Para ponerle nervioso. Cuando uno está nervioso comete errores, ¿no?

Kenneth entrecerró los ojos. —Igual no es mala idea.

—¿Y si le pega? ¡Está mal de la cabeza! —dijo Ted alterado—. ¿Y si se pega a sí mismo y la acusa a ella? ¡Ni hablar, no se acercará a ese tío ni a cien metros que se juega diez años de cárcel!

—Sue, Ted tiene razón —dijo Ivy—. No queremos que ocurra algo que provoque tu condena.

—Mierda.

Kenneth entrecerró los ojos. —¿Y unas octavillas? —Todos le miraron asombrados. —Se reparten por el barrio avisando que hay un acosador en la zona. Que no se den los datos personales a nadie.

—Esa, esa es una buena idea —dijo Ted sonriendo—. Sin riesgo y a él puede ponerle muy nervioso.

—Creerá que he sido yo —dijo Sue Ellen.

—Seguramente, pero eso no podrá demostrarlo.

—Él piensa que soy la única que lo sabe, ¿creéis que intentaría quitarme del medio?

—Cielo, no dejaremos que te ocurra nada —dijo Ivy acariciando su espalda.

Kenneth pensando en ello paseó por la habitación. —Creo que primero deberíamos soltar las octavillas y dejar lo de la cena en el restaurante para dentro de unos días. Sería una casualidad enorme que fuera todo seguido. Y más después de lo de Sue porque no os habéis preguntado una cosa.

—¿El qué? —preguntó Sue.

—¿Por qué le descubriste? ¿Qué error cometió para delatarse? Esa pregunta seguro que le está volviendo loco.

—Así que quieres soltar las advertencias en el barrio para alarmarle más.

—Exacto.

—¿Y si le pinto en la puerta de su casa acosador?

—¿Quieres dejar de delinquir? —gritó Ted exasperado.

—Pero si eso no es nada.

—¡Es acosar al acosador!

Las chicas sonrieron maliciosas. —Darle de su propia medicina sería genial, ¿no? —dijo Ivy.

—Y que lo digas.

—¿Y si decide dejarlo un tiempo? —dijo Ted haciendo que le fulminaran con la mirada —. ¿Qué? ¡Es posible!

—Ted tiene razón, podemos llegar a espantarlo y que no haga nada durante un tiempo, lo que sería un riesgo para vosotras a largo plazo —dijo Kenneth. Juró por lo bajo mirando a Ivy que sonrió de oreja a oreja—. Iremos mañana. Seguiremos tu plan.

—Sabía que era lo mejor.

—Más nos vale. —Ella iba a decir algo. —Sí nena, el ático está libre.

—Muy bien, pues mañana hay que ir a comprar un arma para tenerla en casa cuando aparezca.

Los hombres la miraron espantados. —¿Qué? ¡Ni hablar! —gritaron los dos a la vez.

Capítulo 8

—Esta es mona —dijo volviendo la pistolita—. Es muy cuqui, mira que empuñadura, cielo.

—Nena, esto no me gusta.

—Le aseguro que es muy fácil de manejar —dijo el dependiente.

—Y no pesa mucho. ¿Cómo se usa?

—Solo tiene que cargarla, apuntar y apretar el gatillo. Todo lo demás lo hace ella —dijo con una sonrisa en los labios—. Así estará segura.

—¿Sabe cuánta gente se pega tiros a sí misma en este país? —preguntó Kenneth molesto.

—Ya empezamos —dijo el dependiente por lo bajo antes de sonreír—. ¿Se lo quieren pensar?

—No.

—Sí.

Miró a Kenneth fastidiada. —Cielo, la necesito. Hay mucho pirado suelto.

—Yo te protegeré.

—Usted no puede estar a su lado las veinticuatro horas.

Kenneth le miró a punto de soltar cuatro gritos —¿Quiere cerrar el pico? Estoy hablando con mi mujer.

—Oh, pues tenemos una promoción para parejas, ¿sabe? —Puso sobre el mostrador un pistolón que la dejó con la boca abierta. —Esta sería la suya.

Kenneth frunció el ceño.

—Hala, cielo… Es enorme.

—Veinticinco balas y una en la recámara. Una maravilla que deja agujeros como puños de grandes. El capullo que entre en su casa se va a la morgue de cabeza. Esto es América tenemos derecho a proteger lo nuestro.

Kenneth cogió la pistola y se le cortó el aliento porque era evidente que se lo estaba pensando. —¿Te gusta?

Él tiró hacia adelante de la parte de arriba de la pistola mirando un agujerito que tenía a un lado antes de quitar el cargador y volver a ponerlo con una pericia que la dejó helada. El dependiente sonrió. —Se nota que sabe manejarla.

—Quiero munición y nena escoge otra que esa será muy mona pero solo tiene dos balas. —Miró hacia la pared que había detrás del dependiente. —Una ceska p10.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Quién eres tú, James Bond?

Él sonrió de medio lado. —A mi padre le gustaban las armas.

El dependiente se la puso al lado de la suya. —Siete balas y una en la recámara.

La cogió y pesaba algo más. —¿Estás seguro? Esta no se puede esconder tan fácilmente.

—Muchas mujeres la llevan en el bolso. —Ella no pudo disimular su sorpresa. —Se lo digo yo.

—Sí. —Una mujer de unos cincuenta años que estaba en el mostrador de al lado, abrió su bolso y se la mostró. —Quería munición.

—¿Qué ha pasado, señora Preston?

—Un sinvergüenza que me acorraló a la salida del metro cuando volvía de trabajar por la

noche. —Soltó una risita. —No di ni una, pero se fue espantado.

El hombre rio por lo bajo cogiendo una caja y poniéndosela al lado. —Se lo cobran en la caja.

—Gracias majo.

—Nos las llevamos —dijeron los dos a la vez.

Se bajaron del coche y Kenneth le dijo al chófer —Te llamo cuando vayamos a salir.

—Entendido, señor Banningham.

La cogió por la cintura y se la comió con los ojos. —¿Sabes que esta noche estás realmente preciosa? El verde es tu color.

—¿No me he pasado con el escote del vestido? —preguntó algo insegura.

—Nena, si quieres podemos irnos.

Negó con la cabeza intentando controlar sus nervios. —No, tengo que hacer algo.

—No quiero que vuelvas a pasar por eso.

—Lo sé, pero ahora soy más fuerte. —Forzó una sonrisa. —Todo va a ir bien.

Él la besó en la sien —Estoy aquí.

—Lo sé.

Caminaron hasta la puerta y el maître la abrió sonriendo de oreja a oreja. —Señor Banningham, qué alegría volver a verle. Últimamente nos tenía algo abandonados.

—El trabajo, Paul. No hemos parado de viajar.

—Señorita Hostner es un gusto que haya vuelto. Tenemos una tarta de chocolate que el chef acaba de sacar que va a hacer que se chupe los dedos.

—Estoy deseando probarla.

Él al ver como Kenneth la cogía por la cintura sonrió aún más. —Sabía que terminarían juntos. Están hechos el uno para el otro.

Kenneth rio mientras ella sin poder evitarlo miraba a su alrededor y él le apretó la cintura para que dejara de hacerlo. Ivy le sonrió. —Me ha costado lo mío pillarle.

—¿Sí? Pues no parecía que se resistiera mucho.

Ahí Kenneth rio sinceramente mientras ella gruñía. Al parecer todo el mundo se había dado cuenta menos ella, igual necesitaba gafas. —Le he reservado la mesa del fondo —dijo el maître—. Por favor acompáñenme.

Kenneth apoyando la mano en su espalda la dejó pasar delante y cuando vieron como Carl Prentis se acercaba a toda prisa para apartar su silla se tensó. —Sonríe, nena —le dijo al oído.

Sonrió a duras penas y cuando llegaron a la mesa dijo como siempre hacía —Gracias.

—De nada. —Él sonrió como si estuviera encantado de la vida.

—Carl encárgate de ellos. Que no les falte de nada.

—Por supuesto, haré lo que sea por que pasen una noche agradable.

El maître sonrió satisfecho antes de alejarse mientras Kenneth se sentaba ante ella mucho más tenso. El camarero les sirvió el agua. —Esta noche de especialidades del chef tenemos lubina con vino blanco y risotto de marisco en salsa de ostras.

—Suena delicioso, cariño. —Alargó la mano y Kenneth se la cogió de inmediato.

Carl que vio el gesto se desvió con la jarra de agua y mojó el mantel. —Oh, lo siento.

Tomando aire Ivy le miró a los ojos. —No es nada.

Sonrió como si le encantara su atención. —Les traeré la carta.

—No es necesario, ¿verdad, nena? —Kenneth apretó su mano para que dejara de mirarle.

—¿Probamos el risotto?

—¿Puedo sugerirles de entrante unos carabineros con salsa tártara?

—Mmm, me encanta.

Kenneth asintió. —¿Vino blanco?

—Champán —dijo seductora haciendo que Carl frunciera el ceño.

—Pues champán. Al parecer mi novia tiene algo que celebrar.

—Que me quieres.

Él sonrió. —Más que a nada.

Soltó una risita colocándose la servilleta y al ver que Carl no se movía ambos miraron hacia él que parecía que se había tragado un palo. —¿Algo más? —preguntó Kenneth levantando una ceja.

Carraspeó. —¿Moet & Chandon?

—Sí, el brut imperial.

—Uy cariño, como me cuidas.

—Esta es una noche especial.

Vio de reojo como Carl crispaba los labios antes de alejarse de malas maneras. —¿Está algo mosqueado?

—Al parecer te quiere solo para él, no soporta la competencia. Nena, no le mires tanto —le advirtió—. Antes estaba detrás continuamente y apenas le mirabas un par de veces.

—¿De veras? —preguntó sorprendida. Entonces miró el local y cómo los camareros se distribuían a una distancia prudencial de las mesas. Los comensales ni se daban cuenta, pero allí estaban, oyendo cualquier cosa que dijeran sus clientes. —Es increíble lo que nos confiamos.

—Si tuviéramos que desconfiar de todo no podríamos vivir, nena. Sería una locura.

—Estoy paranoica.

—Es algo normal después de lo ocurrido. —Miró tras ella. —Ahí viene. Sonríe.

Esta sonrió de oreja a oreja. —He pensado que ya que tienes que irte esta noche a Europa, podríamos darnos prisa con la cena y…

El sonido del corcho la sobresaltó llevándose la mano al pecho y Carl sonrió. —¿La he asustado? Lo siento mucho.

—No pasa nada.

—Nena, ¿estás bien?

—Oh, sí, sí… No sé por qué me he sorprendido tanto.

—Es un sonido que puede sobresaltar —dijo el camarero sirviendo el champán—. No es la primera vez que a alguna de mis clientas se asusta y debí haberlo previsto. Me disculpo de nuevo.

Levantó la vista hacia él asombrada por lo educado que parecía. —No pasa nada.

—Preciosa bebe un poco —dijo Kenneth preocupado.

Su mano tembló al coger la copa y mirando a Kenneth a los ojos bebió un sorbito. Sonrió. —Está delicioso.

Kenneth sonrió mientras asentía al camarero para que dejara la botella. —Enseguida les traeré el entrante.

Se alejó y Kenneth siseó. —Nena, estás de los nervios.

—No, qué va.

—No va a matarte ante toda esta gente. —La miró fijamente. —Joder estás pálida, deberíamos irnos.

—Ni hablar. —Forzó una sonrisa para la galería. —Todo está bien.

—A mí no me mientas —dijo entre dientes.

—Cambia esa cara o se dará cuenta.

—De lo que se ha dado cuenta es que estás de los nervios.

—Y eso le encanta —dijo con rabia—. No voy a moverme de aquí.

Kenneth tomó aire por la nariz como si intentara contenerse. —Otro episodio así y nos vamos. Como si tengo que sacarte a rastras.

—Tenía que haber venido armada.

—¿Para tener otro episodio como el de Sue?

—Mejor hablemos de otra cosa. ¡De la empresa! Así me relajo.

Él asintió mirando tras ella. —¿Cuándo vuelves a tu puesto?

Jadeó. —¿De veras quieres que vuelva ya?

Eso captó toda su atención. —Pues sí —dijo como si fuera lo más obvio del mundo. Ella puso los ojos en blanco. —¿Y eso qué significa? ¿No quieres volver?

—Bueno… Cariño, serían muchas horas juntos.

—¿Y? Las pasábamos antes y no era para tanto.

—Ya, pero antes éramos jefe y empleada. Ahora si me sueltas un grito te responderé y esos conflictos en casa no son una buena fórmula para el éxito de una pareja.

—Lo que sería un conflicto es que trabajaras para la competencia.

Bebió otro sorbito. —Pues también tienes razón. —Acarició su copa mirándole a los ojos. —¿Y si trabajo por las mañanas?

—¿A media jornada? —Apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —¿Qué ocurre, Ivy? ¿No quieres trabajar conmigo?

—Quiero tener un hijo.

Se quedó de piedra. —¿Qué has dicho?

—Quiero tener un hijo. Un hijo contigo. —Al ver que se llevaba la mano al cuello de la camisa como si le ahogara preguntó —¿No es un buen momento para decirlo?

—Nena, que ni nos hemos casado.

—¿No quieres tener hijos? —preguntó espantada.

—Claro que quiero, pero… ¿en cinco años?

—¿Cinco años? Tendrás cuarenta.

—La edad perfecta.

—Serás un viejo decrépito cuando ellos sean adolescentes.

Él rio por lo bajo. —Tendré siete años más que tú, como ahora.

Se sonrojó. —No quiero tener que cuidar adolescentes de vieja. Tiene que ser ahora.

—Nena que no te salen las cuentas. Cuando tengas cincuenta ya tendrán veintiuno.

—Veintidós.

—Más a mi favor.

—Estarán aún en la universidad y no tendrán estabilidad hasta que yo tenga sesenta. ¡Tú entonces estarás jubilado! —dijo espantada. Se acercó fulminándole con la mirada—. ¿Ves cómo tenías que haberte espabilado antes? Hemos perdido año y medio.

—Y dale.

—No veré crecer a mis nietos —dijo como si eso fuera impensable.

—¿Ves cómo estás sensible, nena? Será mejor que no bebas.

Le fulminó con la mirada. —Empezamos mañana mismo.

—Sí, nena. Lo hablamos en cuanto salgamos de aquí ya que es tan importante.

—Lo es —dijo muy seria.

—Esta cena se está poniendo de lo más interesante.

—Y quiero al menos cuatro.

—¿Qué? Empecemos con uno…

—Carmen tiene un montón.

—Víctor no tiene una empresa internacional y se pasa viajando tres meses al año. Tienen una villa enorme con un montón de habitaciones y su mujer no ha trabajado nunca. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Nena, tú no eres como ella. Antes de una semana me estarás rogando trabajar a jornada completa. Empezaremos con uno y a ver cómo van las cosas. —Ivy entrecerró los ojos porque era cierto que ella necesitaba trabajar. ¿No sería suficiente con media jornada? Igual tenía razón. —Y no será este año. Vamos a disfrutar de nosotros y de lo que tenemos ahora, ¿me has entendido?

Insegura le miró a los ojos. —¿Tienes dudas de lo nuestro?

—¿Qué?

—Igual sí que querías dejarlo y te estoy obligando a una relación que ya no te interesaba porque he dejado Australia. ¿Es así?

—Nena, es evidente que todo esto te está afectando porque te estás imaginando cosas —dijo preocupado—. Debemos irnos.

Entonces se acercó Carl con dos platos. —Los carabineros.

—Gracias —dijo tenso.

—Que disfruten de la cena.

Ella forzó una sonrisa y después de dos segundos miró sobre su hombro para verle allí parado al lado de una columna. Miró al frente de inmediato y sonrió. —Tiene muy buena pinta. —Pinchó una gamba cubierta de salsa y se la metió en la boca. —Uhmm deliciosa.

—Nena…

—Bebe un poquito. —Cogió la copa de champán y la elevó. —Cielo, si soy tan importante para ti como tú para mí, brinda conmigo.

Él aliviado elevó su copa. —No lo dudes nunca, preciosa.

—Te prometo que no lo haré. —Chocó su copa con la suya. —No lo haré nunca más.

Kenneth sonrió. —He pensado que después de cerrar este negocio podríamos ir a hacer una visita a Víctor.

Le miró sorprendida. —Cielo, hay mucho pendiente.

—Nos merecemos unas vacaciones. Además, hacemos edificios, si se retrasan un mes nadie va a preocuparse porque todo el mundo espera que se retrase.

Soltó una risita. —Pues tienes razón.

Estuvieron hablando de lo que harían en Portugal y cuando él miró por encima de ella le susurró —Se ha alejado a otra mesa.

—¿Lo de Víctor iba en serio?

—Claro que sí, nena. Cuando esto acabe nos vamos. —Le guiñó un ojo. —¿Estás lista? —Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y a Ivy se le cortó el aliento. —Te voy a dejar con la boca abierta.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

Kenneth volvió la caja ya abierta y se la puso delante. —Vaya… —dijo realmente impresionada porque era un diamante de al menos cinco quilates, pero algo en su interior provocó que no le hiciera ilusión. Quizás es que no era sorpresa o que todo lo habían montado para ese momento y no se lo terminaba de creer. No sabía muy bien lo que le pasaba, pero algo había robado la emoción de uno de los días más importantes de su vida. Pero algo tenía que decir —¿Es de verdad?

Él se echó a reír y asintió. —Sí, nena, es de verdad. Es el anillo. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —exclamó como se esperaba de ella.

Él rio levantándose y la besó. Ivy acarició su nuca disfrutando de él. Kenneth se apartó

para mirarla a los ojos y se acercó a su oído. —Habrá otra ocasión, nena, y prometo que será increíble.

Se emocionó porque era evidente que la comprendía como nadie con solo una mirada. ¿Cómo había podido estar tan ciega frente a lo que sentían el uno por el otro? —Te quiero.

Él sonrió cogiendo el anillo de la caja antes de sujetar su mano izquierda y se lo puso en el dedo anular. Le quedaba perfecto. —Parece hecho para ti.

—Es precioso.

Varios aplaudieron y ellos sonrieron antes de besarse de nuevo. Kenneth volvió a su sitio sonriendo y en ese momento apareció Carl sonriendo irónico. —Felicidades.

—Gracias —dijo ella limpiándose las lágrimas con la servilleta mientras él retiraba los platos.

—Les deseo un futuro lleno de dicha.

Se le cortó el aliento por su tono y miró a Kenneth que disimuló sonriendo. —La tendremos.

Cuando se alejó se miraron a los ojos. —Es un puto envidioso. Aspira a lo que no puede tocar. Joder, me revuelve las tripas.

—Contente…

—No sé si aguantaré toda la cena sin partirle la cara.

—Ya queda menos gente en el restaurante —susurró—. Cuando terminemos el postre estarán a punto de cerrar. Tenemos que lograr que nos siga.

—¿Y cómo nos va a seguir si no tiene coche? —preguntó frunciendo el ceño.

Le miró sorprendida. Era cierto. Los días que ella le había vigilado siempre había ido en el metro. —Pero nos seguía.

—Sí, porque sabía dónde vivías. La dirección de Sue Ellen pudo conseguirla aquí en su

contrato o algo así, ¿pero la tuya? A ti tuvo que seguirte.

—Desde la oficina.

Kenneth asintió. —Bien visto, nena. Se encarga de averiguar donde trabajan las mujeres que acosa.

—Así que estamos perdiendo el tiempo porque no tiene manera de seguirnos esta noche e irá a buscarme al trabajo para saber mi nueva dirección. Bueno, al menos sabe que estoy en Nueva York. Algo es algo. —Bufó. —Me da una rabia… No terminaremos con esto esta noche.

—Yo no las tenía todas conmigo sobre tu plan. Ahí viene.

—Tenemos que decidir dónde vamos de luna de miel —dijo como si estuviera ilusionadísima.

—Nena, no lo decidamos todo hoy.

—Quiero algo de playa y tenerte desnudito todo el día.

—El risotto —dijo Carl poniéndoles los platos delante.

—Gracias. —Sonrió cogiendo el tenedor mientras se alejaba a otra mesa desde donde le llamaban.

Kenneth miró su plato y frunció el ceño antes de mirar el suyo. Cogió el tenedor hundiéndolo en el plato de ella antes de meterse una buena porción en la boca. —Cariño, ¿no te vale con tu plato?

Al ver que Ivy iba a hundir su tenedor él estiró el brazo y agarró su muñeca con fuerza mientras tragaba. —Nena, no comas.

—¿Qué pasa?

—Tiene kiwi.

—¿El risotto de marisco? —preguntó incrédula.

—Tiene trozos de kiwi, ¿no los ves? Yo no los tengo.

Alucinada miró su plato que tenía diminutos trocitos de algo amarillo que se disimulaba muy bien con el arroz. —Kiwi amarillo.

Los ojos de Kenneth brillaron. —Le tenemos, nena. Eso es intento de homicidio. Sabe que eres alérgica y no puede calcular la reacción que provocaría. Intencionadamente ha querido producirte daños que pueden llegar a ser irreparables. Es intento de homicidio.

Sonrió dejando el tenedor sobre la mesa. —¿Qué hacemos?

—Llamar a la policía, pero antes tengo que impedir que salga de aquí. —Se levantó y fue hasta el maître.

Ella miró su plato de nuevo y Carl se acercó. —¿Todo bien?

—Oh sí… —dijo poniéndose nerviosa—. Mi novio que quiere darme otra sorpresa. Esperaré para comerme el risotto con él.

La miró con desconfianza. —Si no le gusta…

—Está muy bien, gracias —dijo firmemente—. Puede retirarse.

Él dio un golpe al plato y este se volcó antes de caer al suelo. —Oh, lo siento.

—¡No lo toques! —gritó levantándose.

—¿Ivy?

Miró hacia Kenneth que se acercaba. —¡Intenta retirarlo!

—Solo quiero limpiar este desastre —dijo agachándose al lado del plato.

—¡Carl! —gritó el maître—. ¿Qué haces?

—No lo entiende.

—¡No toques eso!

Carl se tensó levantándose lentamente. —¿Cómo voy a dejarlo así? —De repente saltó sobre la mesa y corrió hacia la zona de la cocina empujando a una mujer que sentada en su silla cayó al suelo.

—¡Deténganlo! —gritó ella.

Un camarero se puso en su camino, pero Carl le empujó tirándolo sobre una mesa vacía. Kenneth corrió tras él. —¡Cielo, no!

—¿Pero qué ocurre? —gritó el maître asombrado.

—Que nadie toque esto, ¿me ha entendido?

—Sí, sí.

Corrió tras Kenneth y escuchó gritos en la cocina, pero había varias personas en la puerta observando. —¡Apártense! —gritó empujando para pasar y cuando entró vio como Kenneth le cogía por la camisa—. ¡Maldito cabrón, no te valió con torturarla que querías matarla!

—¡No sé de qué me habla! —Intentó soltarse, pero Kenneth le empujó contra una encimera de acero. Entonces vio el reflejo en su mano y gritó histérica al ver el cuchillo.

La cara de sorpresa de Kenneth le rompió el alma y todos gritaron al ver el cuchillo en su costado. Kenneth le soltó dando un paso atrás y Carl salió corriendo. Ivy gritó corriendo hacia él cuando caía de rodillas. —No, cielo. ¡No!

—¿Nena?

Sollozó dejando que cayera sobre su regazo. —Me ha…

—Shusss, te pondrás bien. ¡Una ambulancia! —gritó horrorizada. Le abrazó y susurró —Estoy aquí, mi amor.

—Ni te imaginas la alegría que sentí cuando volviste —dijo con esfuerzo.

—¿De veras?

—Eso significaba que me amabas tanto como para enfrentarte a cualquier cosa por mí.

—A lo que sea, mi vida —dijo entre lágrimas—. Por ti haría cualquier cosa.

La miró a los ojos. —Esto no tiene buena pinta.

—Shusss, no digas eso.

—Escúchame… Siento no haber tenido ese hijo contigo. —Ivy sollozó sintiendo que su pecho se rompía de dolor porque parecía que se quedaba sin fuerzas. —Ahora me doy cuenta de que todo lo demás no era tan importante como vosotros.

—Te pondrás bien y tendremos diez.

Él sonrió y acarició su mejilla. —Tendrás que llevar el timón.

—No digas eso.

—Te quiero, nena…

A Ivy se le cortó el aliento cuando sus ojos se cerraron. —¿Kenneth? ¡Kenneth! —Le cogió por la barbilla. —¡Vamos, cielo! —Cuando no respondió gritó de dolor. —¡Un médico! —Miró a su alrededor desesperada. —Por favor… —suplicó abrazándole—. Un médico…

Capítulo 9

Catorce horas después en la sala de espera, Sue Ellen sentada a su lado la abrazó por los hombros al escuchar lo que decía el médico. Pálida casi ni le entendía. —¿Comprende lo que quiero decir? —dijo preocupado agachándose ante ella—. Está muy grave. Durante la operación sufrió una parada y creemos que su cerebro ha sufrido daños. Su prometido está en coma.

Ted se llevó las manos a la cabeza. —Todo esto es culpa mía —susurró como había susurrado las últimas horas—. No tenía que haber vuelto. Tenía que haber dejado que viviera su vida.

El médico miró a Sue Ellen que no hacía más que llorar, pero aun así dijo —Está en shock.

—Lo comprendo, le daré un sedante. Pueden llevársela a casa, de todas maneras no podrá verle hoy.

—Gracias doctor.

Apenas dos minutos después le inyectaban algo en el brazo, pero ella ni se dio cuenta pensando en ese año trabajando a su lado. Su risa, su manera de ponerse la chaqueta del traje, como ese mechón de cabello caía sobre su frente cuando lo tenía demasiado largo… Ted se agachó ante ella. —Vamos a casa, Ivy.

—Se va a morir. Se va a morir por mi culpa.

—No ha sido culpa tuya sino de ese cabrón. Y lo va a pagar —dijo Sue Ellen—. Te juro

por Dios que lo va a pagar, como si tenemos que buscar bajo cada piedra de este maldito país hasta encontrarle.

Miró a su amiga. —¿Me lo juras?

—Claro que sí, acabaremos con esto.

—Sue…

—Oh, cállate. —Se levantó y cogió a Ivy por el brazo delicadamente. —Vamos, tienes que descansar para enfrentarte a todo lo que tienes por delante.

—Sí, él quiere que esté fuerte —dijo algo espesa por la medicación.

—Eso es —dijo Ted—. A Kenneth no le gustaría que te disgustaras.

—Por él haría cualquier cosa.

—Pues tienes que ocuparte de mil cosas.

—La empresa… —Gimoteó como si le doliera el alma. Sus piernas se doblaron y la agarraron por ambos brazos. —Y de él, tengo que encargarme de él hasta que se reponga.

—Claro que sí —dijeron ayudándola a ir hasta la puerta.

—Ese cabrón…

Sue Ellen miró de reojo a Ted. —Tranquila amiga, le encontraremos.

Seis meses después

Con el periódico en una mano y las flores en la otra, caminó por el pasillo. Al cruzarse con una enfermera sonrió. —Buenas tardes, señorita Hostner —dijo la mujer.

—Buenas tardes, Lola. ¿Cómo va mi chico?

—Igual.

—Vaya, será mañana.

—Claro que sí.

Con pena vio como pasaba y sonreía aún más al abrir la puerta de la habitación. —Hola, mi amor. No te vas a creer esto. —Cerró la puerta tras ella y se acercó a la cama dejando el ramo de flores sobre él antes de enseñarle el periódico. —¡Le han cogido! —Volvió el periódico para mirar la primera plana. —Ese cerdo ha sido detenido intentando colarse en casa de una mujer de Maryland. Pero le juzgarán aquí por la gravedad de los cargos que la fiscalía le imputa. Iremos a juicio. —Miró a Kenneth. —¿No te alegras? —Se acercó y su enorme vientre rozó su mano tocando la vía. —Oh cielo, lo siento. —Se aseguró de que estuviera bien. —Es que los niños cada vez ocupan más. —Le acarició el antebrazo y se estiró para besarle en los labios. —Ken ha estado algo pesado hoy con pataditas en la junta de directivos, ese nos sale jugador de fútbol. A la niña casi ni la he sentido. —Se tocó el costado. —Tu madre dice que si la llamamos como ella y mi madre se empeña en que se llame como mi abuela. A ver si te despiertas y me ayudas porque ayer en la comida del domingo se enfurruñaron y casi tengo que mediar en la tercera guerra mundial. Pero he sido firme. Tomaremos la decisión nosotros. —Asintió antes de colocar las flores en el jarrón de cristal. Le miró de reojo. —Hoy es un día especial. Hoy hace dos años, cielo. Dos años que empecé a trabajar contigo. —Colocando las rosas rojas en el centro del ramo para que se vieran bien chasqueó la lengua. —No sé si hacer una cena o algo así para celebrarlo. —Le miró sonriendo. —¿Te apetece?

La puerta se abrió y el doctor Cassal entró con una sonrisa en los labios. —Buenas tardes. Veo que ya estás aquí.

—Hoy me he retrasado un poco, tenía una reunión importante. —Ansiosa se acercó. —¿Cómo va?

—Igual, Ivy. No hay cambios.

—Pero hay actividad, usted me dijo que sí.

—Y la hay, pero el cerebro es un misterio. No sabemos las causas por la que la hipoxia le ha provocado el coma, como tampoco sabemos el alcance de los daños, si es que los hay.

Intentó no sentirse decepcionada pero no lo pudo evitar. —Así que no tenemos ninguna novedad.

—Lo siento, pero no. Sé que tienes muchas esperanzas, pero ya han pasado seis meses y las posibilidades de que se despierte se van reduciendo… Igual deberíais ir pensando en trasladarle a un centro especializado en este tipo de enfermos.

—Kenneth se despertará —dijo fulminándole con la mirada.

—No está bien que te aferres, debes seguir tu vida y que vengas todos los días no sé si es lo mejor en tu estado.

—¡Me aferraré a lo que me dé la gana! ¡Y Kenneth se despertará! ¡Usted no le conoce como yo! ¡Siempre consigue lo que quiere! ¡Y volverá a mí!

El doctor apretó los labios. —¿Has ido a terapia como te recomendé?

—¿Por qué todo el mundo se empeña en que tengo que ir a terapia? ¡Mi hombre se despertará! ¡Ha logrado sobrevivir a que le traspasaran el riñón y el intestino! ¡Le han recuperado dos veces! ¡Hasta respira por sí solo! ¡Claro que se despertará! ¡Él no me dejará sola! —Le señaló con el dedo. —Así que escúcheme bien. Si él no se da por vencido yo tampoco, ¿me ha entendido?

—Sí.

—Ahora quiero estar con él, tenemos mucho que contarnos.

Él apretó los labios. —Te veré la semana que viene.

Asintió mientras salía y le dijo a Kenneth —Empiezo a pensar que no es tan buen especialista como nos dijeron, amor. ¿El mejor del país? No sé. Igual tendríamos que llevarte a

Suiza o algún hospital de Europa. Investigaré por si hay alguno por allí. Oh, no te lo he dicho, Ted y Sue Ellen se han comprado una casa con jardín en Brooklyn. Les he dicho que nosotros se la arreglaremos como regalo de bodas. Sue está como loca con la preparación de la boda. —Sonrió cogiendo su mano. —Va a poner rosas blancas en cada mesa. —Suspiró. —En la nuestra también las pondremos, me han gustado sus centros. Queda muy elegante. Y el vestido es un sueño de encaje. —Se miró el vientre e hizo una mueca. —Nosotros esperaremos a que adelgace, ¿vale? —Se sentó a su lado y acarició la suave piel de la parte interna de su muñeca. —Ya queda menos para verles la cara a los niños. ¿Estás nervioso? —Rio por lo bajo. —Seguro que sí. Tú querías uno y llegan dos de golpe. —Le miró pensativa. —Es increíble lo que es el destino, ¿no? Hablamos de tener hijos y ni sabía que estaba embarazada y apenas media hora después… —Apretó los labios. —Bueno, esto es un bache que superaremos. —Miró su rostro. —Porque lo superaremos, ¿no? —Sus ojos se cuajaron de lágrimas. —Cielo, tienes que despertar porque si me dejas sé que no podré soportarlo. —Intentó ver algún gesto en su rostro, algo que le indicara que la oía, pero como siempre no hubo nada. Intentó ignorar la angustia que sentía porque no le respondía. —¿Te leo el periódico? Bueno, ya te he leído lo más importante, pero hay más cosas. —Sonrió. —No me puedo creer que le hayan cogido. ¿Cómo íbamos a encontrarle? Se había cambiado el nombre, ¿sabes? Debería demandar al detective que contratamos porque no ha dado ni una desde que empezó a buscarle. Incompetente. Pero ya está aquí. Ted dice que le va a hundir como acusación particular. Quiere pedir la perpetua. —Abrió las páginas del periódico. —Uy, mira se vende un edificio en Queens. ¿Qué me dices, cielo? Nos vendría bien para alquilar los apartamentos.

Un crujido en el papel la hizo mirar hacia abajo para ver un movimiento al lado de su muslo. Se le cortó el aliento y lentamente elevó el periódico para ver que su mano se movía como si quisiera agarrar algo. Tiró el periódico a un lado de la impresión y se acercó a su mano. Cuando sus dedos se rozaron sollozó. —Mi vida… —Miró su rostro. —Mi vida, estoy aquí, ¿me oyes? —Apretó su mano. —Vamos Kenneth, abre los ojos. —Le vio mover los ojos bajo los

párpados y sollozó porque la oía. —Eso es, estoy aquí. Abre los ojos y mírame, mi amor.

Elevó los parpados, pero cerró los ojos enseguida como si le molestara la luz. —¡Eso es, eso es! —Miró hacia atrás buscando ayuda, pero no quería soltarle así que gritó —¡Está despierto! —Rio a la vez que lloraba. —Decían que estaba loca, ¿sabes? —Acarició con su otra mano su mejilla. —Pero ellos no te conocen. —Consiguió mirarla a los ojos. —Estás aquí, estás conmigo. —Vio en sus ojos que la reconocía e intentó hablar, pero le salió un gruñido. —Tranquilo. —Emocionada ni se dio cuenta de que lloraba. —No sé si puedo darte agua. —Sollozó llamando a la enfermera. —Estás aquí.

—Ivy…

Se abrió la puerta de golpe y la enfermera gritó —¡Lola, se ha despertado! ¡Llamad al doctor!

Él confuso frunció el ceño. Claro, no sabía lo que le había pasado. Gimió por dentro porque se iba a llevar unas cuantas sorpresas. Como de la nada les rodearon un montón de personas haciendo preguntas a la vez. El doctor Cassal se puso ante ella y sacó un bolígrafo que tenía luz cogiendo a Kenneth de la barbilla mientras decía —Ivy tienes que salir.

—Pero…

Una enfermera llegó con una sábana y la extendió ante ella tapando la mitad de su cuerpo para que no la viera Kenneth. Se quedó de piedra porque era evidente que no querían que le dijera que estaba embarazada. —Es lo mejor para él —susurró Lola cogiéndola del brazo.

Si era lo mejor para Kenneth no iba a protestar. —Cielo, en cuanto te revisen entro, ¿de acuerdo?

—Ivy… —Apretó su mano como si no quisiera soltarla.

—Estaré al otro lado de la puerta, te lo juro. Y no me voy a mover de ahí.

—Agua para el paciente —dijo el doctor—. Tiene la garganta reseca, ¿eh? Tranquilo, que eso lo solucionamos enseguida.

Ivy forzó una sonrisa y apartó su mano. Le costó muchísimo salir de la habitación, pero era por su bien. En el pasillo sollozó de la alegría. Ya estaba con ella, lo había conseguido y no podía ser más feliz.

Veinte minutos después Ted y Sue corrían por el pasillo hacia ella. Estaban locos de contentos y la abrazaron mientras Ivy no podía dejar de llorar. —Sabía que lo conseguiría —dijo Ted apartándose—. ¿Cómo estás?

—Divina. —Se limpió las lágrimas. —Pero me han sacado de la habitación por mi embarazo.

—Claro, sería un shock —dijo Sue Ellen—. ¿Quieres que se lo diga Ted?

La puerta se abrió y el doctor salió de la habitación con una sonrisa de satisfacción en el rostro. —No parece que tenga secuelas, pero vamos a hacerle unas pruebas en los próximos días para comprobarlo. —Se acercó a ella. —Le he dicho que debido a su operación se ha quedado en coma. Está lo suficientemente lúcido para explicarle la situación, pero hay que ir poco a poco. No le he dicho el periodo que ha estado en coma, tampoco me lo ha preguntado. Ha debido deducir que han sido días. Deberíamos…

—Mi madre dice que las tiritas hay que quitarlas cuanto antes —dijo ella.

—Ivy, ha perdido seis meses de su vida —dijo Ted—. Para Kenneth será algo duro de sobrellevar.

—Precisamente, no hay que perder ni un segundo más. Ya sabe que ha estado en coma y está bien, ¿no? No pienso dejar que se pierda nada más de este embarazo.

—No lo recomiendo. Verte así será un shock.

—Hace una hora demostró que no conocía a mi hombre y ahora tampoco. Se enfadará como se entere más adelante. Además, los niños le darán fuerzas para superar lo que le ha

ocurrido. —Entró antes de que nadie pudiera evitarlo y las tres personas que aún quedaban en la habitación la miraron. Lola se puso delante. —Apártate.

—Esto no es buena idea.

—Yo sé lo que necesita mucho mejor que tú. Apártate.

La mujer se apartó a regañadientes y sonrió a Kenneth que miraba hacia allí deseando que se acercara. La cara de sorpresa cuando miró su vientre la hizo reír y se acercó a toda prisa. —¿Cuánto he estado en coma? —preguntó impresionado.

—Seis meses y seis días, cielo —dijo sentándose a su lado. Cogió su mano y la puso sobre su vientre. —¿Recuerdas tus últimas palabras? —Él asintió sin poder creérselo. —Son nuestro pequeño milagro. Me dieron fuerzas a mí y te han hecho regresar a ti, estoy segura.

—¿Son?

—Son gemelos. La parejita. —Soltó una risita viendo como fascinado acariciaba su vientre.

—Seis meses —dijo él pensativo.

—Pero estás aquí y no te has perdido mucho, te lo aseguro. He tenido un embarazo de lo más normal.

—¿Cuándo los tendrás?

—El veinte de mayo salgo de cuentas. Queda un mes.

—Un mes… Dios, es increíble. —La miró a los ojos. —¿Qué pasó con él?

—Huyó, pero le han cogido, cielo. Vamos a ir a juicio. Has vuelto justo a tiempo.

Apretó los labios y sus ojos se oscurecieron. —A juicio.

—Sí. —Preocupada por la expresión de su rostro miró a Lola. —¿Podéis dejarnos solos?

Ella hizo un gesto a los demás y salieron de la habitación. Se acercó a sus labios y se los besó. —Te quiero.

—Y yo a ti. —Acarició un mechón de su melena e hizo una mueca. —Tenía que haberme dado cuenta. Está mucho más largo.

—Bueno, acabas de salir de un coma, no puedes estar al cien por cien como para darte cuenta de esas cosas. —Acarició su barbilla. —¿Me oías?

—Oía que me llamabas.

—Cada día. —Emocionada sonrió. —Pero ahora ya estás aquí.

—Mi madre…

—Todavía no se lo he dicho porque está sola en casa y temía que se desmayara de la impresión o algo así. He enviado a mis padres a su casa para decírselo. Estarán al llegar.

—Bien, nena. Siempre pensando en todo. —Miró sus ojos. —Supongo que has pensado también en el juicio.

Asintió. —He tenido seis meses para pensarlo. Aparte de todo lo que hizo ha seguido acosando a otras mujeres en Maryland. Le sorprendieron cuando entraba en casa de la víctima. Nunca va a parar. Ted va a pedir la perpetua, pero es un ingenuo. Tú no has muerto y yo ni siquiera probé el arroz. ¿Dos intentos de homicidio? Es de risa, saldrá en diez años como mucho.

—¿Qué has pensado?

Sonrió maliciosa. —Durante este tiempo he investigado. Contaba con que tarde o temprano le encontraran, así que pensé en distintas opciones. Pedir a Ted que le hicieran un examen psicológico para que pasara el resto de su vida en el psiquiátrico era la única opción plausible dado mi estado.

—Eso no es suficiente. Ni para mí ni para ti, además puede salir si da con un médico al que le da igual su trabajo.

—Eso mismo pensé yo. Pero ahora que estás despierto tenemos otra opción.

—¿Cual?

—Justo en frente esta Collect Pond Park y al otro lado del parque, justo haciendo esquina, un edificio tuyo. —Él asintió. —He conseguido los planos de los alrededores, los planos del metro y de todo el cableado de la zona alegando unas futuras obras en el edificio y como si nada he pedido los planos del juzgado.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—A través del túnel del metro hay una entrada a los juzgados. Una pared que lleva a un cuarto que está al lado de las celdas de los que esperan a ir a sala en los minutos previos al juicio.

Él separó los labios de la impresión. —¿Qué hay en ese cuarto?

—Eso no lo sé. No lo dicen los planos. Es un cuarto anexo, he pensado que igual es donde descansan los guardias de noche o algo así. O un cuarto de limpieza, aunque me extraña que lo tengan allí.

—¿Cuánto mide?

—Tres por dos.

—No es lo bastante grande para ser un cuarto donde descansen los guardias. Debe ser un almacén.

Ella entrecerrando los ojos asintió. —Puede ser. ¿Un almacén de armas por si se ponen tontos?

—No sabemos si esa puerta está cerrada, en realidad no sabemos nada. Sería ir a ciegas.

—No tanto porque seguro que Ted como otros abogados han bajado allí para hablar con sus clientes. Igual sabe lo que hay en ese cuarto.

—Ted no va a colaborar.

—Pero Sue sí. Sue le quiere tan muerto como nosotros.

—¿Si supiéramos que hay en ese cuarto cuál sería tu siguiente paso?

—C4.

—Hostia nena.

—Una explosión controlada.

—Podemos matar a alguien.

—No porque antes se dará un aviso de bomba en el juzgado número cuatro que está al otro lado del edificio.

—Y lo desalojarán. Sacarán a los presos mientras los artificieros revisan el edificio.

—Exacto.

Él separó los labios de la impresión empezando a entender. —Todo es una distracción. Si te interesaba lo que había en ese cuarto era para no dañar a nadie.

—Por supuesto. —Sonrió. —Le meterán en un furgón destino a la cárcel del condado de nuevo porque en este momento en la cárcel que hay al lado de los juzgados no hay servicio de psiquiatría porque están remodelando parte del edificio.

La miró impresionado. —Muy bien nena, veo que has pensado en todo.

—Cuando se oiga la explosión saldrán pitando. Pasarán el control y cuando salgan a la carretera habrá un accidente que provocará Sue. Él aprovechará para ir al hospital, lo sé. Y será allí donde le cojamos. O sea, aquí porque es el hospital más cercano a la corte penal. Donde tú que has disimulado que no puedes andar, te levantarás e irás a urgencias vestido de enfermero.

—¿Y después?

—Cielo, ahí no he llegado. El plan original era para mí, que había pensado disimular que estaba de parto, pero no quería arriesgar a los niños.

—Nena, eres brillante.

—Gracias.

—Aunque hay que perfilarlo.

—Lo sé.

—¿Planear todo esto te ha ayudado?

—No te haces una idea.

Él sonrió. —Seguro que tienes otros mil planes por ahí.

—Sí, pero creo que este es el mejor.

—Si le pego un tiro en urgencias acabaré en prisión.

—Lo sé, tenemos que buscar la manera de quitarle del medio sin que le relacionen contigo.

Él suspiró mirando al techo e Ivy preocupada le cogió la mano. —¿Demasiada información? Lo siento, cielo. Duerme un poco hasta que llegue tu madre.

—No es eso. —La miró a los ojos. —Tenía que haberle quitado del medio desde el principio —dijo furioso—. Tenía que haber hecho algo cuando supe la razón de tu estado y me quedé de brazos cruzados, te pedí que volvieras de manera egoísta y…

—No, tú no eres egoísta.

—Un tiro en la calle al salir del restaurante lo hubiera arreglado todo —dijo con rabia—. Hasta Sue tiene más agallas que yo.

—Eh, cielo… No te hagas esto. Si estás aquí es porque te enfrentaste a él.

—Y mira el resultado.

Preocupada porque pensara así dijo —Yo también podría haberle pegado un tiro al salir del restaurante y no lo hice. Busqué que acabara en prisión y me equivoqué. Ambos considerábamos que en prisión sufriría más y es cierto, pero ahora eso ya me importa poco, pienso proteger a mis hijos y sé que si ese loco sale libre vendrá a por nosotros.

El rostro de Kenneth se tensó y llevó una mano a su vientre como si intentara protegerla. —Tenemos que librarnos de él.

—Sí, mi amor. Y lo haremos, de eso puedes estar seguro.

Capítulo 10

Sentada en su cama mientras Kenneth hacia abdominales volvió la hoja de la revista. —Cariño, ¿y si la pintamos de rosa pálido?

—No —dijo él con esfuerzo—. Los niños deben estar juntos hasta que sean un poco más mayores. —Hizo otra. —¿O quieres ir de una habitación a otra cada vez que uno llore?

—Pues tienes razón. ¿Blanca? —Él asintió antes de hacer otra y dejarse caer al suelo sudando a mares. —Una más.

—Nena…

—Una más. Solo has hecho ocho.

—Joder, cuando me coja mi preparador va a flipar. ¡Hacía cincuenta al día!

—Y volverás a hacerlas y a tener esos abdominales que me volvían loca.

Él sonrió de medio lado. —Te volvían loca, ¿eh? Nena, ¿no tienes las hormonas alteradas?

—Uhmm, y no sabes cómo —dijo comiéndoselo con los ojos. Él se levantó y apoyó las manos sobre el colchón haciéndola reír—. Mira como para eso tienes energías.

—Haría un esfuerzo.

Llamaron a la puerta y asustada bajó de la cama a toda prisa mientras él se metía en ella tapándose con la sábana.

Se aseguró de que todo estaba bien antes de abrir y Lola frunciendo el ceño entró en la habitación. —No se puede cerrar.

—Ya, pero acabamos de tener sexo y no quería que nos viera cualquiera —dijo con descaro.

Asombrada miró a Kenneth todo sudado. —¡Está acalorado!

—Pues no sé por qué, lo he hecho yo todo. —Dio un golpe a su melena. —Uff, estoy agotada.

Kenneth rio por lo bajo. —¿Querías algo, Lola?

—¡Tomarte la tensión, pero ahora tendré que esperar!

—Sí, será lo mejor. Aún la tengo algo alterada —dijo mirando a Ivy como sino hubiera acabado con ella.

—¡Oh, por Dios! ¡Menos mal que te darán el alta en una semana!

Eso les dejó de piedra. —¿Cómo una semana si todavía ni camina?

—Eso puede hacerlo en rehabilitación —dijo antes de salir dejándolos solos.

—Mierda. —Se volvió hacia él. —¡Te has recuperado muy pronto! ¡Aún quedan dos semanas para el juicio!

—Joder.

Llamaron a la puerta de nuevo y abrió de malas maneras. —¿Qué? —Al ver a Sue que iba a decir algo la cogió del brazo y la metió de golpe cerrando a toda prisa. —¡Le sueltan en una semana! ¿Te lo puedes creer? Qué incompetentes.

—Pues hay otro problema —dijo su amiga yendo al grano—. En ese cuarto hay una garita.

—Joder. La garita de paso a las celdas —dijo Kenneth.

—Exacto. Controla una puerta de cristal de alta seguridad que lleva a los prisioneros y es

donde están los monitores de las cámaras de video. —Dejó el bolso sobre la silla.

—Estupendo, tenemos que olvidarnos de la explosión. —Al ver la cara de Ivy dijo —¡No vamos a arriesgarnos a herir a nadie!

—¡Lo he entendido! —Entrecerró los ojos. —Igual con el aviso de bomba es suficiente para que le larguen.

—No lo creo —dijo Sue—. El otro día hubo un aviso de bomba en un instituto de Harlem. Les hicieron esperar fuera y a la media hora estaban dentro de nuevo. En el juzgado puede pasar lo mismo.

—¿Cómo sabes lo del instituto?

—¿Quién crees que hizo la llamada? Tenía que comprobar que todo fuera bien.

Leche, qué lista. —¿Y en media hora les metieron de nuevo? Qué irresponsabilidad. —Miró a Kenneth. —¿Ves cómo necesitamos la bomba? Además el de la garita habrá salido por patas como todos los demás.

—Eso si no están revisando la zona en ese momento.

—Menuda casualidad.

—Tengo una idea —dijo Sue—. Pero necesitamos la colaboración de mi prometido.

—Pues ya podemos olvidarlo —dijo Kenneth.

—Cuéntanos.

—Ese día Ted tiene otro juicio. Una de esas vistas rápidas por saltarse la condicional con un contable al que ya había librado una vez y se ha pasado de listo. —Ivy asintió. —Bueno, el hecho es que le llevan el mismo día de prisión. Puede hacer que va a hablar con él en el momento de la llamada del aviso de bomba y asegurarse de que sale todo el mundo. Luego nos llama y pulsamos el botoncito. Si no nos asegura que allí no queda nadie abortamos la misión. —Sonrió. —¿Qué os parece?

—Que va a decir que no —dijo Kenneth divertido—. Y que si se lo decimos va a intentar disuadirnos de una manera machacante.

—Eso también lo he ido preparando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ivy.

—Bueno, nada como temer que a tu hijo le pase algo en el futuro como para ponerte las pilas. Se me ocurrió la idea al escucharos hablar de los bebés y que había que protegerlos. Yo también quiero tener hijos, antes de la boda no porque mi madre me mata, pero pueden venir después. El otro día íbamos en el coche y le comenté que estaba preocupada por lo que sucedería con Carl en el futuro. ¿Imagínate que viene a por nosotros? Vi cómo se le iban poniendo por corbata y más cuando mencioné a los niños y que un cobarde como él intentaría hacernos daño donde más nos doliera. Esa noche trabajó hasta las cuatro de la mañana buscando maneras de encerrarle de por vida.

—Y no encontró la manera.

—Pues no. Dice que gracias a una sentencia de no sé dónde podrá conseguir veinte años como mucho. Y luego viene la condicional y… bla, bla, bla. Así que calcular unos diez.

—¡Lo sabía! Eso de la perpetua era para que me diera por satisfecha.

—Estabas pasando por mucho, Ivy. ¡Tenías a tu novio en coma, estás embarazada de dos hijos y presidiendo una empresa internacional! Tenía que decirte algo para descargarte de ese peso.

Bufó antes de mirar a Kenneth que parecía pensativo. —¿Cielo?

La miró a los ojos y sonrió. —¿Sabes que eres increíble?

Soltó una risita acercándose y sentándose a su lado. —¿Lo soy?

—Y te adoro.

Le besó en los labios. —Me encanta que me lo digas.

—Eh, tortolitos, abreviar que tengo que volver al trabajo. Me he escapado por la hora de la comida.

—Si son las once de la mañana —dijo Ivy.

—Bah, mi jefa está en babia. Si le digo que tenía que ir a buscar un programa para el ordenador seguro que cuela. Además, me tienen todo el día poniendo cartelitos a los anuncios y eso lo hago en cinco minutos. Pero después de la comida tengo una reunión y a esa no puedo faltar. Se reparten ascensos —dijo emocionada.

—Claro que se reparten —dijo ella yendo hasta su bolso y sacando una tarjeta de plástico —. ¡Ta, tan…!

—¿Una tarjeta de vuestra empresa con mi nombre? —Miró a uno y al otro para ver que sonreían. —¿Esto forma parte del plan?

—Algo así. Queremos que trabajes para nosotros. En cada edificio que hacemos contratamos una empresa local para hacer la publicidad de los pisos. Donde trabajas ahora te contrataron porque nosotros les hemos dado mucho trabajo, pero ahora ya sabes de que va y puedes llevar tú sola el departamento en nuestra empresa.

Les miró asombrada. —¿Llevar el departamento?

—No te emociones, que de momento estarás tú sola con un ayudante. Pero elegirás los diseños que nosotros aprobaremos después, claro. Y tendrás un sueldo mucho mejor. ¿Qué te parece?

Chilló de la alegría abrazándola. —Gracias, no voy a defraudaros. —Se apartó y le dio un beso a Kenneth en los labios.

—Oye maja, no te emociones tanto —dijo Ivy mosqueada.

—Ha sido un besito de amigos.

—Yo a mis amigos no les voy dando besos en los morros.

Asombrada miró a Kenneth que se encogió de hombros. —No sabes cómo mira a las enfermeras. Parece que va a tirarse sobre ellas en cualquier momento.

—¿Tienes las hormonas alteradas?

—¡Vete a trabajar!

—Uy, que esta va a controlarme más que la otra.

—¡Claro que sí! Espabila que necesitamos la publicidad de Dubái cuanto antes.

—¿Quién me envía las fotos? —La miraron como si fuera tonta y asombrada chilló —¿Voy yo?

—Claro.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Me voy a Dubái.

—A trabajar.

—A trabajar, pero me voy a Dubái.

—Tienes tres días. Suficiente para que hagas las fotos y vuelvas.

—Cuatro.

Se cruzó de brazos y Sue jadeó. —¡Venga ya! ¡Seguramente no volveré nunca!

—Vale, cuatro. Habla con tu secretaria para que cambie el billete de vuelta.

—¡Tengo secretaria!

—Pero te advierto que no seré tan blanda la próxima vez.

—¿Y la próxima vez a dónde será?

—Houston.

—Bah, eso lo conozco bien —dijo antes de salir a toda pastilla y la oyeron gritar en el pasillo —. ¡Me voy a Dubái!

Ambos rieron y ella cerró la puerta. Suspirando se volvió. —Lo hará bien.

—Se dejará la piel para no defraudarnos.

Sonrió. —¿Llamamos a Ted para que venga por la tarde y le tanteamos?

Kenneth entrecerró los ojos. —Sí, puede que lo del trabajo de Sue le ponga de buen humor.

—¿Dubái? Joder, ¿no podíais haberla enviado más cerca?

—¿Y qué más da si en cuatro días estará aquí de nuevo? —preguntó pasmada.

—¿Será que nos casamos en tres meses? ¡Quedan cosas por hacer!

Pues no estaba de muy buen humor. Miró de reojo a Kenneth que dijo —¿Y esa organizadora que tenéis qué hace?

—Eso. —Ambos le miraron.

—¿Qué hace? ¡Nada! Pregunta, ¿y esto cómo lo queréis? ¿Y esto qué os parece? ¡Al final siempre tenemos que ir a los sitios para verlo todo y elegir!

—Uy cielo, entonces para eso me encargo yo que valen una pasta.

Kenneth asintió. —Sí, nena. Tú la harás estupendamente.

—Había pensado en septiembre. Entonces ya habré recuperado la figura.

—Perfecto.

Sonrió radiante antes de mirar a Ted que parecía a punto de soltar cuatro gritos. —¿Acaso no quieres que tu mujer se realice como persona y sea independiente? ¿Que le satisfaga su trabajo y que sea más feliz? —Como para que dijera que no. Le iba a poner verde.

Ted se sonrojó. —Sí, claro que quiero que sea feliz y todo eso.

—¿Entonces?

—Mis suegros vienen pasado mañana para que les conozca. ¡Tengo que conocerles yo solo!

Mierda. Forzó una sonrisa. —Ya podía habérnoslo dicho, ¿no? Cielo, que en serio se toma su trabajo.

—Sí, nena —dijo Kenneth asintiendo—. Toda una adquisición.

—Te lo dije. Y nos ahorrará pasta.

Encantada miró a Ted y chasqueó la lengua. —No pongas esa cara. Tampoco es para tanto.

—Ah, ¿no? Se van a quedar hasta la boda. ¡Tendré que convivir con dos desconocidos hasta que aparezca mi novia!

—Así os conocéis más rápido.

Kenneth rio por lo bajo. —Nena, yo también estaría de los nervios.

—Mis padres te adoran y eso que ni siquiera les conoces. —Miró a Ted. —Cuando trajeron a su madre, por prudencia se quedaron fuera, ¿recuerdas? Pues no se fueron hasta que tuvieron que llevarse a mi suegra a casa.

—Tengo unos suegros que no me los merezco —dijo Kenneth—. Y seguro que los tuyos son igual, amigo. Sue es muy maja y seguro que sus padres también lo son.

—Cuando su padre se enteró de que Sue había sufrido acoso, me preguntó a gritos que dónde rayos estaba yo. —Les miró asombrado. —¡Ni siquiera la conocía! —Se echaron a reír. —Sí, reíros, pero sé de sobra que ya no me traga.

—Lo importante es que Sue te quiera y te quiere con locura. Cuando vean lo bien que estáis juntos todo irá sobre ruedas —dijo ella.

—Me responsabiliza de que ese mamón se escapara —dijo molesto—. Lo sé. ¿Por qué no le pegaste un tiro entre ceja y ceja? —dijo con voz grave—. En Texas no dejamos que cabrones

como ese campen a sus anchas. Les damos su merecido. Pero claro tú eres de Nueva York —dijo como si estuviera asqueado—. Ya se lo dije a mi Sue, que buscara un buen texano que la cuidara y se queda contigo. Pues si tú eres de lo mejor que hay por ahí estamos apañados.

Se echaron a reír a carcajadas. —Sí, reíros, ¡pero tendré que convivir con ese hombre!

—Así le demostrarás de la pasta que estás hecho.

En silencio se sentó en la cama y no pudo disimular lo preocupado que estaba.

—Amigo, estás exagerando. ¿Tratas con los delincuentes más peligrosos de la ciudad y no puedes con tu suegro? Comerá de tu mano en menos de una hora.

—Es que tiene razón, joder, y eso es lo que me revuelve las tripas.

A Ivy se le cortó el aliento mirando a Kenneth a los ojos. —Así que piensas que tiene razón.

—Si hubiéramos hecho algo antes, Kenneth no estaría aquí tumbado. Pienso en esa mujer de Maryland. He leído el informe. Ya ni salía de su casa por el miedo que le producía.

—Por eso entró él.

—Exacto. Y pensar que puede salir dentro de unos años cuando menos nos lo esperemos…

—Cuando tengamos niños —dijo ella aportando su granito de arena.

—Pienso en ese cabrón poniéndole una mano encima a mis hijos y me pongo de una mala hostia…

—Todavía estamos a tiempo —dijo Kenneth como si nada.

—¿A tiempo de qué?

—A tiempo de remediarlo y que no vuelva a hacer daño a nadie más.

—¿Más planes? El último os salió de perlas.

—¿Querías que dejara que mi mujer acabara en el hospital o algo peor?

—No, joder. Pero espero que este plan esté mejor atado que el anterior.

—Tranquilo, que lo he pensado mucho —dijo ella—. Y si nos ayudas saldrá perfecto.

Capítulo 11

El día del comienzo del juicio como tenían previsto Kenneth entró por urgencias con un fuerte dolor de cabeza. Como suponían le ingresaron de inmediato para que le reconociera neurología. Ella no le acompañó porque tenía que ir al juzgado como testigo y Sue también. Ya lo tenían todo preparado. La vieja ranchera que habían comprado con un nombre falso por internet estaba en una de las calles laterales. La tarde anterior los chicos habían colocado el explosivo en la pared que daba a la garita y estaba esperando a ser detonado. Todo iría sobre ruedas con la colaboración de Ted, que ahora estaba de lo más entregado.

Sentadas en unas sillas ante la sala en donde se celebraría el juicio se quedaron pasmadas al ver que Victoria estaba allí ese día y al verla pasar ante ellas vestida de calle se miraron con los ojos como platos. Ivy susurró —¿Qué hace esa aquí?

—Ni idea. Igual sabía que era él quien le tocaba las narices y viene a cotillear porque mi chico no la ha citado.

Eso no le gustaba nada. Tener un cabo suelto a esas alturas no le gustaba un pelo. —A ella tampoco pudo hacerle tanto. No hubo tiempo.

—Lo sé —dijo Sue mirándola de reojo—. Uy, que se acerca…

Victoria les sonrió. —Disculpa… —le dijo a Sue—. ¿Te conozco?

—Pues no caigo —dijo forzando una sonrisa.

Miró a una y luego a la otra. —¿Sois testigos?

—¿Quién lo pregunta? Si eres periodista…

—Soy policía. —Sacó su placa del bolso.

—Entonces ya sabe quiénes somos —dijo Sue—. Seguro que ha leído los informes.

Apretó los labios. —Sí, los he leído. —Se sentó al lado de Ivy sorprendiéndola. —Mira, lo que os voy a contar no se lo he dicho a nadie, pero si os ayuda en el juicio mejor.

Miró a su amiga de reojo antes de volver la cabeza hacia ella. —Continúa.

—Hace unos meses le tomé declaración cuando casi le disparas, ¿sabes? Se puso chulo y tuve que cerrarle la boca, lo que a él no le gustó un pelo. Me di cuenta enseguida. Cuando salí de comisaría al día siguiente me había rajado la rueda del coche. —Ivy iba a decir algo. —Sí, sé que eso no os ayudará en nada con lo que os ha hecho a vosotras. Pero como me tocó las narices revisé las imágenes desde que salió de la comisaría el día de su declaración, porque tuvo que esperar a que saliera para saber cuál era mi coche. —Ivy separó los labios entendiendo lo que quería decir. —Y allí estaba. Se largó cuando yo me fui y se subió a un taxi del que se veía perfectamente la matrícula. El taxista me dijo que le había pedido que le llevara a una de esas naves llenas de trasteros de Queens. —Sacó un papel con la dirección y se lo entregó a Ivy. —He ido a husmear porque ese cerdo estaba en busca y captura, por si estaba allí. Pero hice vigilancia y nada. No he abierto el candado del trastero por miedo a que digan que destruí pruebas. Ahí hay algo, os lo digo yo. Sigue pagando ese trastero a través de transferencia bancaria todos los meses.

—¿Por qué no se lo has dado al que lleva el caso en la policía?

—¿Sabes lo duro que es ser policía en esta ciudad y más siendo mujer? Si mis compañeros se enteran de que por una rueda pinchada me puse a investigar, me pondrán verde. No se lo dije a nadie, ni siquiera denuncié el asunto. No podía demostrar que había sido él, aunque lo sabía de sobra por esa mirada. Dirán que soy una paranoica o lo que es peor, una cagada.

—Entiendo.

—Os lo doy a vosotras porque aún queda juicio y podéis investigarlo. Pero os lo advierto, son muy tocapelotas con lo de las pruebas, así que no la caguéis.

—Mi novio es abogado.

Victoria asintió levantándose e Ivy dijo —Gracias.

—Solo espero que le metan muchos años en prisión. Lo que os hizo me pone los pelos de punta y lo que le hizo a tu novio…

—Se pondrá bien, ¿sabes?

Victoria sonrió. —Me alegro mucho. Ahora tengo que irme. Entro a trabajar en una hora.

—Gracias.

Le guiñó un ojo antes de alejarse y las amigas se miraron. —Haya lo que haya allí no cambia nada —dijo Ivy.

—Pero si hay algo de sus víctimas… Puede ser. En su casa no había nada cuando la registraron.

—No podemos retrasarlo más, hoy tiene que ser el día. —Se mordió el labio inferior. —No podemos hacerlo de nuevo, es nuestra única oportunidad. Además, ¿cómo se supone que hemos encontrado esto? Sería raro, ¿no?

—No a no ser que él nos abra ese candado —dijo cogiendo el papel de su mano.

Se le cortó el aliento. —¿Pero qué dices? Eso nos expondrá totalmente. No pienso dejar que me joda más la vida y acabar en la cárcel por sacarle de aquí.

Sue suspiró como si eso no le gustara un pelo. —Tengo la sensación de que nos equivocamos. Victoria está muy segura de que ahí hay algo. Igual es suficiente para que nunca salga de la cárcel.

—Después de ver como mi hombre casi se muere por su culpa, te aseguro que no pienso arriesgarme. ¿Y si hubiera sido Ted?

Su amiga se tensó. —No te enfades, es que tengo dudas.

—Pues no es momento de tener dudas. ¿Estás conmigo o no?

—Sabes que sí.

—Pues vamos a ello. —Sacó su móvil y llamó a Kenneth. —Ya estamos listos.

—Muy bien, empezamos.

Colgó el teléfono. Ivy se tocó el costado haciendo un gesto de dolor que a Sue no le pasó desapercibido. —No fastidies.

—Mira, al final estaremos en el hospital en el momento adecuado.

—Mierda.

En ese momento sonaron las alarmas y se levantaron. Un agente de seguridad gritó —¡Evacuen el edificio! ¡Salgan por las puertas de emergencia!

—¿Puertas de emergencia? Eso no lo habíamos previsto —dijo Sue.

—Vayamos a la principal. —Cogió su mano y tiró de ella.

Bajaron las escaleras y Sue dijo —Vamos cielo, llama…

—Todavía no estás en el coche.

—Él tampoco en el furgón. Tranquila, llegaremos a tiempo.

Salieron por la puerta principal y el teléfono de Sue empezó a sonar. Descolgó de inmediato.

—Ya está.

—¿Estás a salvo?

—Sí, cuando queráis.

Colgó y llegaron a la esquina donde había una papelera. Ivy se apoyó en ella para hacer que le dolía el vientre y pulsó el botón del detonador que estaba escondido detrás. La explosión

las sobresaltó y miraron hacia allí. —A ver si nos pasamos —dijo Sue impresionada viendo como parte del humo salía por la rejilla del metro.

—Corre no tardarán en salir.

Sue echó a correr como tantos otros e Ivy arrancó el detonador antes de meterlo en su bolso. Se tocó el costado y alguien la cogió por la cintura. Sorprendida vio que era Victoria. —¿Estás bien?

—¿Tú no te ibas?

—Un compañero me entretuvo. ¿Estás de parto?

—No, qué va. —Sus zapatos se mojaron y Victoria levantó una ceja. —Vaya, me he meado, pasa mucho.

—Necesitas ir al hospital. —Miró a su alrededor. —Dios, esto es un caos.

Se escucharon las sirenas y varios policías se acercaban corriendo de una comisaría cercana. —Ahí llega la caballería.

—Que bien.

—¿Y tu amiga?

—La he perdido cuando corríamos. Ha debido salir por otra puerta.

—Tranquila, no me separaré de ti.

Eso se temía.

—Seguramente mucha gente necesita ayuda, estoy bien.

—Ya está aquí la ayuda.

En ese momento vio como se abrían dos persianas automáticas que daban a los garajes del costado del edificio. Aparecieron los morros de dos furgones. Sue no sabría en cual de los dos iba Carl. —Mierda.

—¿Te duele mucho?

—No, qué va. Pero he estropeado unos zapatos que me costaron quinientos pavos.

Victoria reprimió la risa. —Mira, allí viene una ambulancia.

—Seguro que la necesitan para algo más importante que esto.

Entonces vio llegar a Sue a toda velocidad girando la esquina del final de la calle. Miró hacia el otro lado de la avenida por donde venían un montón de coches de policías ambulancias y dos camiones de bomberos. Sue aceleró a tope y Victoria miró hacia allí. —Tu amiga va en dirección contraria.

—¡Oh, ha perdido el control! —chilló volviéndose para verla subirse a la acera. Y para su pasmo aceleró haciendo gritar a los que estaban en medio que eran un montón.

Gimió cerrando los ojos y escuchó el impacto. Menuda leche. Abrió un ojo preguntando —¿Ha matado a alguien? ¿Ha matado a alguien? —Se llevó la mano al pecho. —¿Se ha matado ella? —gritó horrorizada al ver que la camioneta había quedado empotrada entre los dos furgones —. ¡Ay madre, que se ha matado y se casa en poco más de dos meses!

—Tranquila, espera aquí. —Corrió hacia ellos, pero Ted llegó en ese momento abriendo la puerta del conductor.

—¡Ese es su novio!

—¡No la toque! —gritó Victoria—. Ha sido un gran impacto —dijo acercándose—. Hay que tener cuidado, no la mueva. —Miró hacia los que salían del furgón. —¿Todo bien?

—¿Qué coño? ¿Está borracha?

—Su amiga está de parto y se ha puesto nerviosa con la explosión.

—¡Necesito ir a un hospital! —gritó alguien desde dentro de uno de los furgones.

—Estoy bien —dijo Sue. En ese momento llegaron dos sanitarios—. ¡Mi amiga está de parto! ¡Atiéndanla a ella!

—Os atenderán a las dos —dijo Victoria con tranquilidad.

Sacaron a Sue del coche y Ted se acercó a Ivy para decir por lo bajo —Van a sacarlos de los furgones.

—No puede vernos —dijo pálida de los nervios.

—Joder dense prisa, ¿no ve que le duele?

Sue asombrada miró a su novio que la instó con la mirada. —¡Sí! ¡Me duele muchísimo!

—¿El qué? —preguntó el doctor.

—¡Todo! ¡Me duele todo!

Victoria frunció el entrecejo mientras Ted decía —Rápido, rápido, a la ambulancia.

Se llevaron a Sue en una camilla y ella la siguió corriendo mientras se sujetaba el vientre. —Yo también me subo en esta. Así ahorramos una, que la gasolina está muy cara. Ted ayúdame a subir.

—¡Vamos, vamos, puede tener una hemorragia interna! —dijo el doctor.

—¿Qué ha dicho? —gritó Ted espantado empujando a Ivy de las axilas y ella se consiguió arrodillar en la ambulancia hasta sentarse en el suelo.

Cuando él iba a subir el sanitario dijo —Aquí no cabe nadie más.

—¡Es mi prometida!

—Lo siento, búsquese la vida.

Victoria jadeó. —Tranquilo, te llevo yo.

—¡No! —dijeron las dos antes de que cerraran las puertas.

—Mierda. —Ivy golpeó su cabeza contra la pared de la ambulancia. —¿Estás bien?

—Sí, tranquila. —Intentó elevar la cabeza, pero no pudo con el collarín. —¿Y tú?

—Hostia, esto duele un huevo. —Gimió tocándose el costado.

—Ya, eso me han dicho. —Sue golpeó al sanitario en el brazo. —¿No ve que sufre,

hombre?

El médico se agachó a su lado—¿Sabes cada cuánto las tienes?

—No he podido contarlo como comprenderá.

—Sí, un día movidito, ¿eh?

—Y acabo de empezar.

Él sonrió. —Enseguida llegamos y te monitorizarán.

—Gracias. —Sacó su móvil. —Tengo que llamar a mi novio.

—Sí, por supuesto.

—Tensión bien, Harry —dijo el otro sanitario.

—Perfecto. —Se acercó a Sue. —Es normal que te duelan los golpes, pero la tensión está bien y eso indica que no hay hemorragias internas.

—Es un alivio.

Se puso el teléfono al oído. —Nena, ¿qué pasa? No me has llamado.

—Vamos hacia el hospital, todo está bien.

—¿Todo ha ido bien?

—Perfecto excepto porque estoy de parto.

—¿Qué? —gritó haciendo que quitara el teléfono del oído—. ¿Cómo de parto? ¿Ahora?

Suspiró escuchando de nuevo. —Sí, cielo… Ahora.

—Joder, ¿pero todo va bien?

—De fábula, vamos en la ambulancia, así que estoy controlada. Hablaremos cuando llegue. Tú no te muevas de la habitación hasta que te avise. —Colgó el teléfono y forzó una sonrisa a los sanitarios que lo habían escuchado todo. —Está ingresado, el pobrecito.

—¿De veras?

—Estuvo en coma, ¿saben? —dijo Sue Ellen—. Y se ha despertado.

—Menuda alegría. —El sanitario se agachó ante ella. —Una situación muy estresante para ti, ¿seguro que estás bien?

—Sí, gracias.

La ambulancia se detuvo y la puerta se abrió de golpe mostrando a tres sanitarios con batas de papel. —¿Qué tenemos?

—Mujer de parto y accidente de tráfico.

—Un completo. Jeff con la embarazada. Bill y yo con la accidentada.

Un hombre se acercó a ella. —Déjeme que la ayude a bajar.

—Gracias, doctor…

—Patterson. ¿De cuánto estás?

De repente apareció una chica con una silla de ruedas e Ivy se sentó poniendo el bolso encima de las rodillas. —De treinta y tres semanas.

—Vaya, se ha adelantado un poco.

—Son gemelos. Mi doctora dijo que nacerían en mayo, pero que era probable que se adelantara —respondió mientras él empujaba su silla.

—Veremos cómo va todo, ¿de acuerdo? ¿Cómo te llamas?

—Ivy, Ivy Hostner. —Miró hacia atrás. —Mi amiga…

—Estará bien, ya verás como sí. Ahora tienes que preocuparte por ti. —La metió en un box y le dijo a una enfermera —Ayúdame a subirla a la camilla.

—Puedo yo —dijo levantándose de la silla.

—Perfecto. Pues te quitas la ropa que vengo enseguida. Ahí tienes una bata.

—Bien.

—¿Seguro que no necesita ayuda? —preguntó la enfermera.

—No, estoy bien.

Salieron cerrando la cortina y suspiró. Miró a su alrededor y vio una papelera. Dejó el bolso sobre la mesa y lo abrió para sacar el detonador. Lo abrió por la mitad sacando la pila y al ver un rollo de papel arrancó varias hojas para envolverlo en él antes de tirarlo en la papelera. Se quitó el vestido a toda prisa y la ropa interior antes de ponerse la bata. Se subió a la camilla y esperó. Preocupada miró hacia la papelera, pero era imposible que alguien lo viera desde allí. —Tranquila Ivy, eso es lo de menos. Lo gordo será explicar por qué Sue conducía un coche que no estaba a su nombre. —Hizo una mueca. —¿Ted? Vas a tener que ponerte a trabajar porque lo ha robado. Claro, se asustó cuando vio que estaba de parto. Fue una situación muy estresante. —Contenta con su nuevo plan miró hacia la cortina. Debía decírselo a ella cuanto antes por si le preguntaba la policía. De puntillas fue hasta la cortina y la abrió para ver que varios salían corriendo de urgencias, lo que significaba más ambulancias. Sacó la cabeza y como no la miraba nadie salió corriendo al box de al lado donde vio por la rendija que era una mujer con un brazo roto. Corrió al siguiente y al ver a Sue atendida por varias personas preguntó asombrada —¿Estás bien?

—No puede estar aquí —dijo el doctor.

—Sí ya, pero es que tenía que decirle algo. El coche…

—¿El que robé? —Sonrió a su amiga que le guiñó un ojo. —Sí, llama a mi novio que igual me empapelan por eso. —Miró al doctor. —Pero es que había habido una explosión y mi amiga estaba de parto. Me asusté.

—Lógico —dijo la enfermera.

—Tenía que sacarla de allí. Tanta gente gritando y corriendo de un lado a otro…

Anda, que menudo cuento le echaba. Se volvió para alejarse cuando vio entrar a Carl en una camilla con dos policías detrás. Gritaba agarrándose la pierna como si le doliera mucho.

Tapándose la cara con la mano regresó a su box y cerró la cortina. Gimió de dolor tocándose el costado. —Esperar un poco, solo un poco. —Vio por la rendija como pasaban su camilla ante su box y escuchó los gritos justo a su lado. Sonrió maliciosa. —No puede ser. —Fue hasta su bolso y lo abrió sacando su móvil para llamar a Kenneth. Frunció el ceño cuando no se lo cogió. —Pero… —Volvió a llamar a toda prisa. —Venga, venga…

—Nosotros esperaremos aquí —dijo un hombre. Se acercó a la cortina y vio que los dos policías se quedaban ante su box—. Tranquilo doctor, está esposado.

Se mordió el labio inferior sentándose en la camilla. Llamó a Kenneth de nuevo, pero seguía sin cogerlo. ¿Le llevarían a hacer alguna prueba? Mierda. No habían contado con la policía que le acompañaría. Dios, ¿y si habían hecho todo eso para nada? No, para nada no. Ella estaba allí, a su lado. A solo unos pasos. Vio unas jeringuillas sobre un recipiente de acero y alargó la mano para coger una y metérsela en el bolso. En ese momento se abrió la cortina y entró el médico. —Te van a trasladar a maternidad. Están llegando muchas ambulancias y necesitamos el espacio. —Parpadeó sin poder creérselo. —Allí te cuidarán muy bien, ya verás.

—Pero…

La hicieron sentarse en una silla de ruedas. No sabía qué excusa poner para negarse porque sonaría raro, muy raro. La empujaron fuera del box y la llevaron hacia los ascensores. Cuando se abrieron las puertas salieron un par de médicos y la metieron en el ascensor. Sintió unas ganas terribles de gritar de la impotencia, cuando la manera de caminar de un médico le llamó la atención. Pasó entre los policías para entrar en el box que antes había ocupado ella. Se le cortó el aliento por su perfil, era Kenneth. Mientras se cerraban las puertas se llevó la mano al pecho sintiendo que su corazón se aceleraba y la recorrió el miedo. Un miedo terrible a que le sucediera algo. Gimió porque ahora ya no había marcha atrás.

—Enseguida la atienden.

—¡Sí, eso ya me lo han dicho antes! —Se apretó el vientre por el dolor que la recorrió. —

¡Deprisa, leche!

—Sí, sí… —El celador salió del ascensor pitando y le dijo a una enfermera que estaba tras una recepción —Está de parto.

—¿Datos del seguro? —Ivy levantó la vista mirándola como si quisiera cargársela. —Eso podemos hacerlo después.

—¡Quiero que me vea un médico ya!

—¿Quiere que llame a alguien?

—¿Y a quién va a llamar? —preguntó alterada—. ¡Si ya están todos aquí! —Abrió los ojos como platos. —Uy, mis padres y mi suegra. ¡Ya llamo yo, que venga alguien!

A toda prisa sacó su teléfono del bolso y vio que tenía un mensaje de Sue. Lo abrió frenética. —*"Ted está en la sala de espera con Victoria que no se separa de él."*

Lo que le faltaba por oír. Escribió a toda prisa. —"*Que se deshaga de ella. Estoy en maternidad."*

—"*¿Qué haces ahí?"*

—"*¿Tú qué crees? Parir."*

Como no contestó supuso que no podía hacerlo y cuando levantó la vista se sobresaltó al ver allí a Victoria. —Oh, ¿Ted ya ha llegado?

Ella sonrió. —Sí, está muy nervioso. He preguntado a una enfermera y me han dicho que estabas aquí.

—¡Sí, pero no me atienden!

En ese momento llegó una doctora. —¿Siguiente?

—¡Yo! —exclamó mosqueada—. ¿No es evidente con el bombo que tengo y sentada en bata en una silla de ruedas?

Esta levantó una ceja. —Uy, que estamos de mal humor.

—¿Encima cachondeo? Voy a llamar a mi tocóloga.

La doctora empujó su silla de ruedas y la metió en una habitación mientras ella se ponía el teléfono al oído. —¿La doctora Del Río? Soy Ivy Hostner y estoy de parto. ¿Y yo qué sé cada cuanto las tengo?

—Eso lo averiguaremos ahora —dijo la que estaba tras ella—. ¿Te tumbas o te tumbo?

Gruñó levantándose y se sentó en la camilla. —Vuelta para arriba, vuelta para abajo. —En cuanto se tumbó se puso el teléfono al oído. —¡Muy seguidas! Estoy en el Lower Presbyterian —dijo antes de colgar. Al mirar hacia la puerta allí estaba Victoria. Nada, que no se libraba de ella.

—¿Necesitas algo?

Forzó una sonrisa. —No, gracias. Eres muy amable.

—No es nada. Bueno, yo me voy. —Al fin. —Espero que todo salga bien.

—Gracias de nuevo.

Sonrió antes de alejarse cerrando la puerta e Ivy suspiró del alivio. La puerta se abrió de nuevo sobresaltándola y entró una enfermera con unas bandas de plástico en la mano. —Estupendo, vamos a ver cómo va ese niño.

—Niños, son dos.

—¡Pues mucho mejor! —dijo tan contenta.

Mientras le ponían los sensores alrededor de su vientre llamó a sus padres que se pusieron histéricos y dijeron que ellos recogerían a su suegra de camino. Suspiró colgando y entonces frunció el ceño mirando su barriga. —¿No deberían hacerme primero una ecografía para ver si están en posición?

—La haremos ahora —dijo la doctora mirando un gráfico que salía de la máquina y así estuvo durante varios minutos. —Estás muy nerviosa, Ivy. Voy a ponerte algo para que te

relajes, este estrés no es bueno para los niños.

Se sonrojó. —¿Pero están bien?

—Su latido es estable y todo parece ir bien. No quiero que te estreses más, ¿de acuerdo? Todo irá sobre ruedas. —Apretó su antebrazo y eso le dio tranquilidad.

Sin poder evitarlo se emocionó cuando ella había sido tan borde. —Siento mi comportamiento.

—No pasa nada, es normal que te asustes. ¿Tenemos al padre por aquí?

Uy, ¿y ahora qué decía? —No quiero molestarle, acaba de salir de un coma, ¿sabe?

—Entiendo —dijo ella achacando su estrés a la situación de su pareja—. No pasa nada, tus padres llegarán enseguida y te acompañarán.

—Sí… —Se mordió el labio inferior. ¿Qué estaría pasando ahí abajo? El miedo volvió con fuerza, pero una contracción la hizo olvidarse de todo excepto del dolor.

—Ahí está la primera, ahora a ver cuando llega la siguiente. Mientras tanto abre las piernas, quiero ver cuánto has dilatado. —Unos segundos después mirando entre sus piernas dijo —Esto va para largo. —Se enderezó y le dijo a la enfermera —Esperemos a la siguiente contracción y prepárala para la eco.

—Sí, doctora.

—Ivy te dejo en manos de Cami. La mejor enfermera de toda la planta. Tengo que ver a otra paciente y vuelvo enseguida. No te preocupes, ¿vale? Todo está bajo control.

El sonido de la alarma de incendios la sobresaltó. —Mierda —dijo la doctora antes de salir al pasillo.

—¿Y ahora qué pasa? —gritó Ivy poniéndose aún más nerviosa.

—¡Un sedante, Cami!

La enfermera corrió fuera de la habitación y cuando se quedó sola no sabía qué hacer. —

Mierda —siseó sentándose en la cama.

—¡Cómo vamos a evacuar! ¡Hay cuatro mujeres de parto y gente en quirófano! —escuchó que decía alguien a gritos.

—Ay, la leche… —Estiró el cuello hacia la puerta. —Oigan, ¿voy bajando?

En ese momento entró Kenneth en la habitación vestido con ropa de calle. —¿Qué haces aquí?

—Nena, ha habido un problema.

—¿Aparte de que estoy de parto? —Agarró su antebrazo. —¿Qué ha pasado?

—¡Qué se ha largado!

Dejó caer la mandíbula del asombro. ¿Cómo que se ha largado?

—He intentado pillarle, pero los médicos no se apartaban de él. Le envié un mensaje a Sue para que montara un numerito y le dejaron solo, pero con las cortinas abiertas así que me vería la policía. Salí del box y les grité que hicieran algo para contener a tu amiga y cuando miré hacia su camilla ya no estaba.

—¿Me estás metiendo una trola? —preguntó pasmada—. Si estaba esposado a la camilla.

—Pues o es Houdini o no lo entiendo —dijo furioso.

—¿La alarma es cosa vuestra?

—No. Al menos no es cosa mía. Creen que ha sido él para escapar del hospital sin ser visto.

—Estupendo. —Dejó caer los hombros. —Así que Sue será acusada de robo por la camioneta y para nada.

La enfermera entró en la habitación con dos vasos de plástico en la mano. —Ivy, no pasa nada. Al parecer algún gracioso ha tocado la alarma de incendios.

—¿No me diga? —Cogió el vasito y se tomó la pastilla antes de beber del otro. —

Gracias.

—Ahora te encontrarás mejor —dijo mirando de reojo a Kenneth.

—Es mi novio.

—Prometido. ¿Cómo van mis chicos?

—¿El del coma? —preguntó pasmada mirándole de arriba abajo—. Pues sí que se ha recuperado bien.

Ivy le espetó —¿Qué mira?

—Nena…

—Porque es todo mío, ¿sabe?

La enfermera se sonrojó. —Sí, por supuesto.

—Lo suyo le ha costado porque durante un año no le hice ni caso.

La cara de la mujer dijo que había que estar loca para no hacerle caso a ese pedazo de hombre. —¿Cree que estoy loca?

—Mejor me voy a dar una vuelta…

—¿Se va? ¿Y quién vigila ese chisme?

—Nena, estás muy alterada —dijo Kenneth preocupado.

—¿No me digas? —Se llevó la mano al vientre con un gesto de dolor que le alarmó y su novio salió gritando que fuera alguien.

La doctora entró corriendo. —¿Qué ocurre? ¿Otra contracción? —Se acercó a la máquina. —Siete minutos. —Apretó los labios y le dijo a la enfermera —Una eco, rápido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kenneth.

Miró hacia él. —¿Este es el del coma?

—¡Sí, soy el del coma! ¿Por qué todo el mundo pregunta lo mismo? ¿Y dónde está su

doctora?

—Estará al llegar, tranquilo. ¿Usted también necesita un sedante? No es bueno tanto estrés después de lo que le ha pasado.

—¿Cariño? —preguntó cada segundo más asustada—. ¿Te puede pasar de nuevo?

—Yo no he dicho eso, pero…

—Deje de preocuparla —siseó Kenneth cogiendo su mano —. Nena, estoy bien.

—¿De veras? —De repente sollozó. —No podría pasar por eso de nuevo.

—Lo sé. —Fulminó a la médico con la mirada. —¡Estoy bien, ahora quiero saber cómo están mi mujer y mis hijos!

—Vamos a hacer una cesárea de urgencia.

Dejaron caer la mandíbula del asombro y esta hizo una mueca. —Tiene las contracciones muy seguidas y no ha dilatado prácticamente nada. En cuanto haga una eco…

En ese momento llegó Sue tan pancha. —¿Qué? ¿Cómo va todo?

—¿Pero qué haces tú aquí? —preguntó Kenneth alterado.

—Me han dado el alta. Un sedante y hala, a la calle. —Se encogió de hombros sonriendo como una tonta. —Y esto es la leche, deberíais probarlo.

—¿Y Ted? —preguntó Ivy.

—Uy, que me lo he dejado abajo. Ahora le llamo.

—Como decía… —dijo la doctora mirando a Sue de reojo—. No quiero arriesgarme a que sufran los fetos. Así que una cesárea y listo.

—Uy… Que cicatriz te va a quedar… —dijo Sue poniéndose el teléfono al oído—. ¿Cariño? Estoy en maternidad. No, no me han trasladado aquí. Pobrecito no te enteras de nada, la que se ha montado porque se ha escapado el preso. —Hizo, un gesto de dolor apartando el teléfono y esperó dos segundos antes de acercárselo para susurrar —¿Qué quieres que te diga?

Kenneth es un inútil.

Ivy jadeó indignada antes de decirle a Kenneth —Cielo, no le hagas ni caso. No ha sido culpa tuya.

Este gruñó mirando a la doctora. —¿Es lo más seguro para ellos?

—Sí. —Estiró el cuello hacia Sue. —Oiga, tiene que esperar fuera.

Sue apartó el teléfono mirándola asombrada. —¿Por qué? Soy su mejor amiga.

—Me importa un pito. ¡A la sala de espera! ¡Cami la eco!

—Sí, ya voy —dijo la mujer empezando a quitar los sensores de su barriga.

La doctora fue hasta la puerta diciendo para sí —Mira que no me altero nunca, pero estos me estresan.

Kenneth cogió su mano como si no quisiera soltarla e Ivy forzó una sonrisa. —Todo irá bien.

—Bueno, nada ha ido bien, así que es lógico que no las tenga todas consigo. —Los tres miraron a Sue asombrados. —¿Qué? ¿He dicho algo malo?

La doctora regresó con unos guantes puestos y al ver que Sue seguía allí preguntó —Oye maja, ¿no me has oído?

—Sí, el sedante no es tan fuerte como para no oírte, maja —dijo con chulería—. No me he quedado en coma. —De repente se echó a reír. —Para coma el de ese.

—La estrangulo.

—Contente, ¿no ves que está drogada?

La doctora ni corta ni perezosa la cogió por el brazo, la sacó al pasillo y cerró de un portazo. De repente escucharon —Cariño, me han echado.

—¿Estás drogada?

—Esto es la leche.

Ambos suspiraron. —Está ahí Ted y la controlará —dijo Ivy forzando una sonrisa—. Sobre la cirugía… ¿Me quedará mucha cicatriz?

—Nena, eso no importa.

—Podrás ponerte bikini y ni se notará —dijo cogiendo el ecógrafo. La enfermera echó el gel y se sobresaltó por lo frío que estaba.

Kenneth se preocupó. —¿Estás bien?

—Sí, eso es normal. —Apretó su mano y le miró al rostro mientras inquieto miraba la pantalla. —¿Les ves? —Kenneth separó los labios de la impresión y ella sonrió. —Es su primera ecografía.

—Y la última de momento porque con la cesárea te recomiendo no quedarte embarazada en dos años. —La doctora movió el ecógrafo antes de pulsar un botón del teclado. —Aquí les tenemos. El niño está dispuesto a salir.

Soltó una risita. —Ken es el más inquieto.

La doctora sonrió mirando la pantalla, pero perdió la sonrisa poco a poco. —Cami que preparen el quirófano.

—Enseguida. —La enfermera salió corriendo y eso la asustó, la asustó muchísimo.

—Pasa algo, ¿verdad? —preguntó Kenneth.

—No quiero que os alarméis, ¿vale? Pero veo que los pulmones de la pequeña no se han desarrollado como deberían. Es evidente que los dos bebés no se han desarrollado de la misma manera.

—¿Qué? Si en la última ecografía todo iba bien. ¡Los pulmones estaban bien!

—Igual estaba en mala posición y no se veía claramente, Ivy. No te preocupes. El hospital tiene un increíble equipo de neonatos y estamos alerta siempre para este tipo de problemas. —La miró a los ojos. —Todo va a ir bien.

—¿Me lo jura?

—Nena, hará todo lo posible.

Sollozó llevándose las manos al rostro. —Esto es porque no le pusimos nombre.

—Está muy alterada. Lleva meses con mucha presión y…

—Y ahora esto. Pero te garantizo que en seis meses este estrés será de risa comparado con cuidar dos hijos.

Apartó las manos. —¿Usted cree?

—Tengo gemelos, sé de lo que hablo. Y aún podéis decidir nombre mientras te preparan. Nos vemos en el quirófano.

Miró a Kenneth a los ojos. —Lo siento.

—Eh… No es culpa tuya, no es culpa de nadie, nena. Y se pondrá bien. —Se agachó y besó sus labios. —Y será tan preciosa como tú.

—Y te volverá loco.

—Exactamente igual que tú. —Acarició su mejilla con el dorso de sus dedos. —¿Qué te parece si la llamamos Kiara? Significa iluminada, brillante... —Los ojos de su madre resplandecieron de la ilusión. —Eso es nena, como el brillo que tienes en esos preciosos ojos azules cuando me miras. Y estoy seguro de que será mucho más intenso cuando veas a nuestros hijos.

—Me gusta. Ken y Kiara.

—Perfectos.

—¿Cómo he tenido tanta suerte contigo?

—¿Con todo lo que te he hecho esperar?

—Esperaría la vida entera.

Él cerró los ojos como si fueran las palabras más hermosas del mundo e Ivy se incorporó

para besar sus labios. —Pero estás aquí, a mi lado.

—Te amo, nena. No lo olvides ahí dentro.

Le miró sorprendida. —¿No entras conmigo?

—Ah, ¿pero puedo entrar? Como no dijo nada.

—Ve a enterarte.

Él salió a toda prisa y de repente entró Sue cerrando la puerta. —¿Qué haces? Kenneth…

—Shusss… —Se acercó e Ivy vio en su mirada que no estaba tan drogada como parecía antes. —Tengo que decirte algo.

—¿Algo?

—Sí, sobre lo que pasó abajo.

Entrecerró los ojos. —¿Qué ocurre? ¿No se ha escapado?

Sue negó con la cabeza. —No te vas a creer esto.

—Dímelo de una vez —susurró. Echó un vistazo a la puerta—. Rápido, me van a hacer la cesárea. ¿Está por el hospital? Dios mío, tengo que avisar a Kenneth.

—No, no es eso.

—¿No es eso? ¡Habla de una vez!

—Se lo ha llevado. Victoria se lo ha llevado.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué dices? Se fue de aquí… Oh Dios mío… Justo después pasó lo de la alarma de incendios.

—Se lo ha llevado a punta de pistola. Han pasado ante mí como si nada, pero la he visto. Ella iba armada y le apuntaba por la espalda. Salieron por la puerta tranquilamente porque muchos corrían temiendo un incendio.

—Le quitó las esposas cuando los policías se alejaron. Claro, ella tenía llave. Y después hizo saltar la alarma de incendios para salir sin llamar la atención.

—Los policías me estaban reteniendo a mí, pero la vi, te lo juro.

—¿Qué crees que se propone?

—¿No es obvio? Ir al almacén alquilado.

—¿Por qué?

—Quiere saber si hay más detrás de todo esto, Ivy. ¿Qué hacemos?

—¿Nosotros? Ya no podemos hacer nada. Y yo menos.

—¿Y si le hace daño?

—¿A Victoria? Es policía.

—Es un cerdo y ha sabido escaquearse de todas sus canalladas durante años. ¿Y si la hiere o la mata?

Ivy sintiendo otra contracción se agarró el vientre y Sue apretó los labios. —Perdona, no es momento de molestarte con esto —dijo antes de salir corriendo.

—¡Sue!

Kenneth entró en ese momento. —¡Detenla, corre!

Él miró hacia el pasillo. —Nena, se ha subido al ascensor. ¿Dónde coño está Ted? —Ivy dejó caer los hombros de la decepción porque no la siguiera. —¡No me mires así, no sé qué ha pasado, pero no pienso moverme de tu lado!

Mirándole a los ojos dijo —Se lo ha llevado Victoria.

—¿Qué? ¿La policía?

—Estaba en el juzgado. Nos dio una dirección de un trastero que Carl tiene alquilado por si nos podía ayudar a aumentar su pena, pero con todo lo que ha pasado seguro que ha pensado que no íbamos a hacer nada y se lo ha llevado.

—Y Sue va a ese trastero.

Ted llevó en ese momento con dos vasos de café. —¿Dónde está Sue? —Miró hacia el

pasillo. —Ahí están vuestros padres.

—Joder…—Kenneth se pasó la mano por el cabello antes de que la mirara a los ojos. —¿Sabes dónde es?

—No me fijé mucho en la dirección. Sé que son unas naves que tienen trasteros en Queens.

—¿De qué habláis?

—Ven conmigo.

Le sacó de la habitación a toda prisa y se escuchó —¡Hijo, ya caminas!

Puso los ojos en blanco dejando caer la cabeza sobre la almohada. De repente se sintió muy cansada. Sus hijos se movieron en su interior mientras escuchaba hablar a los recién llegados fuera y se acarició el vientre. Sus padres asomaron la cabeza. Sonrió con tristeza y su madre se acercó de inmediato para coger su mano. —Todo irá bien.

—¿Te lo ha dicho?

—Me ha contado que hay un problema y que te harán una cesárea.

—Hija ahora son muy comunes —dijo su padre sin poder disimular su preocupación.

—¿Qué? —gritó Ted en el pasillo—. ¡No me jodas!

—¿Qué ocurre? —preguntó su madre.

—Nada, mamá. Cosas de Sue y Ted. —Se miraron a los ojos. —La niña no está bien.

—Afrontaremos lo que venga juntos, como una familia.

Kenneth entró en la habitación con su madre que forzó una sonrisa. —No te preocupes, cielo. Todo irá bien.

Asintió y en ese momento llegó la enfermera con un celador. —Por favor, tienen que esperar en la sala del final del pasillo. La doctora les informará.

Sus padres la besaron. —Serán preciosos como tú —dijo su padre emocionándola.

—Os quiero.

—Y nosotros a ti.

Salieron los tres y Kenneth muy tenso vio como la preparaban para llevársela a quirófano en la misma cama donde estaba tumbada. Tiraron de ella por el pasillo y cuando pasaron unas puertas de acero que se abrieron a su paso la enfermera se acercó a Kenneth. —¿Viene conmigo? Tiene que ponerse un pijama antes de entrar a quirófano.

—Sí, por supuesto. —Se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios. —No llores, nena. En unos minutos estaré contigo y tendremos a los niños con nosotros.

Asintió sin ser capaz de hablar y cuando se alejó se quedó mirando el techo. Sintió que su corazón se aceleraba y ni fue consciente de como la pasaban a una camilla. El miedo se apoderó de ella, un miedo comparable al que sintió cuando casi pierde a Kenneth y sollozó llevándose la mano a los ojos.

—Eh, eh… —dijo la doctora que se acercaba con un pijama verde y un gorro del mismo color cubriéndole el cabello—. ¿A qué vienen esas lágrimas?

—Tengo miedo.

Le indicó al celador que continuara y caminó al lado de su camilla. —Es lógico tener miedo, pero no te dejes dominar por él. —Entraron en el quirófano y algo en su interior se estremeció. Ni se dio cuenta de que empezaba a temblar con fuerza y que pálida no podía dejar de mirar el foco al que se aproximaban. —¿Ivy? —La doctora se acercó a la cabecera y entrando en pánico la cogió por la pechera del pijama sintiendo que le faltaba el aire, su rostro se nubló mientras ella gritaba —¿Te estás mareando? ¡Respira despacio, estás hiperventilando! —Al ver que no respondía juró por lo bajo. —¡John sédala de una vez!

Una mascarilla cubrió su nariz y su boca. Sus ojos se fueron cerrando y agradeció evadirse de todo.

Capítulo 12

Sentada en la cama con la mirada perdida ni veía la cuna de su hijo, al que habían llevado del nido para que le diera de comer. Kenneth preocupado miró a su madre que no se había separado de ella en esos dos días. —Nena, Ken tiene que mamar.

Le miró como si no se hubiera dado cuenta de que el niño estaba allí. —Oh…

Se sentó a su lado. —Preciosa, todo está bien.

Negó con la cabeza. —No, nada va bien. —Le miró a los ojos. —¡No me digas que todo está bien cuando no es así! —gritó en su cara llena de rabia. El niño se puso a llorar y su madre de inmediato fue a cogerle en brazos.

Kenneth la cogió por la nuca. —Se pondrá bien. Los médicos dicen que solo necesita tiempo.

—Esto es culpa mía —dijo rota de dolor—. Tenía que haberle matado cuando tuve la oportunidad.

—Hija, por Dios.

—¡Es la verdad! ¡Ese cabrón merece morir como un perro! —Sollozó. —Por poco la mata. Y Victoria… —Su voz se entrecortó. —Dios mío, es un monstruo. Y las dejé solas.

—¿Quieres pensar antes de hablar? —preguntó Kenneth empezando a enfadarse—. ¡Hiciste lo que pudiste, como todos! ¿Que las dejaste solas? ¡Fueron unas inconscientes y doy gracias a Dios que los niños nacieron ese día porque entonces seguro que hubieras estado con

ellas y a saber lo que hubiera pasado! —Se levantó y se acercó a su madre para coger al niño. —¡Ahora dale de comer a nuestro hijo, joder!

Se quedó de piedra porque no la comprendiera. —Casi mata a Sue a golpes, por poco viola a Victoria y está suelto…

Kenneth apretó los labios. —Ken tiene hambre, él debería ser lo primero para ti.

Perdió todo el color de la cara. —¿Ahora soy mala madre?

—¿Quieres dejar de decir tonterías?

—Tonterías —dijo con rencor—. Claro, ¿cómo vas a entenderlo? Tú jamás sentirás el odio que sentimos nosotras por ese hombre.

—¡Casi me mata y me pasé seis meses en coma, no me digas que no le odio!

Negó con la cabeza. —¡Yo te vi morir! ¡Tú te pasaste seis meses en la inopia mientras yo me encargaba de todo! ¿Y sabes quién estuvo ahí? ¡Sue! ¡Siempre estuvo a mi lado! ¡He sufrido mil veces más que tú, así que ni se te ocurra compararte conmigo!

El bebé de repente vomitó algo de leche sobre la solapa de su traje, pero Kenneth sin darse cuenta miró a su madre. —Sara por favor, ¿puedes coger al niño? No puedo con esto.

—¿No puedes con esto? —gritó furiosa—. ¡Pues lárgate! ¡No tenía que haber vuelto de Australia! ¡No tenía que haber dejado que me manipularas! ¡Ahí demostraste lo egoísta que eres!

Le dio el niño a su madre y se fue de la habitación sin mirar atrás. —¡Eso! ¡Lárgate! —Cuando la puerta se cerró sintió un nudo en la garganta que la hizo sollozar.

—Cielo, ¿qué has hecho?

Intentó reponerse y se pasó las manos por las mejillas para borrar las lágrimas. —Dame al niño, tiene que comer.

De noche miraba el techo con la luz apagada y escuchó como se abría la puerta. Al ver por la luz del pasillo que era Kenneth miró el techo de nuevo. Él apretó los labios acercándose a la cama y encendió la luz que había en la pared. —¿Te han llevado a ver a la niña?

Ivy no contestó y él suspiró sentándose a su lado. —Siento lo que les ha pasado y precisamente por lo que les ha pasado doy gracias a Dios porque no estabas con ellas. No me voy a disculpar por pensar así. Mi prioridad, mi única prioridad es que tú y los niños estéis a salvo. —Como no decía nada continuó. —Sí, fui un egoísta al querer tenerte conmigo. Siempre lo he sabido, aunque tú me lo negaste para hoy echármelo en cara. Debo decir que no me lo esperaba.

Ivy apretó los labios.

—Sé que lo estás pasando mal. Que durante meses has sufrido por mí, por no saber dónde estaba ese cabrón, que has tenido que encargarte de la empresa y de un embarazo tú sola mientras yo estaba en la inopia, como has dicho. Lo sé muy bien, nena. Pero jamás pensé que me lo echarías en cara. Hablabas como si me odiaras, como si yo tuviera la culpa de lo que ha pasado.

—¿Y no la tienes?

La miró sorprendido. —¿La tengo, nena? Ya entiendo, porque te hice volver, ¿no?

—Dijiste que todo iría bien. ¡Y nada ha ido bien!

—¿Ni siquiera lo nuestro? ¿Ni los niños?

—¿Qué nuestro? —dijo con desprecio—. Hemos estado juntos semanas en dos años. ¿Y los niños? Tú no los querías.

—No digas eso.

—¡Es cierto! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Como no me querías a mí durante ese año. ¿Crees que soy tonta? He oído comentarios en la empresa. Te llamaban el tiburón porque no se te escapaba una.

—Eso quedó atrás cuando te conocí.

—Sí, claro. Como que te contuviste un año entero. No te interesaba dar el paso, pero en esa comida con Víctor y Carmen te reventó que te descartara, que me riera con eso de estar todo el día juntos como si estuviera harta de ti. Por eso te comportaste así. —Sonrió con ironía. —Hasta ese punto te importaba, veías que me consumía, que me mataba a trabajar y ni una sola vez en un mes me preguntaste que me ocurría. ¿Qué ocurrió, cielo? ¿Cuando te enteraste sentiste remordimientos? ¿Culpa? Tuviste que dejarme ir porque los médicos te obligaron y me hiciste volver por puro egoísmo. Si querías ayudarme en buscar justicia era para no sentirte tan mal contigo mismo. Creías que me lo debías, ¿no? Pues ya no me debes nada, pasaste tu penitencia con ese coma. Es evidente que no entiendes como me siento, que no tienes ni idea del miedo, del terror que me infringió y solo Sue me comprende.

—Nena, no sé lo que te está pasando, pero estás jodiendo nuestra relación a propósito.

—¿Sabes cuando me di cuenta de la verdad? Cuando me desperté después de la cesárea. Ni te diste cuenta de que estaba despierta, ¿y sabes lo que hacías? —Él entrecerró los ojos. —Estabas hablando con Tokio. Nuestra hija está en una incubadora, nuestra amiga había desaparecido y tú hablabas con Tokio mientras tu amigo Ted estaba desesperado buscándola por Queens.

—Quería estar contigo, con los niños. Y no pienso disculparme por tener negocios que atender. ¡Estabas dormida, joder!

—Mientras estaba contigo en el hospital nada más importaba. Estaba pendiente de ti cada minuto. Te hablaba, te acariciaba… —Kenneth apretó los labios. —Aunque tuviera que quedarme en la oficina hasta las tres de la mañana para asistir a una reunión al día siguiente a las ocho, durante ese par de horas que estaba contigo cada día, solo tú importabas. —Una lágrima recorrió su mejilla. —Me has dicho que los niños y yo somos tu prioridad. Puede que creas que es así, pero tu comportamiento de esta tarde demuestra que eso se te pasará pronto porque como has dicho no puedes con esto. No puedes conmigo, con mi carácter ni con la presión que me rodea. Creo que lo mejor es que nos separemos. Mis padres irán mañana a tu piso a recoger mis

cosas.

—¿Pero qué dices? —preguntó incrédulo mientras apartaba la mirada como si no soportara verle—. ¿Lo envías todo a la mierda por una frase? ¿Por una llamada de teléfono? ¿Pero qué te pasa? —La cogió por los brazos. —¡Mírame! Al menos mírame mientras jodes nuestras vidas. —Levantó la vista hasta sus ojos. —Nena, estás pasando una crisis…

—¿Ahora estoy loca?

—No digo eso —dijo entre dientes—. La doctora dice que puedes estar pasando una depresión postparto, por eso no voy a tomar en cuenta todo lo que has dicho. Todo ha sido demasiado para ti y eso unido a lo de la niña…

—No me siento triste ni deprimida —dijo cortándole en seco—. No me siento cansada ni rechazo a mis hijos porque son lo más importante de mi vida. El psiquiatra estuvo aquí esta mañana, pero no lo sabes porque estabas trabajando. —Sonrió irónica. —Y has vuelto al trabajo por la tarde porque te has cambiado de traje. Pero claro, no podías ir al trabajo con vómito del niño en la chaqueta.

Él se tensó soltándola. —¿Recuerdas las últimas palabras que te dije antes de desmayarme en aquella cocina? —Se le cortó el aliento. —¿Las recuerdas?

—Dijiste que me querías.

—¿Crees que hubiera dicho eso si no fuera cierto cuando creía que me moría? Porque lo creía, nena, estaba convencido de que serían mis últimas palabras y si lo eran quería que supieras que te quería.

Angustiada sintió un nudo en la garganta y no sabía qué decir. ¿Sería cierto que estaba perdiendo la cabeza? Se tapó la cara con las manos y Kenneth la abrazó. —Nena, es demasiado para cualquiera y lo has pagado conmigo. Buscaremos ayuda, iremos juntos si quieres, pero no pienso dejar que rompas lo que tenemos. —Besó su sien. —Este tendría que ser el mejor momento de nuestras vidas. Tenemos dos niños preciosos y aunque Kiara está malita, saldrá

adelante porque es tan fuerte como tú.

Se abrazó a él. —Pero no es el momento más feliz de nuestras vidas.

—Es por eso, ¿no? Nada ha salido como querías y estás frustrada.

—Ahora sí que parezco una loca.

Él rio por lo bajo. —La mujer que amo no es una loca en absoluto. Te ha podido el estrés.

—De nuevo. —Se apartó para mirar sus ojos.

—Pero esta vez has luchado. Contra mí y lo prefiero a que te hagas daño a ti misma.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas de la emoción.

—Ahora dime que me quieres, nena. Porque todavía me quieres y me querrás para siempre.

—¿Cómo estás aún aquí?

—Porque jamás podría olvidarte, porque eres perfecta para mí. Yo también he metido la pata, como has dicho durante tu acoso no hice nada y me perdonaste. ¿Cómo no voy a perdonarte un mal día cuando yo he tenido tantos?

—¿De veras crees que la niña se pondrá bien?

—Estoy convencido. En unas semanas nos la llevaremos a casa y todo quedará en un susto enorme. —Acarició su mejilla. —Y Sue se recuperará, es muy fuerte al igual que Victoria.

—¿Las has visto?

—A Victoria le dieron el alta el mismo día y Sue aún está aquí porque le rompió dos costillas y no saben si tendrán que operarle la muñeca. —Sonrió irónico. —Pero él no se fue de rositas. Al parecer entre las dos le dejaron hecho un guiñapo.

—Quiero hablar con Sue.

—Mañana, si el médico nos deja te llevaré a su habitación, ¿de acuerdo? Ahora quiero que duermas. Desde la cesárea casi no has dormido.

—No me has dicho que había en el trastero.

Él apretó los labios. —Según me ha dicho Ted, un montón de fotos de vosotras y de varias mujeres más. Vasos de café y cosas así que debió ir recogiendo de la basura. Los están analizando para cotejar el ADN.

—Hizo algo más que acosar, ¿verdad?

—Eso no lo sabemos, nena.

—¿Alguna está muerta? —Cuando apartó la mirada supo que tenía razón. —Dios mío…

—No sabemos si ha sido él. Están investigando. Ahora es un caso del FBI.

—¿Qué?

—Un par de mujeres eran de otro estado. Ya está, nena. En cuanto lo cojan será para encerrarle de por vida. Y le cogerán. El mundo no es tan grande. No tiene dinero ni documentación y según me ha dicho Sue tiene la cara llena de arañazos. No tardarán en dar con él.

—Eso espero. Solo deseo desterrarle de nuestras vidas. —Pensó en ello. —¿Cómo justificaron que Victoria le había llevado allí?

—Ha declarado que cuando sonó la alarma vio que se quitaba las esposas y fue hasta él. Que consiguió quitarle la pistola y la sacó del hospital. Que Sue vio cómo se la llevaba, pero que antes de darse cuenta la subía a su coche, así que cogió un taxi y les siguió.

—¿Y por qué Sue no llamó a la policía?

Él sonrió. —¿Adivina dónde se perdió el móvil?

—En urgencias.

—Exacto. O al menos eso ha dicho. Afortunadamente las cámaras del hospital solo muestran cuando salió Sue, porque Victoria salió entre tanta gente que solo se ve su pelo rojo, pero no se distingue si Carl iba delante de ella o no.

Al ver que se pasaba la mano por la nuca se dio cuenta de lo agotado que estaba. Y no era para menos, hacía unas semanas que había salido del coma, su cuerpo no estaba preparado para tanto ajetreo. Y encima había ido a trabajar. —Vete a casa, estás agotado.

—No, me quedo contigo. —Se levantó quitándose la chaqueta antes de tumbarse a su lado. —Hazme sitio.

—Cielo, es una cama tan estrecha que no vas a poder descansar.

Se amoldaron el uno al otro. —Claro que sí. —Suspiró y ella le abrazó por la cintura apoyándose en su hombro. —Nena…

—¿Mmm?

—Hace tiempo que no…

Levantó la vista sonriendo. —Oye majo, que tú ni te enterabas. Para ti han pasado cuatro días como quien dice.

Rio por lo bajo. —No me has dejado acabar.

Se sonrojó. —¿No hablabas de esto?

—Precisamente. Hace tiempo que no dormíamos así.

—Ah…

—Nena, creía que con el embarazo y eso no tenías ganas porque yo me moría por tocarte.

—¿Recién salido del coma? Además, estoy muy gorda.

—Estás preciosa, nunca has estado más preciosa.

Sonrió contra su hombro y en ese momento se abrió la puerta. Ambos levantaron la cabeza para ver a Sue en bata entrando en la habitación y cerrando a toda prisa. Jadeó al ver los morados en su rostro y su amiga se volvió sonriendo. —No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —Se levantó de la cama haciendo un gesto de dolor.

—Nena, cuidado con los puntos.

Sin hacerle caso se acercó a su amiga. —¿Cómo estás? —preguntaron a la vez.

Sue sonrió. —He visto al niño, es precioso. —Ivy se emocionó. —Eh, tú no tienes la culpa de esto. La culpa es mía que no llamé a la policía a tiempo.

—¿Cómo se lo ha tomado Ted?

—Quiere suspender la boda. Bah, para entonces ya estaré recuperada.

—Claro que sí. —Quería abrazarla, pero temía hacerle daño.

Sue la abrazó a ella sorprendiéndola y susurró —Siento no haber estado a tu lado con lo de la niña, pero se pondrá bien, ya verás.

Que se preocupara por ellas en su estado la emocionó aún más. Era una amiga de verdad. —Dime que estás bien y no me refiero a los golpes.

—Estoy bien. De hecho me siento genial.

Se apartó para mirarla a los ojos. —¿De veras?

—Le he dado una somanta de hostias… Me he dado cuenta de que puedo enfrentarme a cualquier cosa y estoy segura de que nunca más me dejaré intimidar por nadie.

Sonrió. —Cuéntamelo todo. ¿Qué pasó cuando llegaste? —Cogió su mano sana y la acercó a la cama donde Kenneth las observaba divertido.

—Como tenía el número del trastero en cuanto llegué allí lo busqué. La persiana estaba cerrada, pero oí ruidos en su interior. La levanté y la tenía con la cara contra una mesa y le sujetaba los brazos. Victoria estaba medio atontada por un golpe y le estaba bajando los pantalones. Ahí lo vi todo rojo y me tiré sobre él. Después fue todo muy confuso. Cuando Victoria se subió los pantalones se tiró sobre nosotros a ayudarme. Menudas leches pega. Esto del ojo me lo hizo ella. —Ivy hizo un gesto de dolor. —Sí, pega unas hostias como panes de grandes.

Kenneth se echó a reír a carcajadas y ambas le miraron. —Perdón, es que… Da igual.

—Bueno, Carl consiguió pegarle un codazo a Victoria y a mí me tiró al suelo. Ahí me dio dos buenas patadas antes de salir corriendo. Victoria debió encontrar el arma porque corrió tras él con ella en la mano. Escuché dos disparos, pero cuando conseguí salir él se había ido. Victoria entró en el trastero y entonces fue cuando vi las fotos en todas las paredes. —Miró de reojo a Kenneth que negó con la cabeza imperceptiblemente. —Y ya está.

Entrecerró los ojos. —¿Qué me ocultáis?

—Nada.

—Sue, cuéntamelo. Sé que Kenneth lo sabe y es evidente que te ha advertido que no me lo digas, ¿pero tú querrías saberlo?

—Eres su favorita —soltó a bocajarro.

Eso la dejó sin aliento.

—¡Joder Sue! ¡Lo ha pasado muy mal como para que eches más leña al fuego!

—A mí me gustaría saberlo.

—¿Su favorita?

—Tenía toda una pared dedicada a ti. Entre todas aquellas mujeres tú las superabas a todas con creces.

Impresionada miró a Kenneth. —Nena, había una foto tuya en el restaurante el primer día que te llevé a comer allí. Lo recuerdo porque llevabas un vestido azul y un abrigo marrón. Había una foto con esa ropa saliendo del restaurante.

—Ese vestido me lo ponía mucho.

—Tenías el cabello sujeto con unas horquillas a ambos lados de la cabeza. Dejaste de llevarlo así apenas una semana después de empezar a trabajar conmigo.

Se le cortó el aliento. —Una amiga me dijo que no era muy profesional llevarlo así para un cargo como el mío. ¿Has visto las fotos?

—Sí, la policía me las enseñó.

—¿Has hablado con la policía de esto y no me has dicho nada?

—No quería asustarte —dijo entre dientes.

—Dios mío… ¿Sabe que estamos aquí?

—No, llegamos antes de que le trajeran al hospital.

—¿Seguro que no lo sabe?

—Nena, tienes seguridad privada. Y los niños también.

Atónita se sentó en la cama. —¿Desde cuándo?

—Desde…—Hizo un gesto con la cabeza hacia Sue. —Que encontraron el trastero. Había fotos tuyas embarazada. De unos cinco meses o así, no estamos seguros.

—¿Estuvo en Nueva York cuando estaba en busca y captura? ¿Me siguió? —preguntó incrédula. Ay madre, que aquello cada vez tenía peor pinta.

—No te preocupes, ¿vale? No se acercará a vosotras. Le cogerán.

—Sabía que tú estabas en el hospital, que te visitaba todos los días.

—No me hizo nada. Estoy aquí, contigo.

Asintió entendiendo lo que quería decir. Asustarse por algo del pasado que nunca llegó a ocurrir no servía de nada. —¿Algo más que deba saber?

—No —dijo Sue—. Oh, que sabe que somos amigas, claro. Había una foto nuestra tomando un café. Aquel día que fui a ver un vestido de novia que luego no compré. Y debajo ponía mis dos amores. Está fatal. Ted está tan histérico que ha contratado un guardaespaldas para mí. El pobre es un soso… Se pasa todo el día en la puerta y no me dejaba venir.

Esa frase tensó a Kenneth. —¿No ha venido contigo?

—Ha debido ir al baño, así que he aprovechado para escaparme. —Se miró la muñeca escayolada hasta el codo. —¿Sabéis que al final no me operan?

—Sue, no pueden dejarte sola —dijo Kenneth levantándose—. ¡Tiene que haber siempre alguien en tu puerta!

Parpadeó. —Pues allí no había nadie. El hombre tendría que mear en algún momento o tomarse un café, digo yo.

—Para eso se ponen sustitutos.

—Este no tiene de eso, que a Ted ya le sale por una pasta.

—¡Lo pago yo! ¡Y tiene que haber un sustituto! —Fue hasta la puerta y la abrió para decir —¿Dónde está el que vigila a Sue?

—No lo sé, señor Banningham. Le están buscando.

Las chicas se miraron y se pusieron en guardia. Ivy palideció. —Los niños, Kenneth.

—Están prevenidos, señor Banningham. Por favor entre en la habitación hasta que el área esté asegurada.

Kenneth apretó los labios antes de cerrar la puerta. —Y yo sin pistola —dijo Sue fastidiada.

Su prometido fue hasta el armario y sacó la bolsa de viaje que le había llevado con sus cosas. Abrió la cremallera inferior que tenía para meter los zapatos y sacó las pistolas que se habían comprado. —Leche, que pistolón —dijo Sue admirada—. ¿Me la prestas?

—Ni de coña.

—¡Oye!

Él se acercó con el arma de Ivy. —Nena, ¿recuerdas lo que te expliqué del seguro?

Asintió.

—Está cargada. No se la des a ella.

—¡Oye, que fueron los nervios!

—Voy a asegurarme de que los niños están bien. Se metió el arma en la cinturilla del

pantalón a la espalda. —Vuelvo enseguida.

—Vale.

Kenneth la cogió por el cuello acercándola. —Todo va bien.

—Te quiero.

La besó apasionadamente y ella gimió en su boca antes de que se apartara para ir hacia la puerta.

Cuando salió apretó su mano en la empuñadura de la pistola. —Tranquila, el nido está al final del pasillo dando la vuelta a la esquina. Estará aquí en unos minutos cuando se asegure de que todo está bien —dijo su amiga.

—Y la uci pediátrica está al lado. No les pasará nada —dijo intentando convencerse a sí misma—. Mis hijos y Kenneth están seguros.

—Ese tío se fue a mear sin avisar a nadie, te lo digo yo.

Escucharon gente corriendo en el pasillo y Kenneth dijo al otro lado de la puerta —No os mováis de aquí. —La puerta de la habitación se abrió y dijo —Los niños están bien.

—¿Han encontrado al guardaespaldas?

—Sí. —Por su cara era evidente que no le había pasado nada bueno. —Estaba en el baño con la garganta rajada.

—Dios mío… —dijo Sue—. Le pilló meando, ¿no te lo dije?

—Y tú aprovechaste para salir cuando él iba a buscarte. ¡Te has librado de milagro! —dijo Ivy empezando a enfadarse porque parecía que nunca se librarían de él.

Sue chasqueó la lengua. —Al final sí que vamos a tener que matarle.

—Eso pienso hacer —dijo Kenneth —. Tiene que estar por aquí.

—Cariño…—dijo angustiada.

—No podemos seguir así, lo sabes. No pienso dejar que os haga daño cuando menos nos

lo esperemos. Tiene que ser ahora. Esto se va a llenar de policía que registrará el hospital de arriba abajo.

—¿Cómo le vas a encontrar? Esto es enorme —dijo Sue incrédula.

—Tiene que estar en esta planta. Si Sue no estaba en su habitación a estas horas de la noche es porque…

—Vendría a verme.

—Exacto. Estáis las dos juntas. Los niños están aquí. Demasiado tentador para él. —Abrió la puerta. —No dejes entrar a nadie.

—No lo haré.

Durante los minutos siguientes escucharon atentamente lo que ocurría en el exterior y supieron en el preciso instante en que llegó la policía. —No le ha encontrado. Se ha ido —dijo Sue decepcionada—. Le hemos perdido otra vez.

Ivy no las tenía todas consigo. Si había ido hasta allí y más sabiendo que tenían escolta era porque debía tener un plan.

—Dios… Victoria, no la hemos llamado. ¿Y si antes ha ido a su casa? —Cogió su móvil de la mesilla. —Ivy desbloquéalo para que pueda llamarla.

Se acercó sin dejar de mirar la puerta y palpó el móvil hasta que su huella pasó por el sensor lateral. —Ya está. —El sonido de las teclas llegó hasta ella, pero al escuchar unos murmullos en el pasillo dio un paso hacia la puerta intentando oír mejor. Se escuchó el sonido de un móvil al otro lado de la pared y ambas miraron hacia allí.

Sue colgó y el sonido desapareció. —¿Victoria está fuera?

—Es una casualidad.

—Es su tono. Lo oí cuando la llamó su jefe en el trastero.

La puerta se abrió mostrando a Victoria que sonrió. Entró en la habitación vestida de

uniforme. —Me he enterado por la radio.

—Ya no está aquí. Todo esto no sirve de nada. Habrá huido como la rata que es —dijo Sue—. Te veo bien.

—No fue nada.

Ivy la miró de arriba abajo. Apenas tenía unos rasguños en la cara y esta miraba su arma. —Veo que estás preparada. No os preocupéis, los míos están buscándole.

—¿Cómo es que ya trabajas? —preguntó Ivy—. Después de lo que te pasó…

—Mi sargento me dio la opción de cogerme unos días, pero con ese cerdo por ahí prefería patrullar.

—Creía que eras de esos policías que estaban en comisaría.

—No, soy una chica de acción. ¿Estáis bien?

—Tan bien como se puede estar en una situación así —dijo Sue.

Se acercó a ellas y de repente Ivy levantó el arma apuntándola a la cara. —No te acerques.

—Ivy, ¿qué haces?

—Es que acabo de darme cuenta de algo que me ha puesto los pelos de punta.

—Baja el arma Ivy… —dijo Victoria.

Sue asombrada susurró —Ivy hazle caso.

—¿No te das cuenta? Nos ha tomado el pelo desde el principio.

—¿Qué?

—Quítale el arma.

—Ni se te ocurra, Sue.

—No trabaja en la comisaría, si le tomó declaración fue porque él le llamó, ¿no es cierto?

Entonces ella se presentó en comisaría y se ofreció a tomarle declaración.

—¿Estás loca? ¡Él me acosó!

—Teníais que averiguar cómo Sue había descubierto su identidad, así que fingisteis el acoso para acercarte a Sue. Serías como ella, confiaría en ti. Así que montasteis vuestro numerito en comisaría ante el abogado de Sue. Tú misma lo dijiste, revisaste las cámaras de seguridad que apuntan al exterior de la comisaría. ¿Por qué? ¿Por una mala mirada? Eres policía, seguro que muchos te han mirado así al detenerles. No, revisaste las imágenes a ver si alguien había picado el anzuelo. Si Sue te estaba vigilando y nos viste, ¿no es cierto?

—Dios mío… —dijo Sue—. Kenneth fue a comprar café mientras esperábamos.

Ivy furiosa no dejó de apuntar a Victoria. —¡Siempre supiste que habíamos estado allí y me reconociste por las fotos que Carl tenía en su trastero! ¡Puede que hasta tú me sacaras varias de esas fotos!

—¿Pero qué dices? ¿Has perdido el juicio? ¡Baja el arma! —dijo más alto.

—Y de repente apareces en el juzgado con la dirección del trastero con esa excusa estúpida para no decírselo a la policía. ¡Tú eres su cómplice, tú le ayudas y querías ayudarle a que fuéramos al trastero a tendernos una trampa!

—Estás loca, lo tergiversas todo a tu conveniencia.

—Le sacaste del hospital y fuisteis a vuestro refugio sabiendo que nosotras estábamos siendo atendidas. Que yo estaba de parto. ¡No te esperabas que Sue os siguiera!

—No te estaba forzando —dijo Sue impresionada—. Eres su amante. Por eso no tienes golpes y no te resistías.

—¡Si fuera como dices, por qué no te matamos cuando te tuvimos allí!

Sue miró a Ivy. —En eso tiene razón.

—¡Baja el arma!

—No la matasteis porque creíste que Sue había llamado a la policía. —Victoria separó los labios como si le sorprendiera su conclusión. —¡Porque tenías que quedarte para retener a tus compañeros y darle tiempo a escapar!

—¡Eso son estupideces!

—¿Entonces por qué tienes sangre en el zapato?

Sue miró hacia allí para ver que el suelo tenía una mancha roja que seguramente había hecho con la punta del zapato al girarse para cerrar la puerta. Victoria sonrió de una manera que les puso los pelos de punta. —Nuestros amores…

—Siempre me pregunté cómo podía seguirnos cuando él siempre va en el metro. En tu coche, ¿no es cierto Victoria?

Rio de una manera que la estremeció por dentro. —Siempre supe que eras muy lista, Carl decía que eras especial. Una mujer con clase, muy exigente consigo misma, inteligente, hermosa, y con sentido del humor.

—Te aseguro que ahora tengo menos sentido del humor que antes. Coge tu arma con dos dedos de la mano izquierda y tírala hacia aquí.

—Tenemos muchos planes para ti —dijo mirándola con ojos desquiciados—. Y para tus hijos.

—Ni se te ocurra acercarte a mis hijos —dijo con rabia.

—Nuestros niños. Fruto de nuestro amor.

—Mátala —dijo Sue.

—Si me matas, entrarán diez policías pegando tiros. Entonces no verás crecer a tus hijos… Además, no puedes probar una mierda —dijo con satisfacción—. El relato de una desquiciada. Tanto estrés te afecta. Estás obsesionada con Carl y te has vuelto loca.

—La sangre…

—Pisé sangre al estar en la escena del crimen. Es que la había por todas partes —dijo aparentando inocencia—. ¿Pero acaso la tengo en el uniforme? No. Si no acabas muerta, acabarás en prisión por matar a un agente de la ley.

—¿Ivy? —preguntó Sue asustada.

—¿Dónde está Carl? —siseó.

Soltó una risita. —Donde menos te lo esperas. Nunca te librarás de nosotros. Eres nuestra y siempre lo serás.

Era evidente que les gustaba provocar el miedo, era de lo que se alimentaban y estaban deseando que mostrara cuanto les temía. Pero nunca más. Sonrió con desprecio. —Así que soy vuestra. Sigue soñando, puta. —Bajó el arma y le disparó en una pierna antes de disparar en su rodilla. —Ahora te costará mucho más seguirme.

La puerta se abrió de golpe mientras ella gritaba del dolor ya en el suelo. —¡Estás muerta, zorra!

—¡No disparen, no disparen! —gritó Sue a un policía que la apuntó—. ¡Esa es su cómplice!

—¡Tire el arma!

Ella lo hizo levantando las manos. —¡Es cómplice de Carl Prentis!

—Miente —dijo Victoria antes de sollozar agarrándose la pierna—. ¡Está loca! ¡La ha tomado conmigo! ¡Qué venga un médico!

Sonrió maliciosa. —Ahora tendrá que venir a por ti si quiere recuperarte y mi hombre le estará esperando.

Victoria la miró sorprendida antes de que un policía volviera a Ivy para esposar sus manos a la espalda.

—¿Acaso están sordos? —gritó Sue—. ¡Esa es la criminal! ¡Ella mató al guardaespaldas!

¡Miren, miren la sangre! ¡Joder no la pisen, inútiles!

Kenneth llegó en ese momento. —¿Qué pasa? —Al ver que Victoria estaba en el suelo miró asombrado a Ivy. —¿Ella?

—Cielo, está claro que nos confiamos demasiado. ¿Puedes llamar a Ted? Le necesito.

—No pueden detenerla —dijo alterado—. ¡Está recién operada!

—Kenneth, los niños.

—No te preocupes, nena. No está aquí. —Miró a Victoria con rencor. —¿Dónde está?

—No sé de qué me hablas.

Sue le pasó el teléfono por el dedo y a toda prisa se puso a llamar a su novio mientras Kenneth discutía con la policía. Dos médicos se agacharon ante Victoria que la miró con odio.

—¿Crees que eso me intimida? Ya no me dais miedo.

—Vas a sentir terror antes de que acabe contigo.

Se acercó a ella y le pegó una patada en la cara que provocó que su cabeza revotara contra la pared dejándola sin sentido. —Lo mismo digo. —Al levantar la vista vio que Kenneth la miraba orgulloso mientras los policías la apartaban de malas maneras.

Sonrió. —¿Cielo?

—¿Sí, nena?

—Me encuentro mucho mejor.

Capítulo 13

Sentada en la cama daba de mamar a su bebé. Ted había conseguido que mientras se realizara la investigación estuviera esposada a la cama. La acusación de Sue tenía mucho peso y Victoria también estaba atada a su cama después de operarla. Los del FBI que habían ido a interrogarla no salían de su asombro. Ahora ese loco estaba solo, a ver cómo se las apañaba porque el piso de Victoria estaba bajo vigilancia, su coche había sido incautado y no tenía recursos. Había controles policiales en todas las salidas de la ciudad y su foto estaba en todas las televisiones, las estaciones de trenes, autobuses y metro. La policía había cerrado la ciudad y ahora estaba acorralado. Lo que era perfecto para ellos porque suponían que no tardaría en aparecer.

Cambió al bebé de pecho y cuando agarró su pezón levantó la vista hacia Kenneth que la observaba. —Me ha llamado mi madre. Ha dicho que eres un exagerado, que cinco guardaespaldas es demasiado.

—¿No has oído eso de que hay que cuidar a la suegra?

—A ver si aprendes —dijo Sue a Ted, que de cara a la ventana para darle intimidad puso los ojos en blanco—. ¿Sabéis la última de mi novio?

—¡Si me odian, qué más da!

Ivy soltó una risita. —¿Qué ha pasado ahora?

—¿Aparte de que después de verle la cara a Sue mi suegro casi me arrea? ¡Me echó a mí

la culpa de que sea una inconsciente!

—No, si mi amiga lo había pensado antes. Así que inconsciente no es —dijo Ivy a punto de reírse.

—Muy graciosa —dijo Sue antes de mirar a Ted—. Anda díselo. —Él abrió la boca, pero ella ni le dejó hablar. —Les ha dicho que se larguen a un hotel.

—Tío así vas fatal —dijo Kenneth divertido.

—¡Me tienen harto! ¡Están en mi casa y no hago nada bien! Y el colmo es lo de la casa nueva. ¡Se pasan por allí y cambian lo que les da la gana! Tienen a los obreros mareados, menos mal que los pagas tú.

—¡Lo que aportan lo hacen por nuestro bien! Y es cierto que tener una bañera en la casa es muy útil.

—Uy, yo no podría vivir sin bañera. —Recordando los baños que se daba en Australia con Kenneth se sonrojó y este se la comió con los ojos.

—Si solo fuera la bañera, ha cambiado la distribución de la cocina y ha elegido habitación como si fueran a quedarse aquí —dijo Ted horrorizado.

Al ver que Sue no decía nada todos la miraron incluido su novio. —No —dijo pasmado.

—Cariño soy su única hija… —Sus ojos brillaron. —Nos vendrán muy bien cuando tengamos hijos y yo tenga que viajar…

—Ni hablar. ¡Tu padre me odia a muerte!

—Eso no es cierto.

—¡Me lo ha dicho!

—¿De veras? Le habrás entendido mal. —Sue miró a Ivy haciendo una mueca y esta rio por lo bajo.

El teléfono de Kenneth sonó y se levantó alejándose de ellos porque empezaron a

discutir. —Dime Robert.

Ivy apretó los labios porque necesitaba ayuda. A saber lo que Robert estaba haciendo en la empresa. —No, ya hablaré yo con Víctor.

Cuando colgó el teléfono vio en sus ojos que algo iba mal. —¿Qué pasa?

—La urbanización de Portugal no va bien.

—¿Pero no la supervisaba un hijo de Víctor?

—Sí, pero no están avanzando.

—Mierda. Eso puede enturbiar vuestra amistad.

—Los negocios son los negocios, nena.

Asintió. —¿Vas a ir tú a ponerles las pilas?

—Primero llamaré a Víctor. Este no es el momento de irse a ningún sitio.

—Cariño solo tengo que darle una pistola a Sue.

—Muy graciosa —dijeron los tres a la vez.

Soltó una risita mirando a su hijo. —Son unos carcas sin sentido del humor.

Kenneth sonrió viéndola tan relajada. Llamaron a la puerta y Kenneth llevó la mano a la espalda acercándose para abrir apenas una rendija antes de abrirla ocultando la pistola bajo la chaqueta. —Nena, es la niña.

—Oh… —dijo Sue levantándose.

Ansiosa estiró el cuello viendo como metían la incubadora en la habitación. Las enfermeras sonrieron y una dijo —Vaya, vaya… si está aquí su hermanito.

—Gracias por traerla —dijo emocionada al verla. Se la colocaron al lado e Ivy estiró la mano, pero la esposa le impidió tocar la carcasa.

—Tranquila, nena. Ahora te la colocan encima para el piel con piel.

—No cielo, hazlo tú.

—¿Seguro?

—Sí, quiero veros.

Kenneth se volvió quitándose la chaqueta y sin que le vieran guardó la pistola debajo, se quitó la camisa y Sue dejó caer la mandíbula del asombro mirando sus abdominales. —Y eso que ha estado en coma. —Miró hacia atrás donde su novio les observaba. —Cambia de preparador, cielo.

—¿Qué preparador?

—Pues eso.

Kenneth se sentó en la silla a su lado y las enfermeras con cuidado le pusieron a Kiara encima atentas de no doblar el tubo del respirador. —Hoy va mucho mejor —dijo la enfermera.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—Es una campeona.

Observó como él con sumo cuidado acariciaba su espalda y supo que ese hombre era todo lo que siempre había soñado. Él la miró a los ojos sonriendo. —Huele como Ken.

—¿A caca? —preguntó Sue haciéndoles reír.

Puso a su hijo al hombro sintiendo una felicidad inmensa. —Es la primera vez que está toda la familia reunida.

Kenneth sonrió. —Sí, nena.

Ted recibió una llamada. —Disculpadme familia. —Salió de la habitación.

Sue bufó. —Siempre con el trabajo.

—¿Lo de tus padres iba en serio? —preguntó ahora que él no le escuchaba.

—Han vendido la casa en Texas, así que…

Kenneth miró a Ivy de reojo que también se había quedado de piedra. —Amiga, ¿no

creéis que vuestra relación necesita intimidad? Jamás le diría mis padres que se vinieran a vivir con nosotros por mucho que les adore.

—Pero ellos viven aquí. Los míos no. Bueno, ahora sí, pero… ¿Crees que me estoy pasando?

—Si se llevaran bien… —dijo Kenneth—. Pero es que tus padres se lo están poniendo muy difícil.

Sue gimió. —Cuando les dije que me casaba me dijeron lo de vender la casa. Creía que era para comprarse algo más pequeño porque la casa donde nací es enorme. Pero cuando llegaron me encontré con que pensaban venirse a vivir aquí ahora que mi padre está jubilado. ¡Y daban por supuesto que vivirían conmigo! ¿Cómo voy a decirles que no? Son mis padres.

—Pues si quieres un marido yo me lo plantearía —dijo Kenneth—. Porque tanta tensión no es buena en una pareja. —Ivy volvió la cabeza hacia él. —Tensión con los suegros, nena. La que sufrimos nosotros es distinta.

—¿No me digas? —preguntó divertida por como intentaba salir del embrollo en el que se había metido él solo.

—¿Ken no necesita que le cambies? —preguntó como si nada haciéndola reír.

Separó el pañal de su muslo para mirarle el culito y negó con la cabeza. —Pues no, limpito.

Un eructo enorme de su niño les hizo reír. La enfermera se acercó. —Perfecto. —Lo cogió con cuidado. —Hora de volver al nido. Debe dormir.

Su niño ya se había aquedado dormido sobre su hombro y le dio una pena enorme que se lo llevaran. —¿No lo pueden dejar hasta que se vaya su hermana?

La enfermera asintió. —Muy bien, pero solo hasta que nos la llevemos —dijo poniéndole en la cuna. Acercó la cuna al lado de su cama. —Le dejo aquí para que no fuerce los puntos.

—Gracias.

La otra enfermera no quitaba ojo a Kenneth. —Lo hace muy bien.

Ted entró con el teléfono en la mano y parecía muy serio. Kenneth se tensó. —¿Qué ocurre? —preguntó Sue perdiendo la sonrisa.

—El FBI no cree que Victoria esté implicada. No van a presentar cargos.

—Mierda.

—¿Después de nuestras declaraciones? —preguntó Sue incrédula.

—No tenemos pruebas. Además en el trastero había fotos suyas, lo que confirma que era una víctima.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó pasmada—. ¿Qué van a acusarme de haberla herido?

—Esto es ridículo —dijo Kenneth.

—Cielo, la niña.

Miró hacia ella. —No te preocupes, nena. Está bien.

—No te alteres.

—¿Que no me altere? —preguntó asombrado—. Puedes acabar en la cárcel y es evidente que ese cabrón no va a venir a por ella porque Victoria se puede ir cuando le dé la gana.

—Ya nos hemos dado cuenta de la situación. Quien no quiero que se dé cuenta es la niña, así que te relajas o me vas a ver muy cabreada.

Él gruñó antes de mirar a su hija y acariciarle con cuidado la espalda. Las enfermeras sonrieron dándole el visto bueno.

Sue bufó. —Pues te has gastado una pasta en seguridad privada para nada. ¿Cuántos has dicho que has contratado para vigilar el hospital? ¿Cincuenta?

Ted dijo por lo bajo —No le piques.

Ivy pensó en ello y se mordió el interior de la mejilla. —Es su cómplice, tiene que haber pruebas de que lo es —dijo convencida.

—Te apuesto lo que quieras a que ella hacía muchas de las llamadas. Es imposible que él lo hiciera todo —dijo su amiga—. A mí me alucinaba porque parecía que nunca dormía, siempre estaba con el puñetero teléfono.

—Claro que sí. Seguro que llamaba ella en esas que se quedaba en silencio.

—Para que no nos diéramos cuenta de que era otra voz.

—Ella también tenía que divertirse.

—Pues no las hizo con su móvil. No es de los que tenía bloqueados.

—Cielo, claro que no lo haría con su teléfono, no querría que se le relacionara con esto de ninguna manera. Es policía y como ha demostrado no es tonta. —Entonces Ted las miró sorprendido. —Hostia…

—¿Qué? —preguntó Kenneth.

—En la comisaría tienen móviles para las investigaciones.

Ivy le miró sorprendida. —¿Crees que utilizó móviles de la comisaría?

—A mí una vez me llamó un número muy largo. Creí que era de la compañía de teléfonos o algo así, pero no, era él. —Sue hizo una mueca. —O ella.

—El detective que contraté dijo que eran móviles prepago.

Ted sonrió. —Los móviles que se utilizan en las investigaciones no tienen nada que les identifique con la policía, ¿entiendes? Incluso puede que algunos sean prepago. Se utilizan para dar esos números a criminales y tienen que estar limpios de sospechas. Y no os perdáis esto, tengo entendido que se renuevan continuamente.

Sue entrecerró los ojos. —Que zorra más lista. Sabe que siempre bloqueamos los números para que no nos llamen más. Solo los necesita para una o dos llamadas como mucho.

—La policía no nos hará caso y el FBI mucho menos —dijo Kenneth.

Ted entrecerró los ojos. —Dejadme hablar con un par de contactos. Es una teoría, pero no

debemos dejar ningún cabo suelto. —Se agachó y dio un beso a su chica en los labios. —No te muevas de aquí.

Sonrió. —Te quiero.

Él le guiñó un ojo antes de salir de la habitación a toda prisa. Ivy miró a Kenneth. —No puede ser tan fácil.

—Me temo que no, nena.

—¡Eh! ¡Un poco de fe en mi hombre!

Estaba aburridísima porque Kenneth se había ido a trabajar y como Sue leía al lado de la ventana no tenía con quien hablar. Suspiró. Estaba deseando irse a casa.

—¿Qué? ¿Empieza a agobiarte estar aquí?

—¿A ti no te agobia?

—A mí me echan mañana.

La miró sorprendida. —¿De veras? —Gimió. —A mí me quedan tres días por lo menos y después lo que le quede a la niña, claro.

—Seguro que se pondrá bien pronto. Es una campeona como su madre.

Sonrió viéndola pasar la hoja. —¿Qué lees?

Le mostró la portada. —Jane Austen. Me encantan sus historias.

—Me las he leído todas. Hice un curso de literatura en la universidad y un semestre estaba dedicado a ella. Es increíble que muriera con cuarenta y un años dejando un legado de tal calibre. La recordarán siempre.

—Sí, cuando yo la casque no se acordará nadie de mí. —Su amiga hizo una mueca.

—No digas eso, claro que nos acordaremos de ti.

—Ah, que piensas que la cascaré antes que tú.

Se echó a reír. —¿Por qué tenemos esta conversación?

Se encogió de hombros. —Igual por todo lo que está pasando.

La miró a los ojos. —¿Tuviste miedo en ese trastero?

—No me dio tiempo a pensar, la verdad. Fue después cuando se me pusieron los pelos de punta al ver las fotos. Había tantas…

—¿Viste las de Victoria?

Entrecerró los ojos. —No, ahora que lo pienso no las vi, pero estarían allí porque lo dijo el FBI. —Cerró el libro. —Había más de cincuenta mujeres en aquellas paredes.

—¿Tantas? —preguntó sorprendida.

—De mí debía haber cien fotos, ¿pero de ti? —Al ver que perdía el color de la cara juró por lo bajo. —Mejor no hablemos de esto, es muy deprimente. —Se levantó llevándose la mano al costado y fue hasta el baño, pero antes de entrar se detuvo en seco mirando hacia el suelo.

Ivy estiró el cuello para ver que se agachaba y se levantaba con algo en la mano. —¿Qué haces?

—Es un pelo. Un pelo pelirrojo.

—Al parecer no han limpiado muy bien.

—Tiene raíz morena.

Se le cortó el aliento. —¿Qué? —Se acercó a toda prisa para mostrárselo. —¿No es pelirroja de verdad?

—Por eso no vi sus fotos en el trastero.

—Tira eso.

—¿No te das cuenta de lo que significa?

—¿Que se tiñe?

—Imagínatela de morena, con el cabello corto.

Entrecerró los ojos imaginándosela y cuando tuvo la imagen en su mente se quedó de piedra. —No fastidies…

—Ahora ponle unos kilos más y tenemos a ese cabrón malnacido que debió salir del mismo agujero que esta.

—Hermanos.

—Con distinto apellido, así que uno de los dos se lo cambió o son hijos de padres distintos.

—Por eso el cambio de color de pelo. Y si a él le pillaban, sus fotos estaban allí.

—Una coartada para ella.

—Y además policía.

—Una profesión estupenda para conocer víctimas.

—Todo planeado desde hace años.

—Son concienzudos. Y las puñeteras fotos, los seguimientos… Todo con un fin.

—Aterrorizar y matar a mujeres.

—Por eso intentaron matarte. Ya sabían que nos conocíamos por las imágenes de las cámaras de seguridad de la comisaría cuando Carl le pinchó la rueda, tenían que eliminarnos y Carl lo intentó en el restaurante con el kiwi porque sabía que eras alérgica.

Asintió. —¿Pero por qué no te eliminaron en el trastero?

Sue parpadeó sorprendida. —Dijiste…

—Ya sé lo que le dije a Victoria, pero después de pensarlo me he dado cuenta de que podían haberte matado y haber dicho que lo había hecho él al escapar o algo así.

—¿Les tomaría por sorpresa?

Soltó una risita. —Eso es evidente.

—Qué asco —dijo yendo hacia el baño. Escuchó como se abría el grifo y su amiga salió con una bolsita de plástico en la mano—. Voy a llamar a mi chico.

—Espera… Anda que como no sea un pelo de Victoria vamos a hacer un ridículo espantoso.

Sue dejó caer los hombros de la decepción. —No seas tan pesimista.

—Como todo ha ido tan bien hasta ahora… ¿Y si es un pelo de otra que venía en la fregona?

—Ahora sí que has explotado mi burbuja.

—Necesitamos que alguien investigue el pasado de Victoria y cuanto antes.

—Ahora sí que llamo.

—Veamos cuáles son sus antecedentes familiares.

Capítulo 14

Sentada en el sofá daba de mamar a Ken y cuando se abrió la puerta de casa sonrió a Kenneth. Perdió la sonrisa poco a poco al ver su cara de pocos amigos. —¿Qué pasa ahora?

Llegó hasta ella y le dio un beso en los labios. —Nada, nena. He tenido un día de perros. La promoción de Víctor solo da problemas.

—Mierda.

—Necesito una cerveza.

—¿El detective no te ha llamado? Ha pasado una semana. La fiscalía me detendrá en cualquier momento.

Ante la puerta de la cocina suspiró antes de volverse y al mirarla a los ojos se tensó. —No hay nada, ¿no?

—Ted está intentando solucionar el asunto. No te preocupes. Estabas bajo mucha presión e igual puede justificar que temieras por tu vida.

—¿Pero no hay nada? Algo tiene que haber. ¡Es culpable!

—¡Lo sabemos, pero no hay pruebas! —Se acercó al maletín y lo abrió sacando un expediente y tirándolo sobre la mesa. Míralo tú misma. —Fue hasta la cocina cabreado. —¡Ah! ¡Y la teoría de Ted tampoco ha dado nada porque para entrar en ese cuarto donde están los móviles que usa la policía, se tiene que firmar y según los registros no ha estado allí nunca!

Hizo una mueca porque ahora ya sabía por qué estaba preocupado. Lo estaba viendo todo

casi tan negro como ella. Se puso a Ken al hombro y le acarició la espalda. Se adelantó en el sofá y estiró el brazo abriendo el expediente. Victoria Wright. Nacida en Brooklyn tenía veintiséis años y era soltera. Sin hijos. Salía su dirección actual y una foto suya de la licencia de conducir. Chasqueó la lengua dando la vuelta a la hoja. Esa era información más específica. Su partida de nacimiento decía que había nacido en el mismo hospital que ella, en el hospital presbiteriano de Brooklyn. Al ver el colegio donde había asistido se le cortó el aliento porque era el mismo al que había ido ella. Kenneth salió de la cocina bebiendo de su cerveza. —Cielo, coge al niño.

Él frunció el ceño y dejó la cerveza para coger a Ken. Se sentó a su lado. —¿Qué pasa?

—Fue al mismo colegio que yo —dijo distraída —. Vivió a tres calles de la casa de mis padres.

—No jodas…

Pasó la hoja sin dejar de leer y vio una foto de ella con un violín en la mano con unos diez años. —Ay, madre…

—Nena, ¿qué pasa?

—Tocaba el violín —le dijo asombrada mostrando en la foto el escudo de su camiseta—. Estaba en la orquesta del colegio.

—¿Y?

—¡Qué yo también!

Él levantó una ceja. —¿Si? ¿Y qué tocabas?

Gruñó pasando la hoja. —No te lo digo que te ríes.

Kenneth sonrió. —Como me digas el triángulo sí que me voy a reír.

—Los platillos, ¿vale? —Él se echó a reír a carcajadas. —¡Era para mi expediente! —dijo ofendida—. Y gracias a esa actividad me cogieron en el instituto del centro, niño rico.

—Muy bien nena, nada te desvía de tu objetivo. —Él estiró la mano cogiendo la foto y

mirándola bien. —Es normal que no te acuerdes, tú eres mayor.

—No tanto —dijo ofendida.

—Fue hace muchos años.

—Victoria, Victoria…

—Igual no la llamaban Victoria.

Entrecerró los ojos antes de abrirlos como platos y levantarse lo más aprisa que podía para coger su móvil de la mesa del comedor. Se puso el teléfono al oído. —Ahora sí, cielo. ¡Ahora sí!

—Nena, ¿qué pasa?

Ella levantó la mano acallándole. —¿Mamá? ¿Recuerdas lo que pasó en el colegio poco antes de que yo me fuera de allí? Pasó algo con una niña, se la llevaron del colegio y apareció unos días después, ¿no? —Kenneth se tensó. —Recuerdo que por eso me ibais a buscar cuando siempre iba caminando con mis amigas. ¿No se llamaba Vicky? —Sus ojos brillaron asintiendo. —Es ella.

Kenneth juró por lo bajo mientras su madre seguía hablando de lo que se había dicho en la asociación de padres y lo que hablaban a la salida del colegio sus amistades sobre ese tema. —Sí, recuerdo que nunca se detuvo a nadie por eso. Mamá, ¿conoces a sus padres? Al parecer vivían cerca de nosotros. —Separó los labios de la impresión. —¿Que su madre murió a los pocos meses? ¿Atropellada? Y su padre se fue del barrio poco después. —Le hizo un gesto a Kenneth para que mirara el expediente, pero negó con la cabeza. —¿No tenemos su dirección?

Kenneth suspiró. —Siguió viviendo en Brooklyn. Fue allí al instituto.

—Mamá no te lo vas a creer, pero esa Vicky es Victoria. —Su madre empezó a soltar sapos por la boca —No, ¿cómo iba a elegirme ya de pequeña? Mamá, seguro que es una casualidad. —Miró asombrada a Kenneth. —Te llamo luego, ¿vale?

—¿Qué te ha dicho que te ha sorprendido tanto? —preguntó impaciente.

—Cuando me dieron la beca se puso una foto mía en el cuadro de honor. Una mañana apareció pintada con spray y creían que había sido ella que se volvió algo conflictiva después del episodio del secuestro. Yo era interna en el colegio del centro y de eso no me había enterado. Mi madre se enteró por sus amigas del barrio. Al parecer castigaron a Victoria por la travesura. —Negó con la cabeza. —No lo entiendo, me había elegido Carl.

Kenneth miró hacia el niño que estaba ya dormido y fue hasta la cuna portátil para tumbarlo con cuidado. —Vamos a analizar esto que tiene tela. Va contigo al colegio y la secuestran.

—Desapareció durante unos días. Tres o cuatro, no lo recuerdo bien.

—Y aparece cambiada.

—Según mi madre sí. Y conflictiva.

—¿No dijo con quién había estado?

Negó con la cabeza. —Creo que dijo que no recordaba nada. Aunque yo ya estaba en otras cosas porque tenía entrevistas para la beca y eso…

—Tiene que haber informes del suceso. Noticias. No será difícil de encontrar esa información.

—¡Pues el detective no la encontró!

—Y le voy a matar por eso —dijo entre dientes.

Se llevó las manos a la cabeza intentando pensar. —Algo pasó en esos días ausente que la hizo cambiar.

—¿Que conoció a alguien?

Ella le miró a los ojos. —Es su hermano. ¡Si son iguales! —Fue hasta el expediente y pasó las hojas. —¡Nada! ¡No hay nada sobre sus padres! ¡Si ni siquiera aparece que su madre murió atropellada!

—Nena, sabes que hay mucho inútil suelto, no te alteres.

Entonces le miró sorprendida. —¿Y si a su hermano le dieron en adopción?

Kenneth asintió. —Se me ha pasado por la cabeza.

—Su madre de soltera dio en adopción a Carl y después se casó. El chaval se entera de quien es su madre y después de salir del psiquiátrico contacta con su hermana. Se la lleva unos días, le lava el cerebro y cuando reaparece es otra. Es mucha casualidad que estemos hablando de un pirado y su madre muriera atropellada poco después, ¿no?

—¿Y si le prohibió que le viera?

—Un impedimento que había que salvar. Por eso su padre se cambió de barrio.

—Que te abandone tu madre puede que fuera suficiente para hacer de él un chiflado que odia a las mujeres.

—Por eso las hace sufrir. Y por eso ella colabora con él. Porque le echan la culpa a su madre de que no se criaran juntos.

—¿Colabora con él? Nena, he visto las fotografías de ese trastero. Victoria te conocía, y te tenía rencor ya en el colegio. Te eligió ella.

—Pero no la había visto desde entonces.

—Que tú recuerdes. Pero, ¿y si un día al salir del restaurante ella nos vio? Te has convertido en una mujer de éxito, algo que sabemos que ella no soportaba por lo que le hizo a aquella fotografía en el colegio. ¿Y si le estaba esperando y te vio a ti? Fue ella nena, si eras la favorita de alguien es de Victoria. Por eso no pudo evitar acercarse a ti en ese juzgado. Te has convertido en una obsesión para ella.

Pensó en ello y Kenneth se sentó a su lado. —Sabes que tengo razón.

—¿Te das cuenta de lo que podía haber pasado si no llego a irme a Australia?

—No hubiera dejado que te pasara nada.

—Si se me hubiera acercado una policía y con su cara de niña buena, además, me hubiera ido con ella sin dudar.

—Eso demuestra que Victoria no es simplemente una colaboradora.

—En la habitación nos llamó sus amores. Dijo siempre supe que eras muy lista, Carl decía que eras especial. Una mujer con clase, muy exigente consigo misma, inteligente, hermosa, y con sentido del humor.

—Ahí lo tienes. Fue ella, nena. Ese siempre supe la delata. —Suspiró. —Desgraciadamente ante el FBI seguimos sin tener nada. Habrá que investigar la vida de sus padres para averiguar algo y comprobar si nuestras sospechas son fundadas.

—Pero ya son muchos indicios. ¡Tienen que investigar esto!

—Voy a llamar al agente Harris a ver qué dice. Tranquila nena, no nos daremos por vencidos.

En ese momento sonó su teléfono y lo descolgó a toda prisa. —Dime mamá…

—Nena, pon el manos libres.

Ella lo hizo. —He hablado con la señora Cosco. ¿Te acuerdas de ella?

—Era mi profesora de cuarto.

—Sí, ahora está jubilada, pero nos llevamos muy bien. Sabes lo orgullosa que siempre estuvo de ti y siempre me pregunta por tu éxito. Bueno, el caso es que la he llamado y le he contado lo que te ha pasado...

—¡Mamá! ¡Ahora lo sabrá todo el barrio!

—¡Mira hija, si puedo hacer algo para atajar esta situación y que puedas llevar una vida normal, lo voy a hacer y me da igual lo que pase!

—¿Qué has averiguado, suegra?

—¡Pues que esa zorra se convirtió en una acosadora en el colegio! —Se miraron

sorprendidos. —¡Tenía amargadas a varias de su clase! ¡Y siguió haciéndolo en el instituto porque una conocida trabajaba allí y lo comentaron varias veces! El equipo directivo ya no sabía qué hacer con ella. Y agarraros, su padre se la llevó cuando amenazaron con presentar cargos porque a una de las chicas la tiró por unas escaleras y le rompió las piernas. ¡Casi la mata!

—¿Y no se presentaron cargos? —preguntó incrédula.

—Por lo visto el padre habló con los padres de la chica y les indemnizaron para cerrarles la boca. El instituto al ver que se la llevaba cerró el pico porque se libraba de un problema, pero tengo entendido que la encerró en un centro de menores con problemas. Uno de esos privados. O eso me ha dicho la señora Cosco.

Ambos se miraron. —Voy a matar a ese inútil del detective —dijo Kenneth furioso.

—¿Qué?

—Nada mamá, que Kenneth está cabreado.

—Normal, hijo. Esta situación es muy difícil para vosotros.

—¿Te ha contado algo más? ¿Algo de su secuestro?

—Solo me ha dicho que la encontraron en Central Park y que estaba bien. Aseada, bien cuidada, ¿entiendes?

—Sí, mamá.

—Ah, y que le hicieron el test sexual ese y que dio negativo. Ella decía que no se acordaba de nada, pero no podía explicar la razón. Una psicóloga del colegio les comentó que a veces el shock te hace olvidar sucesos y más una niña de esa edad. Tenía nueve años. Pero la señora Cosco piensa que se fue por decisión suya.

—¿Y por qué piensa eso?

—Porque a veces la veía hablar a través de la vaya del colegio con un chico. Antes y después de lo que pasó. La señora Cosco les llamó la atención varias veces porque era una menor

y no le conocía de nada, pero no le hacían ni caso. De hecho en su último curso todos los profesores les dejaban hablar porque así la niña no daba problemas con las demás, ¿entiendes?

—Sí.

—Y eso es todo lo que me ha contado, pero va a hablar con sus compañeros de entonces. Si me entero de algo más te llamo.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

Sonrió de oreja a oreja y Kenneth sonrió. —La tenemos, nena. Tenemos testigos.

—Llama a esos inútiles y que la detengan.

Sentadas en el sofá ante la tele encendida comían palomitas cuando Kenneth llegó a casa. —¿Hay para mí? —Al mirar la cuna de Ken hizo una mueca. —¿Se ha dormido?

—Cielo es un bebé, duerme casi todo el día. —Se levantó y se acercó para abrazar su cuello, pero como le tiraba la herida abrazó su cintura. —¿Qué tal el día?

—He comprado tu empresa de Australia.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué?

—Al parecer después de que te fueras no podían hacer frente a mi competencia —dijo divertido.

—Creído.

Él rio por lo bajo abrazándola antes de besar sus labios. —¿Lo has visto?

—Sí, estábamos esperando que lo repitieran porque Sue no lo ha visto. Ahora van a poner las noticias.

—¡Ya sale!

Se acercaron a la televisión y vieron como el agente Harris se acercaba a los micros mientras los policías le hacían mil preguntas.

—¿Es cierto que ha detenido a una policía que es una asesina en serie?

—Por favor déjenme hacer unas declaraciones y después podrán hacer sus preguntas. En el día de ayer la agente Victoria Wright fue detenida en el hospital por su implicación en la desaparición de al menos doce mujeres en la ciudad de Nueva York. Hemos confirmado que su cómplice es su hermano biológico Carl Prentis que en este momento se haya en busca y captura. También se está investigando el fallecimiento de la madre de ambos y otros numerosos delitos.

—¿Es cierto que sometían a sus víctimas a un continuo acoso hasta que acababan con ellas? ¿Y que la policía no hizo nada cuando ellas denunciaron por los anónimos que recibían, cuando denunciaban la angustiante situación en que se encontraban? —preguntó una muchacha rubia. —¿Es cierto que las dejaron a su suerte y las mataron?

—Es cierto que recibían anónimos y llamadas amenazantes, sí. Y cuando esas víctimas desaparecieron se investigaron esas amenazas, pero sin ningún resultado. No había sospechosos que interrogar porque cubrían muy bien sus pasos.

—¿Por qué no está aquí el jefe de policía para dar la cara?

—Porque se le caería de la vergüenza —dijo la rubia.

Las chicas soltaron una risita. —Van a rodar cabezas —dijo Sue.

—¿Qué piensan hacer para encontrar a ese chiflado? —preguntó la rubia.

—Desde que Carl Prentis se escapó del hospital la ciudad está cercada. Se registran todos los vehículos y se le considera muy peligroso. Le cogeremos, pueden estar seguros. Por favor difundan el rostro del sospechoso en redes sociales, en los escaparates… Entre todos daremos con él antes de que se den cuenta.

—¿La detenida ha dicho algo?

—Se ha acogido a su derecho de no declarar, pero las pruebas son aplastantes. Gracias

por venir.

—¿Ahora son aplastantes? —preguntó Sue incrédula—. ¡Menuda cara tienen! Gracias a nosotros porque para lo que han hecho ellos…

Vio que Kenneth tenía el ceño fruncido. —¿Qué pasa, cielo?

—Ya ha pasado más de una semana desde que escapó del hospital.

—¿Crees que ya se ha ido? —Negó con la cabeza. —No, mi vida. ¿Sin ella? La necesita. Y hará lo que sea para sacarla de la ciudad.

Ted llegó veinte minutos después y decidieron cenar juntos para celebrarlo. Kenneth pidió comida china y pusieron un partido de baloncesto en la tele mientras ellas hablaban de la boda, aunque se dio cuenta de que parecía que a su amiga la organización del día más importante de su vida ya no le hacía ilusión y eso la preocupó. ¿Sería por todo lo que estaba ocurriendo? Dios, esperaba que no. Ese cabrón no podía estropearle su día. Estaba poniendo la mesa cuando vio que Sue miraba de reojo a su novio y suspiraba. Fue cuando se dio cuenta de que el problema tenía que ver con Ted. —¿Qué pasa? —susurró —. ¿Habéis discutido?

Le hizo un gesto para que fueran a la cocina y ella la siguió. Cuando se cerró la puerta su amiga se volvió. —Me va a dejar.

—¿Qué? —Sonrió incrédula. —¿De dónde te sacas eso?

—Porque me lo ha dicho —respondió dejándola pasmada—. Me ha dado un ultimátum o mis padres o él.

Impresionada tuvo que sentarse. —¿Cómo te va a hacer elegir?

—Eso mismo le he dicho yo, pero dice que como mis padres no se larguen él no se casa. Que somos él y yo. Los demás sobran. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Y no puedo echar a

mis padres. ¡Son mis padres! Les rompería el corazón.

Entendía su posición, pero también entendía a Ted. Debía estar muy harto para darle un ultimátum así, porque era evidente que estaba loco por ella. —¿Y si se mudan a una casa cercana? Puedo conseguirte un alquiler barato. ¿No valdría con eso?

—Creo que no será suficiente, no pueden ni verse. Y conozco a mis padres si viven en la misma ciudad estarán en casa casi todo el día. Y con niños ya ni te cuento. —Se apretó las manos angustiada. —He intentado hablar con ellos, pero están tan contentos por estar aquí… Están tan orgullosos de mí…

—Que ningún hombre es suficiente. —Sue asintió. —Tienes que hacerles ver que le amas.

—¿Crees que no se lo he dicho ya? Pero todo lo que hace siempre está mal. Es un abogado de éxito y le tratan como si fuera un inútil. ¡En su propia casa! Cuando llegué del hospital me di cuenta de inmediato que todo había empeorado muchísimo. Mis padres le responsabilizan por no cuidarme como ellos dicen y la situación ya es insostenible. No se hablan y Ted les ha dicho a las claras que si no les echa de su casa es por mí. ¿Sabes lo que respondió mi padre? Si la quieres tendrás que cargar con nosotros.

—Dios mío…. Anda que tu padre…

—Lo sé.

Preocupada por ella se acercó para abrazarla. —¿Por qué no me lo dijiste antes? Hace días que saliste del hospital.

—Con lo de Carl, la niña y todo lo demás no quería agobiarte con esto.

—Y te agobias tú sola, ¿no? Para eso están las amigas. Para agobiarnos juntas. —Eso la hizo sonreír. —Así me gusta. Tú sonríe que esto lo arreglamos en un periquete. Solo necesitáis un mediador.

—¿Un qué?

—Ya verás…

Salió de la cocina y Sue la siguió. —¿Qué vas a hacer?

—¿Ted?

Este sentado en el sofá se volvió y perdió la sonrisa al ver que Sue tenía los ojos llenos de lágrimas. —Joder, no llores.

—¿Cómo no voy a llorar?

Kenneth se levantó. —¿Qué pasa?

—Sus suegros, que le hacen la vida imposible. —Se acercó a Ted. —Veamos… ¿Te vale con que se muden de casa?

—En este momento me vale cualquier cosa.

—Ah, ¿sí? —Sue le miró confundida. —Pues ayer dijiste…

—¡Estaba cabreado!

—Ah… —De repente sonrió. —¿En el mismo barrio?

Gruñó e Ivy la advirtió con la mirada. —Sí, te dejo a ti que eres la mediadora.

—Exacto. Se mudarán fuera del barrio. Les buscaré uno que tenga actividades para jubilados y esas cosas. Para que se entretengan y hagan amigos.

—Eso, eso —dijo Sue ilusionada—. Necesitan amigos.

Ted se adelantó. —Muchos amigos.

—Quedaréis a comer los domingos. No todos los días, ni visitas inesperadas ni nada de eso. Y cuando lleguen los niños se renegociará el acuerdo.

—Hay niñeras.

—¡Ted! ¡A mi madre eso le rompería el corazón!

—Y piensa en la pasta que os ahorraréis, amigo —dijo Kenneth.

—Es que si está mi suegra, estará mi suegro y… No.

—Joder, la suerte que tengo con los míos.

—No lo sabes bien.

—Muy bien, ¿qué te parece si ellos cuidan de los niños dos veces a la semana para que vosotros podáis salir? Y cuando visiten a los niños en casa será en tus horas de trabajo.

Ted entrecerró los ojos. —Así casi no les veré el pelo.

—Exacto.

Miró a su novia que forzó una sonrisa. —No serás capaz de decírselo.

—Es que no voy a decírselo yo. Se lo dirá mi mediadora.

—He tenido reuniones con auténticos tiburones empresariales, su padre es pan comido. —Alargó la mano. —¿Hecho?

—Hecho. —Se la estrecharon y Sue sonrió radiante.

—Nena, ¿ese alquiler del que hablas va a salir de alguno de mis edificios? —preguntó Kenneth divertido.

—Como lo sabes, Banningham. —Llamaron a la puerta y ella fue a abrir. —Sue mañana después de ir al hospital iré a verles y zanjaré esto, no te… —Al ver esos ojos negros perdió todo el color de la cara.

—¿Nena?

Dio un paso atrás y vieron la pistola con silenciador que apuntaba su rostro. Sue chilló pegándose a Ted que la cogió por la cintura poniéndola tras él mientras Kenneth daba un paso hacia la puerta. Carl le apuntó deteniéndole en seco. —¿Crees que podrás librarte dos veces? Yo creo que no. —Al ver que Kenneth no retrocedía gritó —¡Atrás! ¡O terminarás como los dos de ahí fuera! Tengo muy buena puntería. —Entró en la casa y cerró de un portazo.

—¿Cómo has entrado en el edificio? —preguntó Kenneth.

—Llevo aquí casi dos semanas. En el piso de abajo. Por cierto, tu vecina ha fallecido. Una pena.

—Dios mío… —dijo Ivy impresionada—. En aquel momento no había nadie vigilando en el edificio.

—A tu Kenneth le acompañaban dos gorilas, pero no, aquí no había nadie. Todos estaban en el hospital y nadie pensó en cuando regresarais a casa. Pero Victoria sí lo pensó. Así que ella vino y me abrió la puerta de la casa de par en par.

—Al ser policía la anciana no sospechó de ella.

—Como siempre. Un buen lugar donde esconderme hasta que llegara el momento si es que llegaba.

—Porque ella pensaba solucionarlo en el hospital.

—¡Pero la descubristeis! —dijo con odio—. ¡Vosotras dos nos habéis dado muchos problemas! ¡Y quiero recuperar a mi hermana! —gritó desquiciado.

—Soy abogado, puedo negociar…

—¡Cierra la boca! —gritó apuntándole—. Tú no eres nadie.

—¡Oye, no le hables así a mi novio!

Ignorándola apuntó a Ivy. —Dame al niño. Le necesito. Le necesitamos, es nuestro.

—Antes mátame porque solo así podrás llevártelo. Ya no te tengo miedo.

—¡Serás puta, tú lo estropeaste todo! ¡Dame al niño, es mío!

—Estás loco —dijo con desprecio—. Has perdido totalmente la cabeza.

—¿Quieres que os mate a todos? Me lo llevaré igualmente.

—Si quieres utilizarlo de moneda de cambio para salvar a Victoria, úsame a mí, pero a mi hijo no le vas a tocar.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándoles y se escucharon gritos diciendo que eran del

FBI. Kenneth se lanzó sobre él tirándole al suelo para intentar sujetar el brazo que portaba el arma. —¡No, no! —gritó temiendo que le hiriera—. ¡Déjale!

Entonces dos del FBI apuntándoles gritaron que levantaran las manos. Muerta de miedo gritó que no le dispararan cuando se escuchó una detonación. —¿Kenneth? —Aterrorizada esperó que le contestara. —¡Kenneth!

—Estoy bien, nena. No se mueve.

—Aparte —dijo uno de los agentes sin dejar de apuntarle con el arma.

Kenneth se levantó mostrando el cuerpo inerte de Carl y que tenía una herida en el pecho. —Le ha dado en el corazón.

Se le cortó el aliento levantando la vista hasta sus ojos y estos le mostraron que lo había hecho a propósito. No pensaba dejar que saliera de allí, esta vez no. Sintió un alivio tan intenso que se tambaleó y Kenneth corrió hacia ella cogiéndola por la cintura. —Ven nena, siéntate.

—Está muerto.

Él la besó en la sien y susurró —Sí, preciosa. Eres libre.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Somos libres. Al fin somos libres.

Kenneth la sentó en el sofá y se abrazó a él sin poder dejar de llorar. —Eres un loco.

—Loco por ti. —Besó su cuello. —Solo por ti, nena. Ya me conoces, tenía que intentarlo.

Sollozó apretándose contra él. —Te amo.

—Y yo a ti, mi vida. Y a partir de ahora jamás volverás a tener miedo porque estoy aquí, a tu lado. Y lo estaré siempre.

Epílogo

Sentada en la cubierta del barco cogió el móvil e ignoró como su marido ponía los ojos en blanco. —Este me va a oír —dijo mosqueadísima.

Víctor salió a cubierta con una copa en la mano y rio por lo bajo. —Tu mujer no sabe tomarse vacaciones, Kenneth. Voy a tener que prohibir los móviles.

—No parará hasta que se venda toda la promoción. Nena, estamos de vacaciones y nos las hemos ganado.

—Un segundo y acabo. —Se levantó y se apartó para echar la bronca a gusto cuando vio que Sue se subía de pie a la moto acuática y elevaba una pierna para apoyarla en los hombros de su marido con la intención de subirse a caballito sobre él. —¿Estás loca? ¿Quieres partirte el cuello?

—¡Esto es genial!

—¡Cuando acabes en el hospital me lo cuentas! —En ese momento le sonó el móvil y descolgó sonriendo. —Mamá, qué sorpresa. ¿Has visto las fotos de los niños que te envié? —Al ver que perdía la sonrisa poco a poco Kenneth frunció el ceño y se levantó de su asiento para acercarse. Le miró a los ojos. —No, no me ha llamado nadie y a Kenneth tampoco. —Se pasó la mano por la nuca. —No, aquí no se ven las noticias de Estados Unidos. Además aunque las pusieran ni vemos la televisión, así que gracias por llamar, mamá. Te llamo luego, ¿vale? Sí, te enviaré más fotos.

—¿Qué ha pasado, nena?

—Ayer hubo un incendio en la prisión. Han fallecido tres presas. Creen que lo provocó Victoria en su celda.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¿Seguro? Porque no me fío.

—En las noticias dicen que sí.

—Voy a llamar al agente Harris —dijo alejándose hacia su móvil.

—Cielo, se ha acabado.

—Por si acaso.

Carmen sentada a la mesa con su marido asintió. —Deja que se entere. Así se quedará más tranquilo.

En ese momento la niñera salió con la niña en brazos que se había despertado de la siesta y al cogerla se dio cuenta de que estaba de lo más espabilada. —Vaya, nos despertamos con ganas de fiesta.

La chica que la cuidaba rio por lo bajo. —Ken todavía está dormido.

—Déjalo dormir un ratito más. Ayer pasó mala noche con los dientes.

La chica se alejó y besó a su niña en la sien bajando el escalón de popa que daba al acceso a una plataforma al nivel del mar. Le encantaba esa zona para sentarse con los niños porque se podían mojar sin que fuera peligroso para ellos ya que Kenneth había encargado una verja que dejaba pasar el agua y les impedía saltar al mar. Se sentó dejando a la niña sentada en el agua y le acercó uno de sus patitos. Kiara le sonrió y se dijo que por esa sonrisa movería montañas. Kenneth se sentó tras su esposa y la abrazó por la cintura pegándola a su pecho antes de besarla en el cuello. —¿Te has quedado tranquilo?

—Ahora sí.

Le miró por encima de su hombro sonriendo. —¿Seguro?

—Han hecho una prueba de ADN. Confirmado.

Ambos miraron a su hija que estiró la manita hacia su padre para darle el patito. —Eres lo más precioso del universo.

Kiara chilló y él se echó a reír. —Igual de impaciente que tu padre —dijo Ivy cogiendo el patito.

Su hija se quedó contenta y gateó hasta el siguiente juguete. Ivy dejó el patito a un lado y acarició los antebrazos de Kenneth recostándose sobre su pecho. —Gracias, cielo.

—¿Por qué, nena?

—Por proteger lo que tenemos, por estar ahí. Por los niños, por la vida que hemos creado juntos… Tengo tanto que agradecerte que no acabaría nunca.

—Preciosa, no tienes que agradecerme nada porque sois lo más importante de mi vida. Haría lo que fuera por ti y por nuestros hijos. —Besó su sien. —Nunca, ni en mis mejores sueños me hubiera imaginado que ver tu entrevista para el trabajo cambiaría mi mundo y me arrepiento de haber perdido ese año, nena. Me arrepiento muchísimo.

—Tenía que ser así. Eso nos hizo conocernos y llegar hasta aquí. —Volvió la cara para mirarle a los ojos. —Estos meses han sido perfectos.

Él besó sus labios suavemente haciéndola suspirar de placer por sentirle. —Imagínate los próximos cincuenta años.

Le miró demostrando en sus preciosos ojos todo lo que le amaba. —Estoy deseando vivirlos a tu lado…

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.